

ANA COELLO

MUY
PROFUNDO II
ETERNO

*Ella: mi ángel.
Yo: su demonio.*

Nova Casa Editorial

1. NOSOTROS.

Las olas del mar nos arrullan como cada noche. Ella... mi ángel, como la nombro en mi mente, duerme plácida y sin problemas justo frente a mí, como lo ha hecho desde hace poco más de cuatro años. Acaricio su brazo desnudo pues solo trae un pequeño camisón delgado que la cubre. Es tan hermosa, tan inigualable. La escucho respirar, duerme profundamente, así ha sido este embarazo a diferencia de los otros dos

Sí, dos.

Ian fue el primero en llegar, justo nueve meses después de que nos reencontráramos y vaya susto que me sacó. Kyana tuvo una labor de parto de muchas horas. Cierro los ojos y puedo revivir ese momento como otros miles a su lado, no obstante, ese fue el que mayor miedo ha generado de toda mi vida. El bebé era grande, como yo, y ella, menuda, de hueso pequeño. Sufrió demasiado. Al final lo logró, como todo, como siempre, pero verla llorar, sudar de aquella manera, gritar una y otra vez, no fue fácil. En ese momento hubiera dado lo que fuera por cambiar de lugar y ser yo quien sintiera ese espantoso dolor.

Odiaba y odio cualquier cosa que la pueda afectar.

Al dar a luz, debido al enorme esfuerzo, su presión bajó estrepitosamente perdiendo el sentido casi de inmediato, a eso es a lo que me refiero con «terror». Todo un equipo de enfermeras y médicos entraron, varios minutos después la hicieron volver. No puedo describir lo que sentí. Mi cuerpo se paralizó y solo pude pensar que mi esencia vital no abría los párpados, que mi motivo principal se encontraba sumergido en un sueño del que no podía regresar. Kyana se descompensó debido a lo mucho que le costó expulsar a Ian, por lo que sugirieron que permaneciera en observación un par de días, ahí, en el hospital. Estaba tan pálida, tan agotada y, aun así sonreía desesperada por tener de una vez a nuestro hijo entre sus brazos. Ese, paradójicamente, fue uno de los momentos más increíbles de mi existencia y sé que solo ella me lo pudo dar. Así es Kyana, mágica.

Justo un año después del nacimiento de Ian, nos enteramos de que Noa venía en camino. Sí, fue un poco rápido, pero igual sabíamos que podría suceder y lo cierto es que lo deseábamos. Éramos felices con aquel pequeñín que ya a su corta edad era todo un huracán, sin embargo, deseábamos tres y pronto. El nacimiento de él fue distinto, sin embargo, se tomaron las precauciones y pese a que terminó igualmente agotada, nada ocurrió salvo el llanto de nuestro hermoso bebé que ya deseaba hacerse notar a tan temprana edad.

Ahora, su barriga es de cinco meses, no es muy grande, y debo decir que, como en los dos embarazos anteriores, se ve preciosa. La diferencia ahora

radica en que Mia ha mantenido más fatigada a su madre, y la presencia del par de diablillos, no ayuda. Si no fuera por Fanny, que ahora trabaja aquí, y por Irina, creo que Kyana ya nos habría mandado a volar y es que llegar al atardecer es la locura y salir por la mañana, también. Ese par no da tregua; el mayor tiene ya tres años y medio, y el menor un año y ocho meses. Paso el mayor tiempo posible con ella y los niños, intentamos hacerlo todo juntos, pero a veces me es difícil, la empresa requiere cierta presencia que no puedo eludir y es ahí cuando Fanny, Irina y Kya danzan por toda la casa tras ellos.

¿Qué puedo decir? Soy feliz, demasiado. Amo mi vida, lo que hemos construido juntos. Amo a ese par de pequeños que me inyectan alegría, que me hacen querer ser mejor pero, sobre todo, muero por esta bella mujer que mi corazón eligió desde el mismo momento que entró en ese salón, hace ya trece años.

Pasa de medianoche. No logro conciliar el sueño, eso es raro en mí. Sobre todo con la cantidad de cosas que hacemos a diario. ¿La razón? Hoy terminé de leer lo que ella escribió y no puedo dejar de evocar cada momento de lo que vivió.

Kya, alentada por mí, decidió plasmar en líneas todo lo que sucedió. Ella siempre fue buena con las letras, se hubiese dedicado a ello de no haber ocurrido aquello. Sin embargo, también ama su profesión y es buena, demasiado, en realidad. Solo que desde hace un tiempo lo mantiene en pausa pues entre los niños, nosotros y este proyecto, no tiene tiempo para nada más. Al principio dudó en mostrármelo, lo cierto es que yo temía lo que podría contener y tampoco hablé de ello.

Para los dos no ha sido fácil brincar esos nueve años y mucho menos, lo que los causó.

Jamás me ha hecho sentir responsable, al contrario, sé que le duele verme alejado de ellos, ahora más, pues a ella, a mi madre, le diagnosticaron cáncer terminal y yo... no la logro perdonar, a pesar de saber que pronto su vida se extinguirá. El daño que provocó

Solos, hace un par de noches, acurrucada a mi lado mientras yo acariciaba su barriga desprovista de ropa, —adoro sentirla bajo mis yemas, sin nada que se interponga—, me confesó que lo había concluido hacía unos días, mordiénose el labio inferior, como aún es su costumbre cuando algo la altera un poco. La besé como siempre, pues esa boca carnosa y angosta me tiene hechizado desde que tengo memoria, nada ha cambiado a pesar de los años.

Ella dejó el impreso sobre el escritorio del estudio, ese que ambos compartimos y que en general se encuentra bajo llave, pues los niños están en un momento en el que todo lo quieren averiguar. Me dijo que era libre de leerlo, o no, que no haría nada con él, pero que ahora que sacó todo de su interior se sentía más ligera y simplemente deseaba que lo supiera, tenía libre acceso a esas líneas si así lo quería.

Por la mañana del día siguiente lo observé, un tanto descolocado, sobre aquella superficie de fuerte cristal. No sabía si sería buena idea. Lo cierto es que no hablábamos mucho de esa época, salvo la noche que decidimos contarnos todo lo que debíamos de saber... no lo hemos hecho nuevamente. Fincamos nuestra vida sobre alegrías, no sobre etapas de sombras, como es esa. No obstante, la curiosidad ganó. Ella es una mujer asombrosa, pero... no es alguien que narre a detalle un hecho y yo siempre he deseado saber cómo es que la enamoré, cómo es que le hizo caso a una causa perdida como yo, pero sobre todo... necesitaba llenar ese hueco de nueve años. Sí, suena algo obseso, hasta extraño tal vez, pero nada ha sido normal entre ambos.

Cuando vio que lo llevaba en la mano, junto con mi termo de café, me detuvo, evaluándome detrás de esas pestañas espesas e imposiblemente onduladas aún sin rímel. Eso siempre me aniquiló; no levanta mucho el rostro, nada más lo necesario y... me observa elevando solo el globo ocular. En serio me quita el aliento. Sentí su pequeña palma sobre mi antebrazo. Me detuve, por supuesto.

—Si lo lees, tendrás que darme algo a cambio... —susurró con seguridad. Sonreí torciendo la boca. Besé su frente y luego sus dulces labios, mientras Fanny nos miraba sonriendo. Los chicos se encontraban ingiriendo un ligero desayuno para no irse con el estómago vacío.

—Lo que quieras... sabes que no puedo negarte nada —sonrió de ese modo angelical que aún altera mi pulso. Si no hubiesen estado ahí ellos, junto con la otra chica que ayuda a las labores de la casa, la habría tomado en brazos y me hubiera encerrado con ella en la habitación hasta hacerla desfallecer una y otra vez. Sí, la deseo con locura cada momento. Y hago justo eso cuando su abuela o su nana se los llevan de excursión. Sin embargo, me detuve. Tenía que llevar a los pilluelos a sus respectivas escuelas y ella lucía fatigada. Necesitaba descansar.

—Cuando lo termines me dirás lo que piensas, lo que te hizo sentir... —arrugué la nariz mostrando mi desacuerdo. Pero como siempre consigue lo que se propone de mí, pasó sus delgados brazos alrededor de mi cuello, hizo que bajara por completo mi cabeza y me miró fijamente. Dios, en serio me enloquece y es que con esa hermosa barriga habitada es lo más bello que jamás he visto—. La curiosidad gana, ¿no es cierto?, pero juro que todo está ahí, aunque no todo te agradará... Eso explica mi condición —y con sus ojos

miel señaló lo que ya había dejado sobre la mesa, para poder rodearla como tanto me gustaba—. Sé que no tocamos el tema a menudo y no es que desee hacerlo... Pero no quiero sentirme ansiosa por no saber lo que piensas sobre lo que escribí...

—De acuerdo... Te prometo que, en cuanto lo termine, te diré lo que pienso...

—Y lo que sientes... —completó ladeando un poco su cabeza. Acaricié su mejilla sonriendo.

—Y lo que siento, ... aunque si lo prefieres, puedo dejarlo —admití. Me besó con cierto temor, lo pude percibir de inmediato.

—No, deseo que lo leas, sabes que lo redacté con el fin de sacarlo de mi cabeza para que deje de vivir en mi alma...

—De acuerdo —ninguno de los dos ocultábamos nunca nada.

—Y si tú quieres decirme algo al terminarlo, lo harás... —continuó. La tomé de la mano y la saqué de una vez de ahí. Subimos las escaleras y cerré la puerta de la habitación. Teníamos tiempo aún. La senté sobre mis piernas, como adoro hacer y acuné su barbilla.

—Kya. Mi vida ese tiempo sin ti sabes que fue... eterna y sí, complicada, pero si deseas que hablemos al respecto lo haremos —desvió la mirada nuevamente mordiéndose el labio. La besé otra vez, ahora de forma más exigente, sin público era fácil dejarme llevar. La escuché gemir al sentir mi actitud.

—Sé que ha pasado mucho tiempo, pero... sí, a veces me gustaría saber más a detalle lo que ocurrió... aunque siento que moriré de celos al saber que... estuviste con otras mujeres —admitió turbada. Pegué su frente a la mía suspirando.

—Lo leeré, y el fin de semana que Ralph e Irina se lleven a los chicos al zoológico, hablaremos de este tema pendiente, te diré todo lo que desees saber. ¿Qué dices? —Me miró dulcemente, sus ojos siempre han tenido la capacidad de derretirme. Y es que son una mezcla de inocencia y fuerza que sé, atrajo a más de uno, digo, eso sin contar la cantidad de atributos que mi ángel también posee, pero que gracias a Dios, ahora son solo míos.

—Sí, sí quiero que hablemos de ello —soltó con seguridad. Sonreí besándola nuevamente. Era evidente que el revivir aquel episodio traería la necesidad de terminar de limpiar las heridas que produjo la que solía ser mi familia. Ambos nos encontrábamos más fuertes que hace cuatro años, así que sí, era momento de sacarlo para enterrarlo como debe ser.

Hoy lo terminé, justo a tiempo pues mañana los chicos se van. Miles de cosas e rondan en mi mente y lo cierto es que no son agradables. Leí su versión sin siquiera lograr detenerme, casi de un tirón.

De pronto Kya emite un suave gemido. Sonríe sin poder evitarlo. Sus labios entreabiertos, su precioso cabello desordenado por la almohada. Sus párpados bien sellados custodiando a mi otra mitad. Está girada hacia mí, como suele hacer. Y parece que sus sueños son agradables, pues su gesto es tan relajado y sereno que no puede ser de otra manera.

Acaricio ahora su mejilla con tristeza, con un poco de rabia y sí, también con dolor e impotencia. No puedo creer que haya pasado por todo aquello así, de esa manera, y si creía que la mujer que elegí hace tanto tiempo era fuerte, ahora no sé qué palabra puedo usar para describirla. Lo cierto es que cada fibra de mi ser la ama, por eso nueve años no fueron capaces de extinguir la llama, por eso pasé todo ese tiempo encadenado a un recuerdo latente de algo que aún vivía en mi pecho. Kya fue mi primer amor, sí, claro que así fue, pero era más que eso. Ella entró en mi vida para trastornarlo todo, para voltearla de cabeza desde el primer segundo. No soy un hombre que cree en cosas extrañas, aun así, esa mujer que descansa a mi lado y que me ha regalado los mejores momentos de mi existencia, estoy convencido, está aquí, en este mundo, para vivir a mi lado. Fue creada, al igual que yo, con el mismo motivo: amarnos. No encuentro otra explicación.

Me giro suspirando para mirar el techo con mi brazo sobre la frente. El sueño no llegará por mucho que me esmere, no ahora, no después de saberlo todo, no reviviendo cada momento de aquel tiempo, de nueve años que he dejado con dificultad de lado.

Me levanto, no sin antes arroparla, no hace frío afuera ya que agosto está en pleno, pero el aire acondicionado permanece encendido y su piel se sentía fresca cuando la toqué. Le doy un beso sobre la frente sin preocuparme por despertarla, no lo hará, no con Mia en su interior, como dije, este embarazo la ha mantenido más agotada que el otro par.

Me pongo unas bermudas y salgo sin hacer mucho aspaviento. Camino hasta la habitación de los enanos. Abro la puerta para observarlos. Ambos duermen tranquilamente en sus respectivas camas. Me acerco y beso sus pequeñas cabecitas sintiéndome el hombre más afortunado del mundo. Ellos son aquellos errores que tanto deseé y tenerlos aquí, junto a mí, muestra de la fusión de nuestro amor, no tiene comparación.

Bajo observando cómo ha cambiado la casa desde que la construí. Hemos remodelado y asegurado ciertos tramos. Hay juguetes por ahí, una sillita para

que Noa coma en la cocina y un par de cojines en otra más alta para que Ian alcance sin problemas sus alimentos. Por ahí hay una cesta con varios de sus juguetes que recojo cada noche antes de meternos a la cama ella y yo. La alberca está continuamente llena de objetos en su interior que hay que sacar, cada fin de semana pasamos un rato ellos y yo ahí. Kya solía unirse, aunque ahora duerme mientras los agoto sin tregua, o nos observa recostada en una de las tumbonas riendo al vernos jugar. Amo cada momento al lado de mis hijos, de mi familia.

Me sirvo agua y la bebo de un solo trago, perdiéndome en la oscuridad de mi hogar. Tantas veces estuve de pie en el mismo sitio sintiéndome solo, creyendo que mi vida sería así. No cabe duda que el destino está escrito, es solo que la ignorancia de su trazo nos hace dar por sentado nuestro futuro. Dejo el vaso sobre la barra de granito, justo al lado del móvil de Kya; suele dejarlo por doquier sin importarle mucho, cuando yo me encuentro en casa, de otra manera jamás pierde de vista ese aparato. Sí, saben que es aprensiva y también amo eso de ella como cada uno de sus defectos, como cada una de sus cualidades.

Muevo mis pies hasta el ventanal del comedor que tiene calcomanías a la altura de los chicos. Tuvimos que ponerlas después de que Ian intentara atravesarlo, sin pensar que el vidrio lo detendría. Su cabecita quedó adornada por un enorme morete, mientras lloraba entre mis brazos desconsolado. Logré tranquilizarlo al tiempo que Kya le ponía ungüento y le sonreía como suele hacerlo, dulcemente. El susto no pasó de eso, pero aprendimos la lección y funcionó, pues Noa jamás ha tenido un accidente ahí específicamente; sin embargo, ya saben, son niños, cada segundo vale.

Desconecto la alarma y salgo un tanto ansioso de oler la salinidad del ambiente. Amo Myrtle Beach, pero sobre todo amo el mar. Cierro los ojos llenando mis pulmones de ese aroma tan peculiar. Con los brazos detrás del cuello avanzo hasta las escaleras y desciendo. El rugir del océano es tan vivificante, tan tranquilizador.

Me siento con las piernas flexionadas frente a él, escuchando y observando cómo las olas truenan al contacto con la arena. La luna no está llena, sino en cuarto creciente, por lo que no ilumina demasiado, aun así, logro ver sin dificultad. Recargo mis brazos sobre mis rodillas aún con la cabeza hecha un caos.

En ese escrito descubrí cosas que no imaginé. Por ejemplo, Roger... la besó y nunca lo supe. Aprieto los puños sintiendo cierta impotencia. Sé de él. Aquí todos sabemos de todos. Vive en Florida, tiene un negocio de yates, al parecer su padre le ayudó a montarlo y no le va mal. No obstante, después de la última vez que lo vi y le partí la cara lleno de rabia... Jamás volvimos a

cruzar palabra. Y ahora creo que debí romperle algo más que la nariz; un brazo y el cuello hubiese sido perfecto.

Me llevo las manos al cabello sujetándolo con un poco de fuerza. Aquel día en que terminó Kya conmigo... llega a mí como si no hubiese transcurrido el tiempo, como si fuera ayer y puedo sentir, sin dificultad, el asombro e impotencia que trastornó mi cuerpo en segundos.

Salí de su casa tropezándome. No tengo idea de cómo llegué a la camioneta. Manejé como un loco justo hasta aquí. Bajé desesperado, me quité la playera, me metí en el mar importándome una mierda lo frío que estaba y nadé hasta que mis músculos y pulmones dolieron. No lo podía creer, simplemente no podía ser... Ella no podía estarme haciendo eso. No después de la otra noche. No después de lo que habíamos vivido. Regresé a la orilla, exhausto. Me senté sobre la arena y me dejé llevar por el miedo y dolor que consumía mi ser. Las lágrimas salían sin poder contenerlas. No comprendía a qué venía ese cambio de actitud. No lo podía entender. La amaba, como aún la amo. Sentía que me estaba arrancando la piel, pedazo a pedazo, sin anestesia. Agarré mi cabeza con ambas manos. La rabia corría por mi torrente sanguíneo sin poder contenerla. No la dejaría ir, sabía que sentía lo mismo por mí, lo veía en sus ojos, en su mirada, algo sucedía, algo la tenía así. Desde el jueves anterior había notado el cambio, sus pretextos ahora no tenían sentido. Pero ¿Qué?

En la madrugada llegué a la soledad de aquella casa donde pasé gran parte de mi vida. Anduve hasta mi habitación, sin que nadie se percatara de la hora en que entraba, ni mucho menos iba a permitir que me cuestionaran. Me di una ducha con una resolución en mente. Haría que regresara, averiguaría lo que ocurría y haría que estuviera nuevamente conmigo. No podía respirar sin ella, no lograba verme ni un minuto sin su presencia, sin sus risas, sin su tacto, sin esa forma tan peculiar de mirarme, de acurrucarse sobre mí. Me hacía sentir especial, único, lo más importante en su vida. Adoraba cada detalle de su forma de ser, la manera en la que se manejaba ante los problemas, las palabras que me decía y su forma de creer en mí siempre, sin dudar.

Hacía no mucho había enterado a mis padres acerca de mis planes; ellos, como siempre, no los entendieron, pues no era lo que tenían en mente.

¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Cómo no imaginé que todo lo que pasó después de esa maldita conversación o, mejor dicho, discusión, terminaría de esa manera?...

2. DESESPERACIÓN.

Insistí tanto y no tenía idea de que cada vez que lo hacía la destrozaba de aquella manera. No obstante, verla andar por los pasillos del instituto, así, como un fantasma, pálida, demacrada, asombrosamente consumida; no ayudaba. Al contrario, me alertaba, me preocupaba, me mantenía recluido en una zozobra de angustia, de miedo.

Una de esas tardes no lo resistí y busqué a Irina. Algo ocurría. Ella salió del edificio donde trabajaba. En cuanto me vio torció la boca de forma extraña. Nos sentamos sobre una barda, justo a un costado de la agencia.

— ¿Qué sucede, Liam? ¿Por qué has venido? —Su voz no era la de alguien feliz; ella también sufría. Agaché la mirada hasta mis pies para luego encararla con decisión.

—Estoy preocupado... por ella —solté sin más. Asintió perdiendo la vista en la calle.

—Lo imagino y... te comprendo, sé que todo esto no es normal, Liam, pero... no sé qué decirte. No permite que me acerque... Por otro lado, no debo interferir, no en las decisiones de ese tipo —Resoplé compartiendo su opinión. Esa mujer siempre fue respetuosa y una madre formidable pero no intrusiva, no invasiva.

—No es lo que busco, ni lo que quiero... lo juro, ese es mi problema y yo... veré qué hacer...

— ¿Entonces? —giró hacia mí. Eran tan parecidas que me encontré sonriendo al evocar a la razón de mi existir. Sí, Kya ya era para esos momentos mi alma, mi vida.

—Tengo miedo de que algo le haya ocurrido. No la reconozco y no la veo bien —Irina me observó con tristeza y los ojos enrojecidos. También lo pensaba.

— ¿Tienes idea de cuántas cosas han pasado por mi mente estos días? Te entiendo, Liam, pero ella jura que no ha ocurrido nada, que... simplemente — me miró compasiva y con suma ternura—, ya no desea estar a tu lado, que... no le agrada encontrarse en una relación tan seria y yo... no puedo objetar nada respecto a eso... Me deja sin argumentos.

— ¿También crees que somos muy jóvenes? —Ella negó sonriendo.

—No, o bueno, sí, en parte. Creo que para los sentimientos no hay edad, sin embargo, aquí no importa lo que crea o no, sino lo que ella está dispuesta a dar y Kya no quiere estar contigo por ahora...

—Pero está triste, ojerosa, no la veo bien, Irina, ¿cómo puede decir que quiere eso y estar así? —Se encogió de hombros torciendo los labios.

—No me corresponde a mí responder eso. Supongo que... el hecho de que no quiera algo más... formal, no la exime del dolor que le genera. Pero... no lo sé, Liam, yo tampoco comprendo nada y está resultando absolutamente frustrante... —ambos permanecemos en silencio unos minutos.

—Insistiré —dije, más para mí que para ella.

—Lo sé... esa también es tu decisión —de pronto puso una mano sobre mi brazo, clavando con apremio sus ojos marrones sobre los míos—. Si tú llegas a averiguar algo que yo desconozca, quiero que me lo digas...

—Lo juro, Irina —nos levantamos al mismo tiempo.

—Liam... no soy tu madre y estamos hablando de mi hija, pero... te daré un consejo; hay ocasiones en que es importante saber retirarse, si ella ya tomó su decisión podrías contemplar respetarla.

—Si no me viera como aún lo hace, la dejaría en paz por mucho que me doliera, pero no puedo... Sé que me quiere todavía, que no me deja por lo que dice y eso es lo que me da derecho a no rendirme —Ella suspiró asintiendo.

—Comprendo de qué hablas... —no diría más y era lógico; hablábamos sobre su hija, y yo era el exnovio que iba a buscarla, ¿qué se supone podía decirme? Acunó mi mejilla con cariño—. Eres un gran chico, cuídate, ¿sí? —Asentí sonriendo por primera vez en días. Sentir el reconocimiento de un adulto, más aún el de su madre, me hizo sentir valioso, importante y capaz de lograr lo que me proponía; tenerla a mi lado para siempre.

—Gracias, Irina, eso haré...

Esa misma tarde permanecí nuevamente en la playa esperando a que algo se me ocurriera, y es que ya prácticamente había agotado todos mis recursos.

Kellan llegó adivinado que ahí me encontraría. Mi amigo ya no sabía qué decirme, cómo acercarse. Me vio ser presa de la ira, de la rabia, de la impotencia. Estuvo en mi habitación aquel fin de semana que Kya se fue a Monterrey. Juraba que no volvería, que nunca más la vería y el miedo que me atenazó estuvo a un paso de terminar conmigo. Mi recámara terminó volteada y cuando digo volteada, es literal. El colchón por un lado, mis cosas rotas o desfiguradas por doquier, la computadora, los adornos, todo. Rompí todo mientras él permaneció en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho observándome en silencio. Me conocía de siempre y sabía que nada podría hacer para calmarme, menos cuando se trataba de Kyana. Acabé exhausto horas después, sentado en una esquina con la cabeza entre mis manos y las rodillas flexionadas llorando de rabia, de la mayor impotencia.

—Roger —solté de pronto sobresaltando a mi amigo, que se encontraba sentado a unos metros en la arena. Me miró enarcando una ceja.

—Liam... ¡Basta! —Me rogó poniéndose de pie al mismo tiempo que yo. Negué decidido.

—Ya te dije que no, no mientras la vea así. Tú mismo lo has dicho, ella está mal, su madre también lo sabe. ¡No! Debo encontrar la manera de saber lo que ocurre y ese imbécil puede que sea el responsable —cerré los puños encaminándome hacia la camioneta. Kellan se ubicó frente a mí, ya rabioso. Lo conocía, él era igual que yo, por lo mismo no me amedrentó.

— ¿Por qué no puedes simplemente aceptar que no desea ya estar a tu lado? ¿Eh?, ¡¿Cómo pretendes que esté bien si no la dejas en paz?! Por Dios, Liam, date cuenta de cómo estás, la sigues, la acosas... —Apreté la quijada acercándome hasta casi rozar su aliento.

—Ni en un millón de años, ¿comprendes? Ella me quiere, y me importa una mierda si crees lo contrario. La conozco, algo ocurre... —lo esquivé, pero nuevamente se ubicó frente a mí—. No permitiré que vayas a casa de Roger. Maldición, Liam. Abre tu maldita cabeza de una jodida vez. Kyana no quiere estar contigo... ¿De qué otra manera quieres que te lo diga? —Lo sujeté por la playera, rabioso. Le importó poco.

—Entiende algo, Kellan. No es verdad lo que dice, no es verdad —estaba seguro. En la salida del instituto le volví a dejar una flor en su auto. La espíe a unos metros. Su expresión de dolor cayó, se desmoronó. Eso no era posible si realmente no quisiese nada conmigo. No pensaba acercarme, lo juro, pero no lo pude resistir y pese al temor que vi en sus preciosos ojos miel la besé y ella... me correspondió hasta que el maldito celular sonó. El entrenador me buscaba. Lo que vi en su mirada fue peor que todo, era por eso que estaba convencido de que algo pasaba. Mi ángel tenía miedo, lo podía sentir, oler incluso.

—Si vas a casa de Roger la tregua terminará... Sabes que no se ha metido con ella, todos lo hemos vigilado. Kyana jamás está sola, ¿a qué hora pudo hacer algo como lo que tu retorcida mente ya está pensando? ¡¿A qué hora?!

—¡Ahhh! —Grité lleno de frustración. Era cierto. Cuando ese hijo de perra la aventó contra los casilleros, hacía varios meses, lo busqué y lo amenacé. Yo solía ser un chico sin temor a nada, impulsivo. Así que bastó ese acto para que aflorara en mí esa parte que luchaba por mantener alejada cada día, no deseaba que me viera así, me esforzaba cada minuto para brindarle la mejor versión de mí mismo, cosa que logré, pues su cercanía siempre me sosegaba, me hacía sentir sencillamente feliz.

Sin embargo, cuando se trataba de ella, de su bienestar, jamás dudaba. Y ahí estaba yo en la puerta de la casa de ese animal después de dejar a Kya en la seguridad de la suya con esas malditas puntadas en la cabeza. Sabía que se acostaba con la hija menor de edad de su madrastra, y eso... su padre —tradicionalista hasta lo indecible— nunca lo admitiría, sin contar que frente a nuestras narices coqueteaba con la señora, incluso apostando que lograría llevársela a la cama. Enfermo... lo sé. Pero así era él, o en eso se convirtió. Le juré que si lo volvía a ver cerca haría de todo para que se enterara su familia, pero además, lograría que el entrenador lo sacara del equipo e incluso reportaría lo que hacía: carreras clandestinas en las afueras del condado. Por no mencionar que en algunas fiestas solía meterse tontería y media que lo mantenía siempre así: tenso, alerta; y que se las averiguaba para aprobar el antidopaje.

Yo callé, y él se alejó.

No obstante, nuestra amistad ahí terminó, pues si yo lo volvía a tocar... la tregua quedaba rota y viceversa. Era por eso que Kellan estaba seguro de que no era el responsable, nadie había abierto la boca y él ya estaba admitido para una buena universidad gracias a la beca deportiva, no arruinaría su futuro, su padre jamás se lo perdonaría. Por otro lado, sin que ella jamás sospechara, los chicos y yo siempre estábamos alerta, aun sin haber limado las asperezas, sabíamos que Roger enloquecía y ninguno deseaba que volviera a ocurrir algo siquiera cercano.

—Ya no sé qué más hacer —admití un tanto vencido. Kellan puso su mano sobre mi hombro. Poco comía, y qué decir de dormir, me mantenía irritado, molesto, callado. Me perdía por horas o nadaba hasta que mi cuerpo lo sentía arder. Ya era imposible continuarmás con ese ritmo, mi amigo lo sabía. Entre él y Fanny no paraban de atosigarme. Aun así, yo no lograba emerger de ese agujero en el que caía cada día más y más. Sin Kyana ya nada valdría la pena.

— ¿Por qué no pruebas darle tiempo? Dale espacio, Liam... —Lo miré abatido. ¿Cómo hacer eso si cuando la tenía cerca algo dentro de mí se activaba y podía percibir su calidez derretir como siempre mi alma? ¿Cómo?

— ¿Y si se va?

— ¿Y si te termina aborreciendo? —argumentó enarcando una ceja. Negué zafándome.

—Ella me quiere —repetí. Kellan resopló. Se cruzó de brazos observándome, serio.

—Supongamos que así es, y digo supongamos porque no veo que así sea... Pero en fin... pensemos que te quiere... Por ahora no desea estar a tu lado, Liam, no quiere tenerte cerca... Eso no es un delito, ni merece la pena de muerte, es una decisión. Nunca has pensado que ella podría no quererte de la forma que tú lo haces.

—No... —y era cierto. Jamás lo pensé. Con Kyana todo fue despacio, yo siempre di los primeros pasos. Ella es noble y demasiado leal, así que desde el momento en que decidió estar mi lado supe que lo hacía con todos sus sentidos, con su mente y su corazón. Además... no era estúpido, lo sentía, eso no se puede actuar, ni ocultar.

—No seas soberbio —me rogó, frotándose la cabeza. Pobre, no se lo ponía nada fácil, pero... ¿Qué más le podía decir?

—Sabes bien que no es eso. Tú mismo la ves a diario. Emma te lo dice, Max, Ray, todos están preocupados —le recordé abriendo los ojos.

—Por lo mismo, Liam, puede ser que tu actitud la tenga así... ¡Compréndelo de una maldita vez! ¡Kyana ya no desea estar contigo!

—¡No soy imbécil!, eso lo sé... pero no por los motivos que tú dices. No la conoces como yo, Kellan, nadie lo hace. ¡Algo ocurre, algo pasa!

—De acuerdo, haz lo que quieras. Pero si sigues así esa chica te va a acabar odiando, se irá a Monterrey y jamás la volverás a ver —eso fue lo que me dijo en esa misma playa cuando la confronté, creyendo que lograría algo, que... se rendiría y dejaría de lado ese absurdo.

Tomé aire con dificultad. Probablemente debía dejar pasar unos días... darle su espacio como decía él. La próxima semana sería la entrega de diplomas, la graduación, el baile... Todavía tenía tiempo, ¿no?

Al día siguiente... sucedió lo de aquel gran hijo de puta que la besó. Todo fue tan irreal como si de pronto el cielo se tiñera de un color inexistente. Tan solo veinticuatro horas antes mis labios estuvieron sobre los suyos y bueno, algunos anteriores también y es que cada vez que la besaba ella se rendía. Su boquita sonrosada cedía de inmediato sin oponer resistencia. Por eso el secuestro exprés, por eso las flores naranja que sé adora. Por eso buscarla, llamarla, está bien, acosarla. Pero es que Kya se me escurría entre las manos y no lograba sujetarla, hacerle ver que lo mejor era permanecer juntos. Sin embargo, cuando ese sujeto la aferró con aquella confianza rodeando su delgada cintura, probando esos labios que me pertenecían; todo mi mundo colapsó y la conversación con Kellan el día anterior cobró, en instantes, otros tintes. ¿Esa podría ser la razón? ¿Otro chico?

Vi rojo, lo juro. Por eso me fui contra él con toda la maldita intención de matarlo hasta que mis amigos me detuvieron. Enseguida la busqué con la mirada, se había ido, pero yo no daba crédito. Por eso fui tras ella, por eso... le dije que hubiera deseado jamás conocerla y le escupí todo eso sobre la felicidad, porque en ese momento de verdad lo creí. Mis sueños, mi futuro, mi corazón, todo explotó como si un fino cristal fuese estrujado frente a mi rostro y miles de esquirlas salpicaran todo a su alrededor. Ese maldito momento, ese espantoso instante en que rocé por última vez sus labios, en que me miró de esa forma tan extraña, jamás lo logré sacar de mi mente, de mi vida, de mis recuerdos.

Y allí comenzó mi existencia sin su ella, sin sus risas, sin esa forma tan peculiar de verme, siempre bajo sus espesas pestañas. Sin su delgado y delicado cuerpo aferrándose al mío con aquella urgencia, con esa maldita ternura que me iluminaba. Kya me hacía sentir como el eje de su ser y, definitivamente, ella era el mío. Ahí comprendí que esa chica de aura limpia, de energía dulce, de sentimientos nobles, se apoderó de mi voluntad, de mi cabeza, de mi alma, e incluso de mi futuro y mis sueños durante esos meses. Entendí, con rabia, mucho dolor y asombrosa impotencia, que... lo que tenía por delante... sería aún peor que esos días espiándola, acosándola, rogándole.

3. OSCURIDAD.

Max y Kellan salieron tras de mí después de dejar a una Kyana temblorosa y de color mortecino en el umbral de su casa.

Llegué a la que se supone que era la mía. Salvo Fanny, y la decena de personas que la mantenían impecable... estaba desierta. No podía más.

Llevaba varios meses sin probar una gota de alcohol, pues con ella, asombrosamente, deseaba, en todo momento, estar con los sentidos bien despiertos para entender y presenciar cualquier cosa que saliera de su preciosa boca o de sus ojos.

Sí, esa era la razón. No era que algún día hubiese tenido problemas con la bebida, no obstante, adolescente, con el mundo a mis pies, sí, era común encontrarme con una cerveza en la mano o ebrio en la cama con alguna chica después de una fiesta, ese era yo. Sin embargo, en cuanto apareció mi ángel, no miento, todo giró en dirección contraria. Aún ahora, trece años después, para mí eso no tiene explicación, pero fue real, indescriptiblemente real. Ella introdujo su inocente mano en mi pecho y me trastornó, me conmovió, me estremeció, cimbró mi vida hasta el punto de desear, con fervor, ser otro para poder merecerla.

Tomé una de las botellas que mi padre tenía en la millonaria cava, donde no solo había vino, sino que contaba con cualquier cantidad de bebidas que a cualquier mente concedora pudiera antojársele. Le quité la rosca sin esfuerzo y sin fijarme en lo que me llevaba a los labios, me la bebí ahí, de pie en aquel lugar hecho de madera.

Max y Kellan aparecieron de pronto agitados con Fanny por detrás. Los observé sin ninguna expresión y volví a darle un enorme trago al whisky, adiviné por lo amargo. Era imperioso olvidarme de todo lo que pasaba, de todo lo que me estaba doliendo.

-Will, deja eso... no solucionarás nada -me rogó aquella buena mujer que siempre se preocupó más por mí que mis padres. Pasé a su lado sin mirarla y salí con aquel objeto de cristal en la mano.

-¡Liam! -Gritó Kellan. Volteé dándole otro sorbo indolentemente.

-¡Lárguense de aquí! ¡Déjame de una maldita vez en paz! -Anduve hasta quedar a unos centímetros de su rostro-. Ya has de estar contento con esto, ¿cierto? Me vio la cara, andaba con otro y yo de imbécil rogándole. ¡Todos váyanse a la mierda! -bramé, girándome nuevamente para ir a esconderme en mi habitación, esa que ya se encontraba de nuevo impecable y que ya no tenía adornos, nada que dijera que era mía.

-No solucionarás nada así... Lo sabes. Mañana tenemos una prueba, hoy hay entrenamiento... el partido. ¡Maldición! -Alcé la botella sin detenerme.

-Dile «salud» al entrenador de mi parte -y me perdí hasta llegar a las escaleras.

Unos minutos después entró Max a mi cuarto. Lo observé ya sintiendo cómo el líquido comenzaba a atontarme. Se sentó a mi lado sobre el piso, me quitó la botella y cuando iba a chistar, le dio un gran trago sacudiendo la cabeza un segundo después.

-Piérdete si es lo que deseas... -me la tendió nuevamente limpiándose con su brazo los labios. Lo miré arrugando la frente-. Kellan fue al entrenamiento, algo inventará.

-¿Qué diablos pretendes? -Lo confronté ya con la cabeza tambaleante y los ojos pequeños.

-Cuidar tu borrachera, Liam, nada más... Creo que... esta vez es justificada, hasta yo estoy asombrado...

-¿No te da gusto todo esto? -Le pregunté con ánimo venenoso, dándole otro trago a la bebida que para ese momento ya no quemaba mi garganta. Sabía que no era así, la amistad entre ambos si bien no era la que solía cuando más jóvenes, sí iba cuesta arriba.

-Dame eso -y volvió a quitarme el objeto de mis manos y bebió. Sonreí torciendo la boca-. Siempre has sido un maldito imbécil, Liam, pero... debo admitir que desde que... ella llegó, ya nada fue como solía... y tú... más que ninguno... cambió. Y sí, hace un año hubiera dado todo por verte pasar por algo como esto, pero ahora... -meneó el líquido ámbar, que inevitablemente me recordó a sus ojos, reflexionando-, sé que sufres, que... Kyana... -giré apretando la quijada sintiendo que la rabia y el odio retornaban, barriendo todo a su paso.

-No la menciones -rugí por lo bajo. No deseaba que nadie la nombrara, nadie.

-Bien, de acuerdo... dejemos de hablar y bébete esto de una maldita vez para que yo pueda dejarte como bulto en la cama... ¿Estamos?

-Quiero estar solo -pedí ya mareado y sintiendo que las lágrimas se asomarían en cualquier momento. Mi alma se estaba quemando lentamente como cuando se prende una hoja de papel de un extremo y el fuego se va extendiendo.

-Ni hablar, ¿cuál es la diferencia de embriagarte hasta quedar como idiota con alguien a hacerlo solo? No me iré, estás fuera de control, Liam -bufé aventándole la botella para que la agarrara, al tiempo que me ponía de pie.

-Entonces me largo... -anuncié saliendo de la habitación. Fue tras de mí como suponía.

-Maldición, ¡ve cómo estás! -Cerré mis puños deteniéndome, pero sin girar- ¡No puedes conducir así! -Alcé el dedo medio y continué. Necesitaba estar solo, que me dejaran de una vez en paz.

No lograba acomodar nada en mi cabeza, mi corazón estaba desapareciendo dentro de mi pecho y la imagen de ella besando a ese hijo de puta no lograba borrarla de mi mente, por mucho que lo intentara.

La odiaba y la amaba ¿cómo convivir con ambos sentimientos? Kyana se convirtió, de esa forma delicada que la caracterizaba, en mi vida, en la esperanza de un futuro lleno de alegría, de sueños, de sonrisas. Y ahora así, sin más, me repudiaba, me hacía a un lado, me rechazaba tirando a la basura todo lo que habíamos planeado. No, simplemente no lograba comprenderlo.

Me monté en la camioneta sin que él ni nadie pudiese detenerme y manejé de nuevo hasta aquí. Esta playa que ha sido testigo de lo peor y de lo mejor de mí existir. Corrí, corrí hasta sentir que ya no podía más, hasta que me quedé sin aire, hasta que mis músculos temblaron, hasta que no fue posible continuar. La noche llegó, no me importó, nada en realidad. Me senté justo en el tronar de las olas y permití que el mar me empapara, que de alguna forma se llevara la pena que me embargaba.

Lloré, lloré sabiéndome solo al fin. Con la cabeza revuelta escondida entre las piernas. Ese... ese creo que ha sido uno de los días más difíciles de mi vida. El frío no me importó, estar empapado tampoco, si me daba pulmonía mejor. Sin percatarme caí rendido ahí, a la orilla del mar. Intentando olvidar todo lo que me hizo vibrar.

Un dolor insoportable en la base del cráneo y agua sobre mi rostro, me hicieron despertar. Abrí los ojos de golpe, atontado, sintiendo que me ahogaba.

Kellan.

Mierda.

-¡¿Qué te sucede?! -Bramé enderezándome de un salto. Observé su mano. Una maldita jarra vacía. De alguna manera sabía que lo estaba disfrutando, miles de veces yo lo levanté de aquella manera para después doblarme de la risa en su cara.

-Tienes un examen, y por mucho que desees tirarte a la depresión no dejaré que te lo saltes. Así que párate de una maldita vez -se giró ya vestido y salió de su habitación. Miré a mi alrededor, estaba en su casa. Resoplé, dejándome caer en el colchón. ¿Por qué jodidos no me dejaban en paz?-. ¡Liam! Mamá ya trae la cubeta, así que más te vale que saques tu trasero de la cama -gritó. Sabía que esa mujer; que siempre vio por mí, era muy capaz. Me puse de pie sintiendo la cabeza martillar y cada musculo tenso. Me duché, tomé algo de ropa que ahí solía tener y bajé serio. Candance, su madre, me observó afligida. Odiaba que me vieran así. Me tendió un vaso con jugo que rechacé amablemente. Su padre no estaba pues seguro ya había ido a llevar a sus dos hermanos menores.

-Aunque no quieras tomarlo, lo harás... Es de naranja y le adicioné vitaminas... -se ubicó frente a mí con los ojos entornados. Ella siempre lograba infundirme respeto-. Ayer casi llamo a un médico y sé que no has comido bien. Fanny ya no sabe qué hacer, así que si no quieres que te trate como a un bebé, bécete esto y come, William, no lo repetiré.

-Gracias, Candance, pero... tengo una prueba a primera hora, debo irme ya.

-Me importa un comino eso, de esta casa no sales sin comer. Punto. Ya después te dejaré de fastidiar y... bueno... Sabes que no me gusta verte así, pero no lo puedo evitar... el dolor se tiene que vivir, Will. Así que en ese territorio no me meteré... Aunque si quieres un consejo -se acercó a mi oreja haciendo que me agachara-. Lucha por esa niña, ella supo sacar a flote ese chico maravilloso que eres -se dio la media vuelta y salió de la cocina con su café en la mano. Sabía bien que no me atrevería a desobedecerla.

Kellan y yo ingerimos los alimentos en silencio. No estaba molesto, probablemente agotado de estar tras de mí, pero ambos sabíamos que yo hubiese hecho exactamente lo mismo. Salimos unos minutos después, mi camioneta ahí estaba aparcada, me aventó las llaves y se dirigió a la suya.

-Más te vale que llegues, no pienso volver a buscarte por todo el maldito condado otra vez -lo miré sin mostrar ningún gesto. Se acercó evaluándome con desespero-. Estuviste a nada de ahogarte, imbécil -Pestañeeé sin comprender. Exageraba. Negó con la cabeza girándose.

-No seas dramático, no me dejan en paz, ¿qué mierdas quieres que haga? - Me tomó de la camisa acercándome hasta su rostro, al tiempo que yo aferraba sus brazos comenzando a molestarme.

-Te quedaste dormido en la orilla del mar, idiota, las olas ya comenzaban a llevarte. Mierda, Liam, ¿Pretendes suicidarte? -Me lo quité de encima con fuerza. No pensé en ello, bueno, ni en nada en realidad, lo único que deseaba era olvidar, borrar de mi memoria su sonrisa, su mirada inocente, sus carnosos labios.

-¿Cómo mierdas crees que iba a saber que eso ocurriría? Además, no soy un maldito cobarde -me miró de reojo bufando.

-Ella de verdad te trastornó -me acerqué nuevamente poniéndome a un par de centímetros de su rostro.

-Ella vio en mí lo que nadie, ella... ella -sacudí lentamente la cabeza evocando de nuevo lo del día anterior. La rabia retornó golpeándome con odio.

-Ella, Liam, te dejó, y espero que de una vez lo entiendas antes de que cometas una locura... Ayer tuvimos que buscarte todos los del equipo y los demás. ¿Tienes una puta idea de lo que llegamos a pensar? ¡Eh! -Me tomó por la nuca, rabioso-. ¿Tienes una maldita jodida idea? ¡Cuando te encontramos estabas helado, maldición! Así que te advierto, si no controlas todo esto haré algo que no te gustará -me zafé de él desconcertado y sin decir más subí al auto.

Me importaba un carajo sus amenazas. Mi vida se desmoronaba como un castillo de arena frente a mí y no podía intervenir, solo contemplarlo caer sin remedio, sin solución.

Cuando llegué al instituto las miradas de todos se posaron sobre mí y yo lo único que deseaba era sacarles los ojos uno a uno. Nadie se acercó, paradójicamente, salvo Max y Luck.

-¿Qué tal la resaca? -Gruñí sin girar al tiempo que aventaba todo en el casillero y algunas cosas caían. De inmediato uno de sus libros llamó mi atención, no lo había visto. En medio de ese muladar que era últimamente mi vida, seguro podía encontrar muchas más cosas que pasé por alto, en mi afán de que ella regresara a mi lado.

Sin poder evitarlo, recordé de inmediato cuando lo colocó ahí; íbamos tarde a nuestras respectivas clases. Pero entre risas y besos no nos percatamos de la hora y es que en cuanto comenzó el receso la rapté y la llevé hasta aquel lugar donde nunca nadie nos veía, un sitio arbolado junto a las canchas. Siempre necesitaba de Kya, tanto como ahora. Sus besos eran un tremendo narcótico, incluso cuando no estaba a mi lado, solo podía pensar en que deseaba volver a probar sus delicados y deliciosos labios. La imaginación no me daba para comprender lo que ella me hacía sentir, al mundo que me transportaba con una caricia de sus dulces dedos, son sus palabras siempre

mesuradas, tiernas, junto a su mirada tímida e intrigante. Por supuesto se resistió, me conocía, sabía que la deseaba, y aunque jamás, jamás, hubiese hecho algo que no quisiera o algo que la incomodara, unos inocentes besos apasionados no dañaban a nadie, menos a mi ángel, ¿no?

-Liam... nos van a ver -susurró mirando alrededor nerviosa. Reí sin detenerme. Mientras ella, sin oponer resistencia, dejaba salir su personalidad aprensiva que me fascinaba.

-Nadie se fija, Kya -tenía sus mejillas sonrosadas, pero rio comprendiendo que era verdad. Al llegar dejó aquel libro sobre un tronco y se pegó a mí. La rodeé de inmediato buscando sus labios, ella ya tenía su rostro elevado esperando a que hiciera justo eso. La besé con exigencia, con demencia, mientras se dejaba llevar sin oponer resistencia enredando sus manos en mi cabello para que no me alejara, cosa que no ocurriría. Ni loco me separaría de esa apetecible boca.

-Ya quiero que estemos juntos allá -se refería a la universidad. Sonreí acomodando un rulo tras su oreja, adoraba la sensación de su cabello en mis yemas. Era como un pedazo de seda que te invitaba a .

-Ya no queda mucho -le recordé. Pronto hablaría con mis padres y entonces todo quedaría definido. Nunca sospeché hasta qué punto.

-Será genial -sonrió con alegría y despreocupada. Besé su frente absorbiendo ese inigualable aroma, dulce, flores, frutas... Me enloquecía.

-Será perfecto, Kya... y ya te dije -alcé su barbilla con uno de mis dedos, provocando así que sus ojos ámbar me miraran con atención-, jamás será de otra forma -Se puso de puntillas y besó mi boca aferrándose a mi nuca.

-Sabes bien que eso es lo único que quiero... nunca podría ser otra manera, Liam -después de eso no pudimos separar nuestros labios.

Apreté el libro sintiendo un inmenso dolor, decepción, ansiedad... odio. ¿Por qué me decía con frecuencia todo aquello?, ¿por qué permitió que la amara de esa manera?

Max y Luck aún seguían a mi lado. Le tendí el libro con rabia contenida.

-Dáselo, no quiero una maldita cosa suya aquí -expresé, al tiempo que aquel, que algún día osó darle un beso a la luz de mi penumbra, lo sujetaba.

-No ha llegado... -alcé la vista indiferente.

-Por mí que no regrese -refuté alejándome de ellos.

En cuanto acabó la prueba me largué. Responder no me costó trabajo. No después de tener a mi lado a aquella chica que me demostró por meses que mi cabeza podía almacenar todo lo que deseara si me empeñaba. Salí de ahí con urgencia. Por mucho que la aborreciera su ausencia me aplastaba, me dolía y algo se estaba removiendo en mi pecho, algo similar a un mal presentimiento.

Luck me interceptó casi cuando llegaba al Jeep.

-¿A dónde diablos vas? -Giré ya hartó.

-A la playa y no quiero que nadie me siga esta vez... -le advertí con furia.

-Liam, para... -me pidió.

-No me mataré... no soy un imbécil, solo quiero estar solo. ¡¿Es tan complicado de entender?! -El ambiente en la escuela era extraño, deprimente si me preguntaban, y en combinación con mi estado anímico, era peor.

-Hay entrenamiento -me recordó. El fin de semana era el último juego.

-Ahí estaré, pero mientras tanto no quiero que nadie me busque -bramé apretando la puerta.

-De acuerdo, pero si no llegas hablaremos con el entrenador -no lo miré, pero asentí.

Pasé la mañana ahí, la marea, escuchando el tronar de las olas. Evocando cada cosa, cada detalle, cada caricia, cada palabra. Ya todo había terminado y yo junto con ello.

Por la tarde llegué a entrenar. El domingo era la final, no les fallaría a lo demás por mucho que mi interior estuviera seco, devastado. No obstante, salvo las órdenes que tenía que dar y lo que debía hacer, no lograron sacar de mí nada más.

El amanecer del sábado llegó sin que yo hubiese logrado tener un sueño reparador. Su boca sobre la de él todavía rondaba mi cabeza y estaba seguro, rondaría mucho tiempo más. Por otro lado, me carcomían los celos. El día anterior no fue en toda la mañana al instituto, lo supe en el entrenamiento. Seguro estaba con ese malnacido, y las ganas de ir a buscarlos y volver a dejar su rostro desfigurado, me quemaron. No lo hice, no deseaba ser humillado nuevamente, no por ella, no así.

La puerta se abrió sin aviso. No tenía idea de qué hora era. Pero yo permanecía sin ducharme, con la vista perdida, sentado sobre el colchón y las piernas flexionadas. Me sentía vacío.

-Liam -giré. Era Kellan. Ese chico era incansable y ahora se lo agradezco infinitamente. Sin él, no tengo mucha idea de qué hubiese sido de mí esos días.

-¿Qué quieres?... -Mi voz sonaba rasposa. Su mirada me alertó. Lucía... preocupado, nervioso.

-Dúchate -ordenó intentando sonar sereno. Arrugué la frente.

-Kellan, en serio, déjame en paz -mascullé perdiendo de nuevo la vista con indiferencia. Se colocó justo donde yo veía.

-Tienes que acompañarme, hay algo que... -entorné los ojos esperando. No hablaba y me observaba realmente asustado.

-Me importa una mierda lo que sea... Ahora déjame solo, a la hora del entrenamiento ahí estaré, no me pidas más porque no lo haré...

-¡Mierda, Liam!... Se fue -susurró esto último casi con ánimos de que no lo escuchara. El corazón dejó de bombear sangre por todo mi cuerpo. Mis párpados se detuvieron. Mis pulmones dejaron de trabajar-. ¿Escuchaste? -Insistió arrugando las comisuras de sus ojos-. Liam, Kyana se fue de Myrtle Beach -esa fue la oración más tenebrosa, y desgarradora que había escuchado a lo largo de mis casi diecinueve años, en un par de semanas los cumpliría, y ella, en agosto. No me moví por varios minutos en los que mi amigo permaneció ahí, de pie, evaluándome, estudiándome.

No, no podía ser. Ella no se pudo haber ido, no, ella aún tenía que ir a la escuela a... nada. Mierda, Kyana no tenía necesidad de ir a nada más ahí. Mis palmas sudaban, mi ritmo cardiaco, detenido completamente hacía un momento, se desbocó. No era posible, simplemente no era posible. El chico, ese chico con el que se besó, ¿lo dejó?, ¿cómo?, ¿no eran nada?

-Dice Robert que ya no regresará... -de pronto todo volvió a caer sobre mí. Robert. Robert. Sí, él me diría qué mierdas ocurría. Él debía saber. No se me escaparía. Era su mejor amigo, los últimos días no la dejaba sola. Yo confiaba en él, pero definitivamente para ella era como un hermano y eso me agradaba, siempre era atento y respetuoso con la que solía ser mi novia. Pero antes... tenía que cerciorarme de que ese gran hijo de puta que solía ser mi amigo meses atrás, no tuviera nada que ver. La tregua terminaba, ella ya no estaba y a mí me importaba una mierda todo.

Me puse lo primero que encontré y salí corriendo de ahí.

4. SOLEDAD

Toqué aquella puerta que, desde hacía mucho tiempo, no tocaba. Una chica del servicio abrió amablemente.

—¿Está Roger? —Exigí saber con las manos cosquilleando y los dientes apretados. La furia circulaba por todo mi ser sin caer aún en cuenta de lo que Kellan me había dicho unos minutos atrás.

La chica asintió. La hice a un lado y entré.

—¿Roger?! —El hijo de puta salió de la cocina con un cuenco de cereal en las manos enarcando una ceja con sorna. No pude contenerme. Me dejé ir directo hasta su rostro logrando así que la mujer que me abrió la puerta gritara y que su comida saliera volando salpicando el recibidor.

—¡Maldición, Liam! —Escuché por detrás. Sí, mis amigos. Yo lo golpeaba mientras él obviamente no se dejaba. Nos revolcamos por el suelo, enganchados y rabiosos. Sentí cómo su puño se estampó en mi quijada, al tiempo que yo cerraba el mío y le dejaba morado el ojo.

—¿Qué hiciste, imbécil? Dime de una jodida vez ¿Qué hiciste? Tú fuiste, ¿no? —Nos lograron separar mientras la mujer de su padre y su hija nos veían aterrorizadas desde las escaleras.

—¿Qué mierdas te crees? —rojo de ira. Luck y Josh, otro del equipo ya lo detenían, pues a mí me sujetaba Ray, Max y Kellan.

—Dijiste que las cosas no se quedarían así, te advertí que si hacías algo abriría la boca. ¿Qué hiciste para que se fuera, para que estuviera así? —Le grité, intentando llegar a él infructuosamente.

—Te bota y ahora crees que soy yo... Liam, en serio eres imbécil, mucho más de lo que imaginé —su mirada era cínica, maliciosa y gozaba el hijo de perra—. Esa mexicanita... no duraría la vida con alguien como tú... digamos que eso era... lógico —me logré zafar pues la furia era incontenible. Lo arrastré hasta que lo dejé contra un muro y apresé su cuello acercándome hasta su rostro peligrosamente.

—Explícate... ¡Ahora!

—No hay nada que explicar... se dio cuenta de que su lugar no era a tu lado, listo, y ¡Suéltame de una jodida vez! O haré que llamen a la policía y a tus padres no les gustará que se manche ni un poco su intachable apellido.

—Dije que quiero que te expliques —le exigí, pero lograron que lo dejara ya todos sobre mí.

—Me importa una mierda por qué te mandó al carajo, pero lo cierto es que me alegra verte retorcido cual gusano que eres... ¡Y ahora lárgate! —ordenó amenazante—. Y no te atrevas a venir nuevamente para esas estupideces, si te desechó mejor revísate a ti mismo... seguro ahí está la respuesta.

Aquella noche, en casa de Robert, cuando supe todo, comprendí cada una de esas palabras. Por supuesto que él fue quien alertó a mis padres, por supuesto que ese idiota se vengó de aquel golpe como bien dijo y sí, me arrepentí más tiempo del que siquiera imaginé. Ahora sé que Roger sabía ese día el porqué de la conducta Kya y ya no tenía sentido odiarlo, pero su venganza, su rencor, dejaron heridas en ambos, que aún ahora recordamos y duelen, duelen por lo que llevan detrás.

En cuanto salí decidí que Robert era el siguiente en mi lista. No tuve que ir muy lejos; él ya se encontraba esperándome con gesto inescrutable recargado en el cofre del auto. Lo miré extrañado, giré, y varios del equipo, más los que solían ser amigos de Kya, se encontraban ahí, observándome, esperando justamente esa reacción. En serio no se cansaban.

Me acerqué con los ojos entornados importándome una mierda tener público.

—Deja de estar jugando al detective, Liam —soltó ese chico, estudiándome sin una pizca de temor. Me llegaba casi a la barbilla y su propio cuerpo, un tanto rellenito, no le ayudaría en nada si decidía desquitarse mi frustración con él.

—Tú sabes todo, lo sé —le dije ubicándome a menos de un metro. Negó con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No hay todo, Liam, ya deja esto. En serio, estás intentando buscar respuestas a cosas que no tienen sentido... Kyana —en cuanto pronunció su nombre mi cuerpo vibró. Sí, eso provocaba tan solo oírlo nombrar—, ya no podía seguir a tu lado, no hay más que decir, más que averiguar. Acéptalo de una jodida vez.

—¿Es cierto que se fue? —pregunté sintiendo un nudo en la garganta, dolía pasar saliva, tanto que me llevé la mano hasta ahí sintiendo que me ahogaba. Agachó la cabeza asintiendo.

—Hace una hora salió el avión —de pronto comprendí que... era verdad,; ella se había ido, me dejó ahí, sin más, olvidando y botando la historia que compartimos, los momentos de felicidad, las promesas, los sueños, nuestros sentimientos, todo.

Un enorme agujero se abría justo en medio de mi pecho, en el centro de mi ser, de mi alma. No lograba concebir que lo que creía eterno, llegaba a su fin, de esa manera, sin yo lograr comprenderlo, sintiéndome perdido, con una pieza faltante.

Me llevé las manos a la cabeza sin pestañear. Me sentí repentinamente mareado, nauseabundo. Mis ojos se enrojecieron. Ya no lograba hilar una idea con coherencia, mientras un silencio sepulcral se apoderaba de ese jardín frontal. Todos mantenían la vista en sus pies, sabían lo que eso me estaba provocando. Mi interior se rompió en ese instante. Una grieta de enormes proporciones rasgó lo que antes era un sano y feliz corazón.

Se fue.

Me dejó.

Se terminó.

—Liam —me llamó Kellan con voz queda. Negué haciéndome a un lado para que no me tocara.

—Por una maldita vez déjame solo... —le supliqué subiéndome a la camioneta con las lágrimas asomándose. Asintió afligido. Sabía bien a dónde iría.

Llegué a esta playa sin saber lo que sentía. Ya ahí, solo al fin; apreté los dientes con desesperación.

—¡Ahhhh! ¿Por qué, Kyana? ¡¿Por qué?! —miré el cielo con las mejillas húmedas. Podía sentir con cada minuto que pasaba cómo su cuerpo se alejaba, cómo su increíble mente me dejaba. Me estaba quemando. Volví a gritar hasta que la garganta me ardió debido al esfuerzo. Me despojé de la ropa dejándome solo las bermudas y me sumergí deseando que el agua salada barrierá todo lo que en mi interior se destrozaba.

Nadé hasta que ya no pude más, llevando mi cuerpo al límite. Intentando comprender cómo algo tan perfecto se volvía en mi contra, cómo lo que creí lo mejor de mi existencia, ahora me consumía.

Cuando no pude más regresé y me senté en la orilla del mar perdiendo la vista en el horizonte.

Sí, aquí, en este mismo lugar.

Sonríó sintiendo cómo el aire nocturno juega con mi cabello ahora un tanto corto.

¿Quién diría que después de todo aquello la tendría así, junto a mí, durmiendo cada noche a mi lado, segura entre mis brazos? Lo cierto es que el camino que se atravesó para lograrlo fue agónico, desgarrador. Y por eso valoro con vehemencia lo que tengo, por lo que tanto luché; mi hermoso ángel viviendo su vida a la par de la mía, calentando cada uno de mis días con su dulzura, con su paz.

Cuando supe que debía marcharme, lo hice. El maldito entrenamiento...

Me movía como un ser al que le arrebataron el alma. No me importaba, eso era lo que había ocurrido, no fingiría, ni por hombría, sentirme bien, aunque lo intentara, no lo lograría.

—Russell, ya sabes qué hacer... Llegas tarde —asentí sin quejarme con el entrenador. Mis compañeros de equipo, mis amigos y el resto, me observaron de diferentes formas, pero leí en sus expresiones que creían que no iría.

Hice todas las flexiones y vueltas que eran el castigo que se aplicaba cuando se cometía una falta. Entrené intentando dejar del lado lo que en mi mente existía y es que jugar y sumergirme en el mar, eran las dos únicas cosas que lograban menguar mi dolor.

—Russell, trae tu trasero para acá —gritó el entrenador More. Ya todos se dirigían a las duchas. Gracias al cielo las tres horas fueron intensas, así que pude desfogar aún más energía, sentía que podía ir a Canadá y regresar sin agotarme. Me acerqué con el casco en la mano y quitándome el sudor de la frente con la banda que tenía en la muñeca.

—¿Sí? —Se cruzó de brazos haciéndome con sus ojos un ademán para que me ubicara a su lado.

—No sé qué diablos sucede, pero te diré algo; esa jovencita... es ideal para ti —soltó observando el campo aún con algunos de mis compañeros levantando cosas. Lo miré extrañado. Él era un tipo duro, de esos que solo gritan y dan órdenes, que exigen e intentan llegar al mayor rendimiento posible. Me desconcertó escucharlo hablar de ella y a la vez me alteró—. Y te daré un consejo... aunque no me lo pediste —volteó hacia mí con sus ojos grises perforándome—; no la dejes ir. Cuando alguien saca lo mejor de uno, es porque esa es la persona adecuada —entorné los ojos sin saber qué decir. No iba a darle explicaciones a él, ¿no?—. Ahora largo, nada de desvelos, mañana quiero ganar —sacudí la cabeza confundido.

En los vestidores todos fingieron que todo iba normal. Así que me duché y vestí sin hablar, como comenzaba a ser mi costumbre. Mi cabeza ya era un tremendo caos. Señales iban y venían rebotando sin cesar. Yo no lograba acomodar nada.

Kyana esa misma mañana se había ido y no podía entender cómo era que lo había hecho si ya tenía a alguien, ese maldito hijo de perra por quien supuestamente me dejaba. ¿Acaso no le importaba? No entendía. Ella no era así, sabía que no era así.

De pronto la apabullante verdad apareció. Ese imbécil no tenía algo con ella, entre ellos no existía nada. Al descubrir eso, me quedé estático. Salí de ahí corriendo.

Mierda.

Mierda.

5. SECO.

Llegué hasta la puerta de esa casa que cálidos y hermosos recuerdos me traía, incluso me encontré fantaseando y deseando con fervor que ella abriera la puerta y que, como solía, me sonriera de esa forma angelical y se colgara de mi cuello para que la besara ahí, en el umbral.

Irina abrió con semblante triste y los ojos hinchados. La observé por unos segundos en silencio mientras ella hacía lo mismo.

—Siento llegar así —me disculpé compartiendo su pena. Asintió torciendo la boca.

—No te preocupes, Liam... ¿Qué sucede? —preguntó abrazándose como si tuviese frío. La casa se veía oscura, sin vida. Un silencio ensordecedor se podía sentir, la nostalgia era palpable.

—Necesito hablar con ella... —la madre de Kya negó conteniendo las lágrimas.

—Se fue, Liam —susurró dolida. Que me lo recordara fue como si un puñal que ya permanecía clavado en mi pecho se encajara aún más, aumentando de esa forma la sensación de pérdida.

—Lo sé... —pestañeó arrugando la frente—, pero necesito que me digas dónde encontrarla, debemos hablar... —cerró los ojos fuertemente. Cuando los abrió me observó con aflicción.

—Me pidió que no lo hiciera, Liam, fue muy clara y... lo siento... no te diré dónde está —La sangre de mi cuerpo se detuvo.

—Irina —le rogué ansioso. Colocó una mano fría sobre mi antebrazo mirándome con decisión, temblando.

—No, Liam, y por favor, te lo suplico, no insistas... A Kya no le hace bien todo esto, no sé qué ocurrió, pero me queda muy claro que no desea seguir a tu lado... La conoces, no es una chica que juega con algo así. Si lo decidí, por algo es —Me intentó convencer. ¿Qué más podía decirle? Asentí con la vista extraviada en una de las ventanas laterales, sintiendo la impotencia correr como veneno por todo mi torrente.

—De acuerdo... y gracias, Irina.

—De nada y... cuídate, ¿sí? Tú también debes intentar salir de esto —me rogó con voz quebrada. Sonreí con tristeza.

Si tan solo hubiera existido la manera de lograrlo, seguro lo habría hecho. Pero era tan fácil para todos decirlo y para mí tan imposible. Algo no me permitía estar tranquilo creyendo que verdaderamente me abandonaba por convicción. Sentía, casi todo el tiempo, que ese círculo quedó abierto, en pausa, suspendido. Y eso, comprendería años después, sería una de las razones por las que no podría darle vuelta al capítulo más hermoso de mi vida. Ella.

Llegué a casa, subí a mi habitación y me dejé caer sobre la cama aún con la mente perdida. Su ausencia era notoria, la percibía ya tan lejos. Era como si los hilos que nos unían se estuvieran estirando tanto que la tensión era tormentosa, y la sensación, demasiado incómoda.

Coloqué mis brazos en la nuca sintiendo que hasta respirar era complicado. No lo lograría, sabía que no podría. Esas dos semanas ya habían generado estragos importantes en mi persona... ¿Cómo viviría mis días sin su esencia? Imposible.

Alguien tocó, ni siquiera me molesté en contestar, últimamente la palabra «privacidad» parecía no existir en mi entorno.

—William... debes comer algo... —era Fanny, la conocía, estaba preocupada. La miré inescrutablemente aún desde mi posición.

—No tengo hambre, más tarde bajo.

—Es ahora —sentenció con voz dura, esa misma que usaba para regañarme antes, cuando yo era un caso perdido. Tenía razón, no había ingerido nada desde hacía veinticuatro horas o más, por mucho que deseara morir de inanición esa no era la solución, al día siguiente tenía partido y después de eso... ya vería qué hacer.

Por la noche conciliar el sueño fue nuevamente un triunfo y es que esa tensión me acompañó hasta la madrugada, lo peor era sentir su dolor, sé que suena ridículo, pero era así. ¿Qué mierdas ocurrió para que todo cambiara de esa manera? ¿Qué?

Por la mañana me despertaron los ruidos y el movimiento que se escuchaba en la casa. Me tapé el rostro con la almohada malhumorado.

De pronto la odiosa voz de mi madre me alertó. No podía ser, eso era lo único que me faltaba para acabar de hacer mi tétrica vida, aún más tétrica. Desde aquella maldita discusión, ya hacía varias semanas, no había regresado al condado, cosa que agradecía. Nunca fue alguien cercano, alguien que se preocupara verdaderamente por mí.

Esa maldita tarde, que yo no tenía idea, que arruinaría varios años de nuestras vidas, ellos dejaron más que claro que no me apoyarían en mi elección de universidad, como tampoco les pareció que tuviera una relación con Kyana. Aquel fin de semana me la pasé en cenas, comidas y varios compromisos más a los que pidieron mis padres que asistiera, y a los que obviamente no había lugar para una negativa, pues gente del Partido estaba ahí festejando no sé qué carajos y las familias debían ir para demostrar que todo iba siempre bien.

Mentiras.

Podía recordar sin esfuerzo el enorme enfrentamiento. Sobre todo con mi papá. Gritos, órdenes, exigencia.

No me dejaría, nunca más. No en ese momento que sentía que debía luchar por lo que verdaderamente me hacía feliz, lo que le daba sentido a mi vida.

—¿Perdiste la razón?! Ya lo habíamos decidido, estás aceptado, William, saca esa idea de tu cabeza, irás a Harvard, no hay más que hablar —zanjó ese hombre con el que no compartí ni un juego a lo largo de mi vida.

—No, no te equivoques, no lo «decidimos» lo decidieron ustedes, y eso terminó, yo quiero algo distinto, la política me importa un carajo —escupí con rabia en medio del comedor, ese mismo donde los confronté para que supieran que Kyana ya no estaba sola.

—No me hables así, William, y te advierto, no tendrás nuestro apoyo...

—No lo necesito, la beca es deportiva, iré solo, me ocuparé de mis gastos solo. Crees que porque ustedes son los del dinero aquí, haré su voluntad. Olvídalo. No.

—Esa chica con la que estás, ¿a dónde irá? —preguntó mi madre sentada relajadamente en la silla, observándonos discutir. Obviamente sabían que andaba con alguien, tampoco era algo que ocultaba o que escondiera, no obstante, jamás mencionaron nada al respecto, era como si les diera lo mismo, cosa que en general era cierta.

—¿Eso qué más da?, no estamos hablando de mi novia —le recordé furioso. Enarcó una de sus cejas y se puso de pie lentamente de esa forma fría que la caracteriza, no muestra ni una maldita emoción.

—Esa chica no me gusta para ti, William —soltó serena. Reí, en realidad me carcajeé. Cosa que le dio igual.

—¿Y? Es mi novia, no tuya... —mi padre volcó los ojos frotándose el rostro con desespero.

—No seas grosero. Solo te lo digo porque yo no apoyaré ni tu relación ni tu cambio de carrera y universidad. No hay más que hablar. Si insistes, estarás solo —La observé con indolencia.

—Lo que tú pienses o quieras de mi relación con Kyana, en realidad, me da lo mismo. Ella es la mujer que quiero y estoy dispuesto a dar lo que sea por conservarla a mi lado, así que ni se te ocurra comenzar a presionarme por ese lado, no cederé. Por esa chica... mamá, soy capaz de cualquier cosa y me conoces, no bromeo. Y respecto a lo otro, también me da igual, les estoy informando mi decisión, ustedes pueden hacer lo que se les antoje, no hay marcha atrás...

—William, esto es tu futuro... no cualquier tontería de muchacho inmaduro que está encaprichado y que desea llevar la contra a sus padres —expresó mi padre molesto.

—Por supuesto que es mi futuro... por eso lo defenderé. Y puedes pensar lo que desees... papá, pero me voy en el verano y si su decisión es no apoyarme, eso será un hasta nunca.

—No sabes ganar un céntimo... —me recordó mi madre.

—No por eso los necesitaré... créeme, aprenderé, no me controlarán por ese lado.

—Te quedarás sin nada, no apoyaremos esta estupidez, William, le dejaremos todo a Richard, no verás ni un solo dólar —rodé los ojos asintiendo con los brazos cruzados sobre mi pecho, demostrándoles que me daba lo mismo.

—Dinero, dinero... me importa poco su dinero, hay cosas que en serio, compréndanlo, el dinero no te da... Y que yo deseo.

—Ya veremos...

—Ya veremos —repetí mirándolos a ambos molesto, pero más decidido que nunca. Iba a irme cuando sus palabras me detuvieron nuevamente.

—¡Aún eres muy joven, el amor como llega se va, y estás decidiendo tu futuro sobre algo que no es real, que no pasa de ser un enamoramiento de adolescentes. William, es un error, tú y esa jovencita no pueden saber todavía qué es lo mejor para ustedes, así como tampoco saben si lo que sienten durará mucho más... ¿Qué harás cuando uno de los dos ya no sienta lo mismo? Habrás hecho cosas que no deseabas por seguirla... ¡Es ridículo, hijo, no es inteligente y mucho menos maduro!

—Papá, ustedes no me conocen, no tienen idea de qué soy y qué no, pero algo sí te digo, lo que siento por ella no es pasajero... y mucho menos un enamoramiento adolescente, es real y por lo mismo sé lo que debo hacer... y lo haré. —Dicho esto salí de ahí desesperado por verla, por olerla, por escuchar de sus dulces labios decir que... nada de ese asqueroso mundo en el que vivía importaba, solo lo que sentíamos, solo lo que vivíamos. Kya era el arcoíris del pantano en el que me crie.

Los zapatos altos de mi madre, que retumbaban sobre el laminado al acercarse, me hicieron gruñir. Iba hacia mi habitación. ¡Agh! Mierda.

Me levanté desganado, me calcé un short cualquiera y una playera. Odiaba con el torso desnudo. Sí, ridiculeces.

Los tres golpes que dio para anunciarse iban cargados de arrogante educación.

—William, hijo, ¿puedo pasar? —Puse los ojos en blanco frotándome el rostro. Siempre al levantarme observaba aquella foto que nos tomó Emma a los pies del árbol donde solíamos estar entrelazados y que Kya me dio ya hacía meses en un marco de madera oscura.

No supe qué sentir.

Ella no era una chica que se rompiera en detalles, o que esperara algo de mí. Ella era así; cuando tenía ganas me obsequiaba algo que le parecía que me iba a gustar. De pronto me encontraba una nota en algún cuaderno con un «te amo» o me sorprendía con algún libro que, increíblemente, leyéndolo a su lado, tumbados en los sillones de la terraza, me gustaba más de lo que esperaba. Nos agradaba la misma música, por lo mismo yo tenía de ella y ella, mía. El que compartiéramos eso lograba que pudiésemos pasar horas con los audífonos en los oídos, recostados sobre alguna frazada en esta playa, simplemente abrazados, sintiéndonos, susurrándonos cualquier cosa... besándonos. Kyana impregnó mi vida con su esencia.

Por mucho que jamás hubiese pisado aquel cuarto, era como si lo hubiera hecho. Pasé tantas noches pensando en ella, evocándola, deseándola, sonriendo como un tarado por el buen rato que pasábamos, ansiando su delgado cuerpo bajo el mío hasta terminar en la ducha helada pues su piel me enloquecía, pero la manera que tenía de entregarse, aún más... No se reservaba nada, existía siempre, desde la primera vez en casa de Kellan, una confianza absoluta. Me permitía fluir tal cual, dejando salir la asombrosa necesidad que siempre me despertaba, para terminar, con recurrencia, yo sobre su pecho desnudo abrazándola y así recargar mi rostro justo sobre su corazón y poder escuchar cómo sus pulmones lograban un ritmo regular después del desenfreno o la dulzura compartida. Kyana era tan suave como un trozo de nube, cosa que siempre me pareció irresistible, y aunque su

experiencia era nula, a su lado me sentía también un novato. Por lo que fue fascinante aprender juntos cosas que jamás imaginé, pues teniendo su pequeño cuerpo desprovisto de ropa frente a mí lograba comprender que ella era la primera y única mujer con la que verdaderamente deseaba algo más que unir mi piel. Con mi ángel lo que anhelaba era fundir mi alma con la suya en cada encuentro, hacernos verdaderamente uno cada vez que mis brazos la aprisionaban comprendiendo que la tenía solo para mí en ese momento.

No obstante, la foto no estaba dónde solía encontrarse. El marco salió proyectado aquel día y... ahora, me arrepentía, pues la imagen quedó arruinada. La pecera de la orilla de mi habitación, cortesía de mi madre —que, cosa rara, no me desagradó—, se la tragó cuando se rompió el marco. O, más bien, cuando lo rompí al aventar una silla... que echó a perder varias cosas más. Y aunque tenía muchas más fotos en el móvil y en otro de los ordenadores que no se encontraban en mi habitación, ninguna remplazaría a esa.

—Sí —farfullé, echándome el cabello hacia atrás. No estaba de humor, no desde que mi luz me había dejado. Entró observando todo, perpleja. Sí, mi habitación parecía la de un monje, no había nada que indicara que fuese de alguien como solía, nada.

—¿Y tus cosas? —preguntó algo turbada. La miré de reojo sentado en la orilla del colchón. Siempre tan perfecta, tan serena, tan... malditamente indiferente.

—¿Qué necesitas, mamá? —Cambié de tema agotado.

—Un hola sería educado. ¿No lo crees?

—Hola, ¿qué quieres?

—Saber cómo estás, Fanny dice que no has comido, que estás muy mal, cariño. ¿Me puedes decir qué sucede?, ¿peleaste con esa muchacha? — Sentí la sangre hervir. Me levanté ubicándome frente a ella de inmediato. La tomé por sorpresa, sin embargo, no se movió.

—Kyana, se llama Kyana, y dudo que te interese mi vida... Así que dime qué deseas —mi tono era seco, molesto. Me observó con indolencia.

—¿Tan mal están las cosas entre ustedes? —indagó, caminando indiferente por mi habitación.

—Terminamos, ¿contenta?... Ahora si no tienes más que decir, deseo estar solo —no mostró ni agrado, ni desilusión; nada, así era ella.

—¿Así que te diste cuenta de que no era para ti? —soltó pasando un dedo sobre la superficie vacía de una mesa donde solía tener miles de cosas encima.

—Ni en un millón de años. Para que te pongas feliz, ella fue la que me dejó — le informé acercándome a la puerta para invitarla cortésmente a que me dejara de una maldita vez en paz.

—Vaya... Así que ese amor al final no fue tan fuerte —no pude detectar nada en su voz, pero sabía que lo ocurrido le encantaba.

—Y tú feliz, ¿no?... —solté con sarcasmo. Ni siquiera me miró.

—Te equivocas, William, sé que no la estás pasando bien, cariño. A veces el amor duele demasiado, pero no puedes permanecer así. Debes comer, dormir, eso no hará que las cosas se solucionen —la observé verdaderamente asombrado. ¿Esa era mi madre?

Ahora... ¿Es comprensible por qué jamás me pasó por la cabeza que estuviera tras todo eso? Nunca dio indicios para que yo lo pensara. Por otro lado, yo era más joven y... ella no dejaba de ser quien era en mi vida... ni siquiera podía pensar que fuese capaz de una atrocidad como esa, algo tan aberrante, tan espantoso. Si bien sabía que eran... implacables, personas poderosas, influyentes, no cruzó por mi mente que pudiesen ir contra la mujer que amo, que planearan algo como eso. Soy su hijo, o lo era en ese entonces.

—No deseo hablar de ello —argumenté tenso.

—De acuerdo, no lo hagas, pero ya llegará a tu vida alguien adecuado — volqué los ojos.

—¿Adecuado?... —Me burlé, mientras observaba con molestia el espacio vacío, su pecera ya no estaba. Regalo de mi cumpleaños anterior junto con la camioneta que cada año cambiaban, así que no me encariñaba ni con ella, ni con nada. Mi único verdadero apego durante ese tiempo fue mis amigos y Kya, y... de alguna forma, lo que le di no bastó.

—Sí, alguien que sepa lo que vales, William, tú no eres cualquier chico, eres un Russell y debes codearte con gente como nosotros —No sabía si reír o golpear algo nuevamente.

Decidí que ni la una ni la otra.

Salí dejándola de pie ahí, sola. No quería escuchar sus estupideces, mi cabeza era un caos como para agregarle su rollo social, que al parecer, jamás cambiaría.

6. LÚGUBRE

Llegué a casa de Kellan deseando desaparecer de la mía. En cuanto me vio y mencioné a mi madre, sonrió negando, dándome el control del video juego. Nos perdimos allí sin hablar, sin mirarnos, sin decir nada. Kellan es y era como mi hermano, me conocía tanto como ella. Sabía que en ese momento, todo sobraba y que si no me fui a refugiarme a la playa, como ya era costumbre, fue tan solo porque no deseaba pensar. Así que jugar con la consola, era algo que lograba mantenerme neutral, aunque no tan efectivo como nadar o jugar americano.

Entonces llegó el momento de irnos al partido. Emma ya le había marcado, pero supuse que cuando se enteró de que me encontraba con él; comprendió que lo vería más tarde.

En medio de los gritos y el ruido yo me sentía enterrado en un absoluto y sordo silencio. Jugué concentrándome al máximo, regañándome más de una vez por girar a las gradas, esperando por ver su cándido rostro sonriéndome para infundirme ánimos. Jamás sospeché que no necesitaba hacer nada para alegrarme, su existencia cumplía esa función.

Ganamos.

Festejos y más gritos nos rodearon. Sin que lo pudiera evitar me arrastraron a la fiesta que se organizó en la casa de Luck. Fui, pero no duré más de diez minutos. Cate y Jane de inmediato se colgaron de mi cuello, al igual que otras chicas que buscaban pegarse asquerosamente a mi pecho, para abrazarme por el supuesto «triumfo» y yo lo único que podía pensar era que se asemejaban a unas garrapatas, no las toleraba. Me las quité sin miramientos ni ocultando mi repulsión.

—Asombroso que William Russell se encuentre así por una chica... —musitó molesta Cate. La observé indolentemente, dejando mi vaso aún lleno sobre una mesa.

—Si fueras una cuarta parte de lo que ella es, probablemente no te encontrarías aquí envenenando el ambiente y a alguien... le interesaría algo más que tu trasero —la chica abrió los ojos atónita. Está bien, me pasé, pero es que no soportaba que hablaran de ella como si fueran mejores, como si no valiera nada.

—Eres un imbécil... En serio que esa mojigata te cambió, pareces un pelele —sonreí con sarcasmo, acercándome peligrosamente a su rostro.

—¿Tanto te arde no parecete ni un poco?... Porque espero que estés consciente de que esa cabeza hueca que cargas a diario, necesita estar igual de ejercitada que tu cuerpo...

—Eres un patán.

—Y tú una arrastrada, y si no deseas seguir escuchándome déjame de una maldita vez en paz, no soy ningún chico que pretende agradarte.

—De eso ya me di cuenta... Solo con ella eras dócil... Mentiras, eres lo que eres, Liam, siempre lo serás.

—Rodeado de gente como tú hasta en rata me hubiera convertido. Y no me interesa lo que opines, tú jamás despertarás en nadie lo que ella despertó en mí... Así que ve a derramar tu veneno a otro sitio, yo ya me enfadé de escucharte y de ver tus capas de maquillaje corriéndose con este jodido calor —sí, así podía llegar a ser. La dejé ahí sin decir más y me largué. Simplemente me sentía fuera de lugar.

Cuando se organizaban ese tipo de reuniones o fiestas, Kya y yo íbamos tan solo un rato. Bailábamos en medio de estruendosas carcajadas, conversábamos con los demás. Cuando se alejaba, no la perdía de vista, y en el momento en que todo comenzaba a salirse de control, como suele suceder, nos mirábamos con complicidad y nos íbamos a nuestra playa, a la banca de algún parque o simplemente a caminar por las calles con alguna bebida caliente en la mano. Entre nosotros no había nada fuera de lo común, cosas alocadas o desenfreno, no existía la prisa como tampoco la necesidad de apantallar o hacer cosas sin sentido. No, entre Kya y yo existía la paz, serenidad, la complejidad de nuestro sentir. Y eso era lo que mi cuerpo, siempre demasiado impulsivo, demasiado inquieto, necesitaba. Así como mis ocurrencias, y mi energía, era lo que ella ansiaba. Jamás parábamos, paseos en bicicleta, horas andando, nadando, salíamos con los demás, conversábamos sin parar, leíamos, cocinábamos, recogíamos todo el desastre provocado, y algunas veces terminábamos viendo algún programa de televisión con un gran tazón de comida chatarra para mí y helado para ella. Mi vida jamás fue más excitante, menos aburrida y no necesitaba de locuras para sentir que cada día valía, que era mágico e irreplicable a su lado.

Eso era lo inigualable, lo que me sumergió muy profundo, hasta los límites de mi propia razón. Ella y yo; nos complementábamos y nos amábamos verdaderamente.

Salí de ahí sin informarle a nadie. Con el paso de las horas el vacío era más evidente, no obstante, ya no tenía energía para impulsividades, ni para llevar mi cuerpo al límite. Esa noche dormí tanto que no supe de mí hasta el atardecer del día siguiente. Abrí el ojo concientizándome de aquel hueco. Dolor, pena, cansancio y desmotivación eran ya parte inherente de mi persona.

Pasé horas en el ordenador observando sus fotos, nuestras fotos. Fanny incluso me ofreció un emparedado que tuve que ingerir, ya que mis padres se encontraban en casa y después de felicitarme escuetamente por la victoria del día anterior, continuaron con sus múltiples ocupaciones.

Cada cosa llegaba a mi mente ahí, inmerso en la pantalla. Kellan ya había marcado, pero al saberme en casa tranquilo, dejó de preocuparse. Ya no quería que estuviesen tras de mí, que dejaran de hacer sus cosas por estar al pendiente de mi locura. Nada la regresaría, nada cambiaría y por mucho que deseara ir y buscarla, rogarle, lo cierto era que no tenía sentido. Ella, de no haberse querido marchar, de no desear alejarse de mí o de lo que la atormentaba, no se hubiera ido, no me hubiera hecho pasar ese par de semanas de infierno.

Como intento en vano, marqué su móvil. Apagado.

¿Debía rendirme? ¿Dejarla ir sin más? ¿Sin luchar por última vez? Mi mente ya no resistía una estocada más pues mi corazón muerto ya estaba.

Esa tarde regresé aquí, a mi lugar, a nuestro lugar.

Los días pasaron y yo comenzaba a tornarme gris, ausente. Fui a casa de Irina a lo largo de la semana un par de veces, así como abordé a Robert varias más. Nada. Ambos me repetían que la dejara ir, que debía respetarla y yo solo podía sentir que cada segundo que pasaba sin ella mi alma se partía, se rompía.

Jamás la recuperaría, lo sabía, lo sentía. En mi desesperación le mandé mails cada día de esa semana, todos regresaron a mi correo. La cuenta estaba cerrada. ¿Red social? No, tampoco, parecía no haber entrado en meses y es que ella no era muy afecta a esas cosas al igual que yo... No obstante, no la encontré, también lo cerró.

El curso terminó, la alegría que existía alrededor no llegaba hasta mí. Tuve que ir a la entrega de diplomas, petición de mis padres. ¿Cómo faltar a algo así? Pero a la fiesta, y demás eventos que se organizaron, simplemente no pude. Pasaba horas en la playa evocándola. Odio, rencor, desesperación, ira, frustración, impotencia, pero sobre todas las cosas... amor. La amaba desesperadamente, era como si le hubiesen quitado el tanque de oxígeno a alguien con un problema terminal en los pulmones. Mi vida se iba apagando con cada día que pasaba, me iba hundiendo en la absoluta indiferencia, en la tristeza y en la nostalgia. Las dudas no me dejaban, sin embargo, ella no regresaba, por mucho que mi mente volara, ya no lograba pensar excusas o razones para su abandono.

Ese verano fue una absoluta pesadilla. Mis amigos hacían planes para su futuro y yo ni siquiera recordaba que debía ir a la universidad. Kellan permaneció a mi lado, así como los demás. Solían estar al pendiente, pero ya no me sentía acosado. Hubo ocasiones en las que me arrastraron, literalmente, a algún lugar, pero el gusto les duraba poco, yo deseaba estar solo y me escabullía cuando no lo notaban.

Una mañana, un par de semanas antes de que tuviera que partir a ese sueño que me daba igual, mi padre apareció y comenzó a insistir respecto a Harvard. Peleamos, discutimos, nos gritamos y al final, harto de todo y desmotivado hasta lo indecible e impensable, acepté ir. Algo diferente a lo que planeamos podría ser la solución... pretendí engañarme.

Ese año que pasé en Boston, específicamente en Harvard, es, aún ahora, un tanto confuso.

Fui, estuve, pero no hice amigos, no conocí a nadie, quien se acercara lo mandaba a volar. Poco hablaba y las materias eran acerca de cosas que no llamaban en lo absoluto mi atención. De inmediato chicos de la fraternidad más importante buscaron que entrara, tal como Richard, mi hermano que también radicaba ahí y que veía con cierta regularidad, pero me negué. Nada de ese sitio me interesaba y sabía que de ningún otro.

A veces sentía que algo en mi interior comenzaba a removerse, no podía dejarme llevar como un velero por la marea, necesitaba sentirla cerca, fuese como fuese. No obstante, en ese año regresé solo una vez aquí. Visité a Irina un par de ocasiones insistiendo nuevamente.

Pasaba mis días sumergido en esa neblina donde su boca, su mirada y mis recuerdos se mezclaban, y es que nada en mí funcionaba como debía, nada era como solía y me sentía solo, verdaderamente solo.

Una tarde, a finales de marzo, hacía un frío endemoniado y las vacaciones comenzaban. No tenía a qué venir, así que permanecí ahí, en Boston. Me senté en un café con un libro en mano, como ya era mi hábito y comencé a leer dentro de aquel local no tan concurrido. De pronto una voz fuerte, llena de energía y potencia me hizo levantar la vista. Al observar a ese hombre sonriente conversando con frescura con una de las chicas, enarqué una ceja.

Mi tío René, lo reconocí torciendo la boca. Hacía más de tres años que no lo veía.

—¿René? —Lo llamé dejando el libro sobre la mesa. El hombre volteó intrigado. Al principio no me reconoció, pero luego, como si de repente su mente cobrara vida, se acercó sonriendo.

—¿William? —asentí poniéndome de pie. Me estudió asombrado. Yo había crecido bastante desde la última vez que me vio— ¡Vaya!, esto sí que es una sorpresa... —me tendió la mano y luego me dio un fuerte abrazo. Era un hombre de complexión gruesa, sin embargo, yo le sacaba algunos centímetros de alto y era un tanto más ancho. Me tomó por los brazos, que iban bien cubiertos por un suéter, arqueando las cejas—. Si esto hace el gimnasio entonces prometo acercarme más a menudo —su manera de decir las cosas me hizo reír, cosa ya muy rara en mí.

—¿Cómo has estado? —Le pregunté genuinamente interesado.

—Más viejo que tú y obviamente más débil —reí nuevamente sin poder evitarlo, sacudiendo la cabeza.

—No cambias —admití poniéndole una mano sobre su hombro.

—Pero tú lo hiciste por ambos, estás enorme, muchacho —sonreí, para, de inmediato, volver a ser el mismo chico ausente y sosegado. Mi cambio no pasó desapercibido para ese asombroso hombre que es como mi padre. Arrugó la frente y sin invitación, se sentó en lugar desocupado frente a mi silla. Yo lo seguí—. ¿Qué haces por aquí?...

—Estoy de vacaciones —admití dándole un trago a mi bebida. La suya llegó un momento después. Mi tío soltó una carcajada sin yo comprender el porqué.

—¿Qué pasa contigo?... —Susurró acercándose a mí como si quisiera evitar que alguien lo oyera—. Esa chica no deja de verte, está de buen ver, ¿qué esperas? —Negué perdiendo la vista en el exterior sin sentir la menor curiosidad de examinar a esa mujer—. ¿Tu novia? —Sentí cómo apretaban nuevamente esa parte de mi pecho que ya solía estar dormida, entumida. Nada había cambiado en mi interior a pesar de la distancia, de los meses. No contesté—. ¿Sucede algo?

—No —mentí, y es que desde que ella entró a mi vida ver a otra era algo que no sucedía, no de esa forma, no me generaban nada, absolutamente nada.

—Cambiaré de tema entonces... Dime, ¿estás estudiando en... Harvard? —Asentí sin esconder mi gesto de hastío. Sonrió recargándose en la silla con desgarbo—. ¿No te gusta?

—No era lo que deseaba —admití, acomodándome de igual forma.

—¿Y qué mierdas haces aquí, entonces? —Me encogí de hombros sin saber qué responder. Se enderezó y recargó sus brazos sobre la mesa acercándose nuevamente—. ¿Tus padres?

—Podría decirse —confirmé serio.

—¿Y tú haces todo lo que ellos dicen? —Sonreí apenas.

—No desde hace un tiempo...

—Expílicate, muchacho... porque no comprendo. Si no te gusta este sitio, si ellos tuvieron que ver con el hecho de que estés aquí...

—René, es largo... —observó su reloj de muñeca para luego mirarme con gesto duro.

—Tengo tiempo —resoplé sin muchos ánimos de ahondar en cosas que dolían como el primer día.

—No deseaba más peleas, sabes como son, no querían que fuera a la Universidad de Massachusetts, ahí gané una beca deportiva y estaba admitido —casi escupe el café sobre la mesa.

—¿Qué?! —Reí nuevamente, con él no era tan difícil. Me inspiraba... confianza, siempre fue así, pero nunca congenió con mi padre, por lo mismo, no lo veía a menudo. Sin más, me encontré narrándole todo lo ocurrido el último año y él escuchándome como si estuviera narrándole la final de algún partido. Dejé fluir mi tristeza, mis anhelos, mis errores, todo, menos ese gran sentimiento que aún habitaba en mi piel, en mi alma. De ella deseaba no hablar, mi pecho sangraba a diario, no abriría la herida aún más.

7. SIN ELLA.

René y yo permanecemos en aquel lugar hasta que cerraron. Parecía tan natural conversar con él. Reí, me abrí y me sentí más ligero.

—¿Así que números? Administración, economía, contabilidad —repitió cuando salíamos del establecimiento. El frío calaba, aún con el abrigo y las manos dentro de los bolsos.

—Sí, lo descubrí hasta hace unos meses... No sé, me llaman, me gustan —el hombre caminó a mi lado reflexionando.

—Haré algo... solo si tú lo deseas, Will —enarqué una ceja intrigado, al tiempo que subía el cuello del abrigo—. Te ayudaré a entrar a la universidad que deseas... —me detuve pasmado. Ya había perdido la beca, llevaba un tiempo sin practicar americano y aunque corría a diario y hacía demasiado ejercicio —pues era la única manera de desfogar mi energía e impotencia—, no estaba listo para calificar nuevamente.

—No es necesario —me negué mirándolo con agradecimiento. Colocó su mano enguantada sobre mi hombro sonriendo y decidido.

—¿Quieres o no quieres salir de Harvard y hacer lo que deseabas? —Supe en ese momento que mi respuesta sería decisiva en mi vida. Si una parte de mi era lúgubre, llena de tristeza, tenía que buscar que la otra valiera, que la otra lograra de alguna forma iluminar la que ya no tenía luz.

—Sí, sí quiero... —me dio un pequeño golpe satisfecho.

—Perfecto... Date de baja cuanto antes. El próximo año entras a la Universidad de Massachusetts, investiga fechas y proceso de admisión, el costo irá por mi cuenta —lo observé asombrado. La vitalidad con la que se manejaba me impregnaba, no lo podía evitar y eso me gustaba.

—René... trabajaré... te lo pagaré —solté decidido. Sí, eso haría, retomaría las cosas, debía hacerlo.

—No, quiero que te centres en esto, ya eres mayor de edad... así que lo que decidas de ahora en adelante será tu vida, Will, hazla valer, no la cedas por nada y cuando estés listo, si lo deseas... serás lo que desees ... —no comprendía del todo sus palabras, lo cierto era que deseaba emerger nuevamente. No siendo quien solía, ni tampoco quien era cuando estaba a su lado; eso jamás lo lograría, pero sí alguien que no retrocedería, alguien que lucharía, que... aprendería a vivir con su ausencia sin permanecer derrumbado, intentando vivir, incluso, sonreír y por qué no, gozar. Ella se marchó de mi vida, durante meses no había tenido noticias, era evidente que no le importaba, no como a mí y... no podía seguir así, por mucho que la adorara y que el amor que sentía, no disminuyera.

—Pero no puedo aceptar que hagas esto sin más...

—Imagina que hago lo que tus padres debieron hacer... apoyarte. Somos familia, no tengo hijos, te adoptaré simbólicamente. Te ayudaré, lo deseo... pero a cambio no quiero verte derrotado, no quiero verte como ahora... — agaché la vista hasta mis zapatos. Eso era complicado—. Verás que, poco a poco, haciendo lo que tú elijas, todo se irá acomodando, y a lo mejor, cuando gane tu confianza me cuentes qué es lo que verdaderamente te tiene así...

—No es nada... —rio haciendo una mueca de desacuerdo.

—Claro que lo es... tu mirada es de alguien que sufre... —alcé la vista observando a mi alrededor. Ya era tarde y aún había transeúntes andando por ahí.

—Una chica, René, eso es todo. Juré que ella... era la adecuada, pero... no pensó igual y... bueno...

—Le dio fin a la relación —asentí sin desear verlo a los ojos. No quería escuchar el típico discurso de: se te pasará, eres demasiado joven, ya encontrarás a alguien más. No obstante, sabía que eso era lo que vendría.

—El amor es... complicado, Will, nunca des nada por sentado... Sin embargo, cuando las cosas no son como deseamos, es mejor respetarlo, porque uno se hiere demasiado... —lo observé intrigado, hablaba como si supiera exactamente la sensación—. No me veas así... sé lo que es amar, prácticamente a tu edad lo comprendí y... fue todo tan complicado... Algún día te contaré mi historia, no es grata, en realidad... y sí, aún duele, pero sé lo que se siente dar lo que uno lleva dentro, sé lo que es anhelar la felicidad del otro sobre la propia... Pero también sé que lastima, sé que extingue el alma. Y ¿sabes?, doy gracias a la vida por permitirme experimentar un sentimiento tan hermoso como ese, porque no todos llegan a él, no es fácil de conseguir... Así que... sí, me siento satisfecho por haber encontrado en mi camino a la persona que me despertó, aunque no siga a mi lado —¡Vaya!, esas eran las palabras más empáticas que había escuchado a lo largo de esos malditos meses. Sonreí asintiendo, sabía muy bien a qué se refería.

Me guio hasta su auto que permanecía aparcado a unas cuadras con un chofer en el interior. A mi tío, al igual que al grosor de mi familia, no le iba nada mal, pero él no estaba relacionado con la política, aunque la usaba a su favor. René contaba con varias empresas automotrices en Estados Unidos, así como también fábricas que hacían las piezas para autos propios y de otras marcas. Era y es un tipo asombrosamente fuerte en ese rubro, por lo que el dinero le sobraba, no obstante, lo compartía, lo daba, no lo almacenaba.

Jamás podré agradecer a la vida mi suerte, encontrarlo fue como hallar esa familia que tanto busqué, ese apoyo que tanto ansié, esa aceptación absoluta que tanto rogué, ese cariño sincero y desinteresado que tanto anhelé, sin saberlo.

Después de eso todo fue... diferente. Regresé a Myrtle Beach en el verano para enfrentar a mis padres. Me sentía menos miserable por saber que iría a dónde de verdad deseaba y por lo mismo, esta vez, no cedería. Debía ser más fuerte, más contundente y dejar atrás ese tiempo en el que me perdí a mí mismo sin más.

En cuanto llegué esa mañana, todo me cayó encima. Los últimos meses, gracias a René, fueron mejores hasta cierto punto, nos veíamos con frecuencia y hacíamos miles de cosas juntos, por lo que sonreír y conversar como alguien normal, ya era algo común, sin embargo, en cuanto bajé del avión mi mente colapsó de nuevo.

Juro que podía sentir su olor impregnándose en el último poro de mi piel. Sentir su mirada cargada de inocencia atrapándome sin permitirme marchar. Su tacto acariciar hasta la última fibra de mi ser.

Esos días fueron, otra vez, deprimentes. No lograba darle vuelta a la hoja y eso me hacía sentir peor. Simplemente no podía. Permanecí poco tiempo, no era un masoquista, ya no por lo menos. Así que enfrenté con orgullo a mis padres y aunque no lo comprendieron, ni mucho menos lo aceptaron, no tuvieron más remedio, retirándome cualquier apoyo económico hasta que no rectificara. Me importó un carajo.

Vi a mis amigos y le rogué a Robert, otra vez acorralándolo, que me dijera si sabía algo, si tan solo había hablado con ella. Nada. Lo mismo fue con Irina, no me atreví a buscarla en aquella casa, por lo que nuevamente la sorprendí en la agencia. Me saludó alegre, sin embargo, era notoria su tristeza y tampoco logré con ella lo que me proponía.

Pasé otra vez horas sentado en esta playa. Nada la regresaría, ella no lo deseaba, eso era evidente. Un año y no tenía idea de su vida, de lo que hacía, de cómo estaba y al parecer era lo que deseaba. Tenía que entenderlo de una maldita vez, tenía que dejarla ir por mucho que dentro de mí el amor que le profería y le juré tantas veces, continuara intacto. Kellan y los demás buscaron animarme, al final decidí regresar, intentar olvidar, era la única manera de seguir.

Mi vida en Boston transcurrió. Regresé un par de veces a petición de alguno de los chicos. No lograba negarme, pero al final, a huyendo al segundo día. Estar aquí era asfixiante, absolutamente doloroso y solo me hacía sentir alguien enfermo, capaz de aún albergar un sentimiento intacto por alguien que probablemente ya no me recordaba.

Millones de veces me planteé ir a buscarla, pero... ¿Qué le diría? ¿Si me cerraba la puerta en la nariz? Era lógico que en ese lapso ya hubiese hecho su vida, probablemente agradecida de que yo ya no estuviera... Incluso hubo momentos en los que contemplé seriamente la posibilidad de que mi forma de acosarla fue la causante de su rostro triste, ansioso, preocupado.

Mi cabeza, cada vez que pensaba en eso, me dejaba con graves problemas para manejarme como alguien normal. Durante mucho tiempo desperté en las madrugadas fuertemente alterado después de tener pesadillas donde alguien la dañaba, donde alguien... la lastimaba, donde... abusaban de su cuerpo. Era agónico, cruel y los días posteriores a eso, me aniquilaban.

La última vez que pisé Myrtle Beach por un tiempo, decidí que tenía que dejar eso cerrado, terminar con mis dudas, con mi tormenta personal.

Cuando Irina abrió la puerta me observó asombrada. Kya ya llevaba dos años sin estar, sin regresar, sin dar ni una sola señal de vida.

—Hola... —susurré algo avergonzado.

—Hola, Liam... —se hizo a un lado invitándome a pasar. Negué decidido, si entraba echaría por la borda lo poco que había avanzado en ese tiempo.

—¿Podríamos... caminar? —Aceptó mirándome con nostalgia, con ternura. Agarró sus llaves y salimos de ese sitio que oprimía mi pecho.

Anduvimos en silencio por varias cuadras. Tener a su madre tan cerca me generaba un nudo en la garganta que me lastimaba, pero, por otro lado, paradójicamente, me sosegaba, me hacía sentir, de una forma torcida, cerca de ella.

—¿Cómo has estado? —preguntó sonriendo mientras observaba las casas que íbamos pasando.

—Bien, la carrera me ha gustado y... todo marcha bien —admití apagadamente. Ella asintió cruzándose de brazos—. ¿Y tú?

—También, me casé hace algunos meses y... Ralph es adorable —me detuve asombrado. Primero por la noticia, claro está, ese hombre era genial. Pero por otro lado, Kyana, ella debió ir a la boda.

—Felicidades... me alegra —admití sonriendo nervioso.

—Lo sé...

—Irina... —ladeó la cabeza comprendiendo lo que le preguntaría—. Ella... ¿Cómo está? —Resopló sopesando lo que diría.

—Bien, Liam, está bien —me sentía frustrado, necesitaba saber más.

—¿Estuvo aquí? ¿Vino a tu boda?... Nadie me dijo.

—Liam, ven... —y me guio hasta la orilla de una acera y se sentó sobre el asfalto. La seguí intrigado—. Kya no regresará... no lo hará... si tuvieras una mínima esperanza te juro que te lo diría... No es así... Quieres saber sobre ella, sobre su vida y yo no te diré nada. Si mi hija deseara que las cosas fueran diferentes te contactaría, y no lo ha hecho. Debes de seguir tu camino...

—No puedo —le confesé frotándome el rostro. Posó una mano sobre mi hombro con cariño.

—Debes intentarlo. No sé lo que ocurrió, pero sí sé que no volverá, no desea estar aquí... y por mucho que a ti y a mí nos duela debemos aceptarlo. Tú eres bienvenido todas las veces que quieras, sabes que te quiero, eres un gran chico —acunó mi mejilla como una madre lo haría con su hijo—, así que para mí será un placer verte, saber de ti... Sin embargo —quitó su mano desviando la mirada—, no hablaré de ella, tanto a ti como a mí no nos ayuda y lo cierto es que te puedo jurar que está bien, está haciendo su vida en Monterrey y si lo que piensas es ir a buscarla —me miró suplicante—, no lo hagas, para ella tampoco fue fácil, y no quiero verla sufrir nuevamente... Ella decidió, eligió, debemos respetarla —cada palabra dicha ese día dolió tanto como si una herida abierta, con las venas y los huesos al aire libre, hubiese sido curada con alcohol, por mucho tacto que empleó, la sensación fue esa...

Sus palabras retumbaban en mi mente... Jamás te mentí, nunca, y es una lástima que las cosas terminaran así... Pero ¿sabes? No me interesa, jamás debí conocerte, jamás debí haber venido aquí... Jamás, Liam, porque aunque fui muy feliz, nada es comparado con este infierno... Piensa lo que quieras... No tiene caso intentar que cambies de opinión... Solo espero que nunca comprendas mis razones.

¿Cuáles malditas razones? Ya había descartado a Roger. Si hubiese pasado algo grave con ella su madre lo sabría y no era así, incluso, en algún momento de locura llegué a pensar que alguno de mis padres... pero después de darle vueltas, incluso con Kellan a mi lado, llegamos a la conclusión de que eso era imposible, nunca estaban ahí, además, Kya me lo hubiera dicho, no existían secretos entre nosotros. O eso pensé, obviamente, jamás pasó por mi cabeza una monstruosidad como esa. Yo no pienso de esa manera. Además, por mucho que no los tolerara... mi madre se mostró asombrada cuando supo sobre mi ruptura y mi padre... no, eso no le quitaba el sueño. Después de todo Richard llegó a andar con una chica que no les parecía y no hicieron mayor drama que lo hecho conmigo, ni siquiera eso les importaba lo suficiente sobre nosotros.

Ese verano decidí que no regresaría en un tiempo; mis padres ya me tenían hartos, mareados y hastiados, por otro lado, mi mente y mi alma necesitaban con urgencia la distancia, la lejanía.

Así lo hice.

8. OBJETIVOS

Llevaba dos años en la universidad, tres de no saber nada de Kya. Sí, tres de los cuales los 1,095 días pensé en ella, evoqué sus ojos miel, su piel suave y esa boca que me mantenía bajo un hechizo interminable. Sin embargo, era un chico ya como cualquier otro... O lo más similar a eso. Iba a fiestas, bares, tenía amigos, salía con chicas e incluso ya había besado a un par con las que intenté emprender una relación. Sí, así fue... y no diré que casi vomito en el acto, ambas eran bonitas, amables, sonrientes y agradables, pero... no eran ella, así de simple, así de complejo. Cuando me abrazaban deseaba quitarlas pues no lo hacían con esa vehemencia que añoraba. Cuando me sonreían, no tenían sus dientes, su preciosa y carnosa boca. Cuando me miraban, no llegaba la tensión a mi alma, no generaban un electroshock a mi corazón, no sentía cómo mis neuronas me ordenaban frenéticas que la aferrara y no soltara jamás, no, nada de eso. Por lo mismo no duraba más de unas cuantas semanas en las que yo terminaba pidiéndoles ser tan solo amigos.

No, aún no estaba preparado y comenzaba a temer que eso durara mucho más, y no por el hecho en sí, sino por lo que implicaba. Yo guardaba una especie de fidelidad al recuerdo de una chica que me dejó, que me rompió en miles de pedazos el corazón, y de la cual no sabía absolutamente nada.

En cuanto mis padres retiraron su apoyo, decidí, por obvias razones, buscar trabajo. Ahí fue cuando René me pidió que le ayudase en cosas referentes a sus negocios y que, a cambio, me daría un sueldo. Me pareció justo, aunque ya me sentía en deuda con él por la universidad. No obstante, con el promedio que llevaba, solicité beca académica al terminar el primer año; iba decidido a conseguir lo que pretendía, nada me detendría de lograr mis objetivos, los que por lo menos sí podía tener en la vida.

La conseguí.

Mi tío se mostró admirado y orgulloso de mi proceder. Reconocimiento, y que alguien, que no fuera ella, creyera en mí, eran cosas que me hacían sentir fuerte.

De manera similar fue como logré llegar al último semestre. Primavera, verano, otoño e invierno fueron sucediendo sin poder evitarlo, sin prestarles mucha atención.

Un sábado por la tarde, justo un par de semanas de comenzar la recta final de la carrera, revisaba unos documentos en mi ordenador en el estudio de casa de René, que se situaba a unos kilómetros de la ciudad, en el campo. Ahí solía pasar los fines de semana cuando no tenía algo que hacer, y las vacaciones si es que no decidía que lo acompañara a algún lugar debido a los negocios, donde terminábamos divirtiéndonos como dos niños. Mi vida era normal, más que eso, poco a poco se iba convirtiendo en lo que deseaba... aunque el vacío continuaba, asombrosamente intacto, después de casi cinco años.

No había intentado nada más con nadie, pues odiaba pensar que jugaba con sus sentimientos, pero por mucho que intentaba ir más allá, algo, que no comprendía qué era, me frenaba. Las comparaba una y otra vez hasta el punto de evocar más a Kya cuando estaba con alguien, que olvidarla.

¿Patético? Sí, ¿Enfermizo? También, pero respecto a mi teoría de los círculos no cerrados. Por esta razón la mencionaba, todo entre ella y yo quedó así, abierto, como una herida expuesta. Mis dudas seguían viviendo muy dentro de mi mente, siempre presentes como un foquito rojo que permanecía prendido, a pesar de los años. No obstante, era feliz a mi manera, sobre todo cuando me encontraba haciendo cosas que ambos deseábamos, cosas que... me acercaran a lo que hubiera sido mi vida si la hubiera tenido cerca, mirándome por debajo de sus pestañas o atrapando uno de mis labios entre

—Will... —nadie ahí me llamaba Liam, salvo la gente de Myrtle Beach, decidí que prefería escuchar un nombre diferente al que solía emplear cuando me sentía completo, feliz.. Me recargué en el mullido asiento alzando la vista. Era René—. Deja eso ya, descansa un poco... ¿Por qué no das una vuelta o no sé, algo más propio de un chico de casi veinticuatro años?... Siempre te veo trabajando, absorto en las cosas de la empresa —se sentó frente a mí sonriendo con una copa en la mano.

—Esto es importante, René... los costos se pueden elevar —meneó la cabeza satisfecho.

—Has aprendido demasiado rápido y demasiado bien... Pero...

—Pero es lo que deseo, así me siento contento —le hice ver, poniendo mis dedos sobre el puente de la nariz, me sentía algo agotado.

— ¿Qué clase de jovencita logró que un chico como tú le guardara este luto por tanto tiempo? —Enseguida me tensé. Él lo notó—. Sí, te veo ir y venir, sé qué haces una vida no sé, en general normal, sin embargo, algo te frena. Has madurado mucho más rápido que los chicos de tu edad, eres incansable y parece que haces todo con un único afán, como si al llegar a ese objetivo el resultado fuera lo que tanto buscas.

—Tío, prefiero no hablar de eso... —admití desviando la vista hasta la ventana. Afuera estaba nevando, el paisaje era blanco, digno de una postal y yo... solo podía ver sus ojos miel, sentir su calidez. Kya seguía viva en mí... Era tan agobiante y bochornoso, sin embargo, no lograba que fuera diferente. La distancia que puse entre Myrtle Beach y yo no sirvió de mucho, o mejor dicho, de nada. Daba igual, residía en mi alma, en cada cosa que hacía, lo primero que pensaba al abrir los ojos era en ella y lo último también. No era normal, no tenía lógica, peor, no estaba bien. Aun así, no me sentía libre, ¿me explico? Era como si mi cuerpo, mi mente, mi alma siguieran a su lado, y no me permitían abrirme a ninguna experiencia con nadie más... ni de forma carnal ni de forma sentimental...

Sí, patético, penoso, vergonzoso e irracional. Pero... mi realidad.

—Debió ser una gran chica para que la sigas recordando de esta manera —lo miré serio.

—No logro hacerla a un lado, no sé por qué... Por lo mismo prefiero no hablar de ello...

—Entiendo ... aun así, hijo mío, no puedes seguir anclado en alguien que ya no está... —lo observé darle un trago a su bebida, pensativo.

—¿Las fotos de esa mujer que tienes en tu habitación? ¿Quién es? —Quise saber intrigado, deseando cambiar de tema con urgencia. Ya vivía en mis pensamientos, su presencia era inherente a mí, como para que además, la trajera a lo real, a las palabras.

—Dime su nombre y yo te digo el suyo... ni creas que no te he visto mirarla por horas en el ordenador y bueno, no te puedo juzgar, la niña es muy bonita, angelical en realidad... —apreté la mano en un puño. Sí, así era ella y esa foto, en especial, la adoraba; estaba tendida sobre la arena bocabajo, con sus brazos en su barbilla, no llevaba ni siquiera máscara, mientras el viento despeinaba su largo cabello. Cuando la miré así, preciosa, le tomé esa foto muy de cerca, ella me observaba a mí, no al móvil, y juro que eso se ve en la imagen. Tantos recuerdos, tantos momentos y todos seguían ahí, en el mismo sitio.

—Kyana —sentí la garganta arder al nombrarla en voz alta. Sonrió complacido.

—Becca —se refería a esa mujer de cabellos rubios y mirada chocolate que figuraba en casi todos los portarretratos de su habitación.

—Dijiste que un día me contarías tu historia...

—Y lo haré, solo que tengo una condición, aunque debes saber que si no aceptas, las cosas entre ambos seguirán como hasta ahora, Will. Para mí tú eres como ese hijo que siempre deseé tener. Eres un chico muy inteligente, demasiado, en realidad. Veo tus agallas, eres centrado y noble, no sé cómo mi hermano logró criar un hijo así, o es probablemente porque no lo hizo... Pero... como sabes no tengo descendencia y desde que apareciste mi vida ha cambiado... Así que... quiero que sepas que... he decidido dejarte todo lo que poseo a ti —abrí los ojos de par en par, mudo de la impresión.

—René, no, no es necesario, créeme ya has hecho mucho por mí, sabes que eres como mi padre, no hay necesidad de esto —sonrió negando, dándole otro trago a ese líquido que seguro calentaba su garganta.

—William, te he visto luchar todo este tiempo, buscar salir adelante, a pesar de la resistencia que ese par te ha puesto. Eres fuerte, decidido, aguerrido, un hombre a tu corta edad y... no puedo encontrar a alguien mejor para que se haga cargo de lo que he construido. Pero tranquilo, aún no muero... —se carcajeó. Arqueé una ceja—. Lo que en realidad quiero, si tú estás de acuerdo, es que vayas aprendiendo a manejar todo esto. Quiero convertirte en el presidente de todo lo que poseo, de las fábricas y las empresas. Tú tienes la vitalidad, las ideas, eres un genio con los números, sabes lo que haces, eres honesto y bondadoso, te deseo ahí. ¿Qué dices? ¿Quieres que te enseñe a trabajar tu legado? Porque eso no lo cuestionaré, eres mi heredero, William —no supe qué decir. Eso era mucho más de lo que podía imaginar, de lo que consideraba, merecía—. Solo queda este semestre, y... después podrás estar de lleno en esto. ¿Lo deseas?

—René... yo...

—¿Sí o no? Así de simple, ya te dije que eres como mi hijo, yo soy como tu padre... no es tan complicado, Will.

—Gracias, y claro, sí, claro que acepto, será un honor —se bebió todo de jalón carraspeando feliz.

—Perfecto, ahora que nos entendemos, hay cosas que debes saber... cosas que no te he dicho y que creo que después de lo que has vivido no te harán cambiar de opinión, pero que tienes que conocer —se levantó, se sirvió otra copa y me tendió una a mí. La agarré sentándome sobre el escritorio, mientras lo observaba dar vueltas por el agradable lugar—. William, no soy un ser que le guste dañar, o afectar a las personas, sin embargo, tampoco soy un pusilánime o un idiota. Becca fue esa chica que iluminó mi vida, la conocí en Harvard, el primer año... —me narró todo con detalle, y aunque sonaba duro, lo decía firme, sabía que le dolía cada palabra que pronunciaba. Al escuchar lo que mi padre le hizo me quedé asombrado, la chica de repente, sin más, se fue, se esfumó, desapareció... ni un mensaje, ni un adiós, nada.

Por un instante, llegó a mi mente Kya, pero la pude hacer a un lado casi de inmediato, ella se lo hubiese contado a su madre, no sé, ella... me lo hubiera dicho a mí. Tuvo todas las oportunidades del mundo. Por otro lado, no desapareció, me terminó, me lo repitió hasta el cansancio, una y otra vez. Y aunque estaba convencido de que algo le ocurrió para que cambiara así de parecer, no imaginaba una atrocidad de esa magnitud, de haberlo creído hubiese agarrado el primer vuelo y la hubiera secuestrado importándome una mierda que se opusiera y la hubiese hecho hablar aunque fuera bajo presión.

No lo hice, no creí que se tomaran la molestia por mí de llegar a tanto. A mi padre mi vida parecía que le daba lo mismo y... nunca le dio mayor importancia a lo que me ocurría. Digamos que de sus prioridades yo me encontraba siempre entre las últimas cincuenta. No como a esa mujer de la que mi tío estuvo enamorado, por ella sí que tuvieron peleas, incluso llegaron a los golpes y en medio de eso, mi padre aprovechó su ausencia para alejarla de René, llevando a cabo todas esas bajezas.

¿Ingenuo? Sí, demasiado. ¿Imbécil? También. La verdad estaba ahí, frente a mí, burlándose de mi vacío emocional, del dolor que causaba su recuerdo. Mi ángel, pasando por todo aquello sola, valientemente, con su cabeza en alto, enfrentando todo, llorando en silencio, y ahora que conocía su sentir todo dolía aún más. Su desesperación, su dolor. Nueve años arrebatados, robados.

Aprieto los puños cerrando los ojos para que el ataque de ira vuelva a pasar, porque sí, todo este tiempo, de manera oculta, me he sentido responsable, culpable. Debí dejar volar mi imaginación, pensar en las peores bajezas, debí buscarla, debí exigirle una explicación, debí... debí saber que desde que posé mis ojos en esa criatura llena de luz, mi mundo, mi entorno, podría destruirla como ocurrió. No lo hice, a lo mejor por egoísmo, a lo mejor porque de verdad nunca pensé que algo como eso podría pasar, lo cierto es que ella no es la misma. Si bien es fuerte, decidida, aprensiva como antes, sonrío todo el tiempo y somos felices, demasiado; pero cuando viajo, cuando hablo con Richard, cuando... ve algo relacionado a... mis padres en el televisor, se abstrae. Ahora sé lo que evoca.

Cuando no duermo aquí, cosa muy poco común, más aún cuando está embarazada, ella no logra descansar, y si soy sincero, yo tampoco. Siempre nos enviamos un mensaje para saber si estamos despiertos, cosa que sabemos de antemano es para conversar por horas en la tableta, viéndonos el uno al otro en la madrugada. Sí, esas son secuelas de aquel tiempo, de lo vivido, del dolor que por mucho que perdone, como ella me pide que haga, no lograré olvidar.

Jamás nada ni nadie volverá a acercarse ni un poco a mi familia, sé que puedo convertirme en la peor versión de mí mismo si lo llegan a intentar, los protejo y lo haré mi vida entera, pero la cicatriz permanecerá a pesar de que haga eso y el tiempo pase.

Y bueno, tengo que admitir que no entiendo aún como no lo vi claro. Cómo no lo deduje, pero es que la indiferencia paternal que vivía era tal que no le encontraba sentido. Por otro lado, debo confesar que con el tiempo lo que creí fue que Kya se sintió abrumada, que la hice sentir sofocada, atada a algo de lo que ya no estaba tan segura. Sus palabras de aquel día cuando comenzamos siempre las recordaba; ella disfrutaba su tiempo y odiaba que la asfixiaran. Aunque nunca creí que yo le estuviera generando eso mientras estuvimos juntos, una parte de mí siempre temió que llegara a suceder pues la dependencia crecía con cada segundo que pasaba a su lado, al grado de permanecer casi todo el tiempo juntos. Probablemente una charla con sus padres, con sus amigos, algo que le hizo sentir miedo a esto tan grande como lo que experimentábamos, y vaya que era enorme, casi cinco años sin verla y yo seguía enamorado de ese ser que abrió mi corazón y mi alma.

—Todo esto te lo digo porque los he investigado, he estado reuniendo con paciencia y años, pruebas e información por si se presenta el momento, hundirlos. Sé que son tus padres, por muy mal que las cosas estén entre ustedes y lleves algunos años sin verlos, te lo tenía que decir... Tengo invertido mucho dinero en ello, gente que trabaja pisándoles los talones desde algún tiempo y... sé que encontraré aún más. No te diré lo que he averiguado, eso si no lo haré. Pero debes conocer mi postura, yo jamás podré perdonarle lo que me hizo, lo que le hizo, Becca sufrió demasiado y eso ni muerto se lo disculparé. Así que ya lo sabes, si tengo la oportunidad algún día les haré pagar las lágrimas que provocó a mi mujer —lo observé pasmado.

—Siento mucho todo eso, René y... solo te puedo decir que esas son tus decisiones, yo no quiero saber, pero tampoco quiero interferir... hagas lo que hagas lo respetaré.

—Creo que eso es lo más sensato, yo te mantendré ajeno a esto, no tocaré el tema, así será más sencillo para ambos, después de todo es tu padre... Y aunque creo que le queda gigante esa palabra, no quiero involucrarte, ya bastante tienes con todo lo que has pasado por ellos.

Jamás se volvió a tocar el punto. Nunca por los siguientes cuatro años y medio, tiempo que me demoré en ser feliz nuevamente.

Ese año acabé la carrera y con ello llegó una decisión; Myrtle Beach era mi mundo, mi lugar, mi sitio y no permanecería lejos, adoraba el mar de allí, cada detalle, mis amigos que seguí viendo en otros sitios. Deseaba regresar... aunque radicara por ahora en Boston, pues la empresa era mi todo, desfogaba mi mente, mi energía y mi frustración canalizándola de una manera correcta.

Jamás volví a casa de mis padres, aunque si sabía que no se encontraban visitaba a Fanny. Por otro lado, también frecuentaba a Irina. Sí, ella y yo siempre mantuvimos un vínculo muy estrecho, incluso a veces le llamaba solo para saber cómo se encontraban. Cuando iba hacía ese café que adoraba y nos sentábamos en la terraza a conversar de su vida, de la mía... Pero nada sobre ella, sobre esa chica que aún vivía en mí. Supe que al principio mis amigos también hicieron sus intentos por averiguar el paradero de Kyana, fue asombroso cómo su llegada esos meses cambió radicalmente el rumbo de nuestras vidas.

Ella logró unir con su presencia, con su ingenuidad, aquello que estaba roto desde hacía un tiempo. Y gracias a eso ahora sabía que estaba rodeado de gente que de verdad le importaba lo que me ocurría. Sin embargo, otra cosa que no comprendía era por qué a ellos también los dejó de lado, era como si repudiara todo lo vivido ese tiempo aquí, en esta playa, en este condado. Si Kyana viajó aquí esos años no lo supe, los chicos tampoco, pero algo me decía que no era así, su ausencia era palpable, su vitalidad no corría por el aire de aquel lugar como solía y yo seguía recordándola cada día.

9. ARRUINADO.

Verano, otra vez. Seis años.

¿Era feliz? Sí, no lo negaré, pero de una forma plana, luché demasiado para llegar a eso, así que lo disfrutaba. Kya seguía siendo un recuerdo presente, tangible.

En algún punto, en medio de algún momento donde la evocaba ya exhausto, decidí que me sería más sencillo asumir lo que en realidad pasaba y dejar de pelear con ello. Así que me rendí e imprimí esa fotografía de ella en la playa, la mantenía en un portarretrato grande al lado de mi cama en ese apartamento que compré cerca de la zona financiera de la ciudad. Sí, me iba asombrosamente bien, ya llevaba casi por completo la compañía pues René decidió viajar ese año para ponerme a prueba. Mi sueldo era de varios ceros, pero además, yo era el que tomaba ya las decisiones.

Aunque no deseaba independizarme del , por ello le consultaba a él , cuando lo creía necesario, . No obstante, él creía en mí, y debo admitir que no erré. Me enajenaba el lugar, todo era emocionante y eso era algo que yo buscaba en todo momento; vivir, sentir con intensidad, porque era como si esa parte de mi vida permaneciera apagada o en pausa.

Acababa de cumplir veinticinco, mi vida era mejor de lo que había planeado, aunque algo seria y ocupada. Iba y venía sin parar en vuelos privados, y cuando tenía un descanso, me perdía en esta playa con nostalgia —y si he de ser sincero, con algo de rabia—. Ya había ido a un par de psicólogos y nada cambiaba, ella estaba ahí, la amaba loca y desesperadamente, la necesitaba y eso me consumía. Yo estaba convencido de que tenía un severo problema, como quien tiene un trastorno psiquiátrico, de la misma forma me sentía, así que decidí que aprender a lidiar con ello, era lo mejor.

Kellan y Emma se casarían en un par de semanas, hacía algunos meses yo le ayudé a preparar toda la sorpresa para pedirle matrimonio. Era curioso, pero con el tiempo los chicos fueron regresando ahí, al condado. Max continuó con el despacho de asesoría jurídica de su padre. Lana abrió una repostería. Luck vivía la felicidad de ser soltero y también le iba muy bien, pero radicaba en Miami. Kellan regresó para asumir el negocio familiar que era importante ahí, por lo que ya residía de lleno, junto a Emma, en Myrtle Beach.

Robert trabajaba en la constructora de su familia, Annie y Emma estaban por inaugurar una tienda de ropa en un centro comercial, la segunda de hecho, ya tenían varias a lo largo de la costa este de Estados Unidos, así que tanto la sociedad como ubicar ahí la sede le quedaba de maravilla pues... al final Robert y Annie admitieron que desde siempre había existido algo entre ellos. Los demás iban y venían con mucha frecuencia, lo cierto es que sabía bastante de todos, incluso de los del equipo. Verlos satisfechos con sus vidas era genial, pero un recordatorio constante de que yo no tenía lo que había soñado hacía tantos años.

Presas de aquella enfermedad que tenía dulces ojos, boca carnosa y nombre único, decidí nuevamente darme una oportunidad, por mucho que estuviera en mis venas, la vida continuaba y yo debía hacerlo con ella, ¿no?

Así fue como en la boda de mi mejor amigo conocí a una chica. Rubia, de ojos verdes, guapa, alta, de figura estilizada. Debo confesar que no la noté, como no solía observar a ninguna joven... su nombre era Jessica. Se acercó a mí mientras reía con Susan de alguna tontería. Me invitó a bailar con una sonrisa torcida, acepté, como solía. Movimos nuestros cuerpos y conversamos toda la noche entre copas e intercambios de miradas. Era agradable, trabajaba en una empresa de marketing e iba y venía con frecuencia. Conocía a Emma de la universidad. Muy simpática, alegre, extrovertida. Sin percatarme, varias horas después, me encontré sonriendo a su lado mientras caminábamos por los jardines del lugar donde fue el evento.

Cuando la fiesta terminó me ofrecí a llevarla a su hotel. No quedaba lejos del apartamento que tenía ahí para mí, pues Boston y Myrtle Beach eran los dos sitios donde permanecía la mayor parte del tiempo. Aceptó sin más. Al llegar y abrirle la puerta del auto nos observamos unos segundos, como sopesando lo que vendría y... nos besamos. Fue... extraño, demasiado, en realidad. Sentí esa onda cálida viajar por mi cuerpo como cuando besé a otro par de chicas en la universidad, no obstante, no llegaba el deseo de ir a más. Pero de pronto ella se separó colocando sus manos sobre mi pecho, miró hacia un lado, nerviosa.

—No me gusta correr —admitió con las mejillas encendidas.

—A mí tampoco —admití nervioso, aunque ya saben, sin mostrarlo. Me sentía un adolescente, era espantoso, pero no sabía cómo actuar, qué hacer ante una chica que sí, me gustaba. Yo con mis recién cumplidos veinticinco me sentía de doce, pero eso no era lo peor, sino la culpa, el sentir que la traicionaba, que... le fallaba. Decidí, por primera vez en todo ese tiempo mandar al demonio eso y me dejé llevar, ansioso por volver a sentir algo, lo que fuera.

La odiaba porque no me permitía ser libre, su recuerdo no se marchaba de mi mente y a todas, sin excepción, las comparaba, de hecho, en ese momento me encontré haciéndolo y preguntándome por qué no tenía los ojos miel, o por qué no se aferraba a mi camisa con esa urgencia, por qué era tan alta, mejor aún, por qué no tenía esa boca por la que gustoso hubiese vendido mi alma al mismísimo diablo con tal de probarla una vez más.

No, no más, si ella me olvidó con esa facilidad, si ella me abandonó dejando todo así, abierto en mi pecho, yo buscaría cerrarlo de una maldita vez y me juré que lo conseguiría.

Jessica y yo comenzamos a salir, ella permaneció ahí unos días más en los que nos divertimos, le mostré el condado y sus alrededores. Siempre acompañado de esa sensación molesta, era como si mi ángel se convirtiera en mi demonio personal y me estuviera observando con rencor, con acusación. Mierda, era espantoso y me hacía sentir que estaba listo para internarme en alguna clínica de salud mental. Lo mío ya era un trastorno que incluso nombre tenía, un terapeuta ya no era suficiente, mi mal era crónico. En fin, ni así me detuve, avanzaría a pesar de mí, a pesar de ella, a pesar de que continuara intacto, vivo, lo que habitaba en mi interior.

Los chicos, por supuesto, se mostraron demasiado complacientes con la chica, era evidente que también deseaban que dejara de lado ese recuerdo que me mantenía célibe.

La cuarta noche, cuando terminábamos de cenar... en medio de aquellos besos que cada día subían de intensidad, sin saber cómo, me encontré en su habitación con ella rodeando mi cuerpo excitado, con el corazón bombeándome la sangre. Pronto la ropa comenzó a sobrar, me encontré desnudo en un santiamén, no quise pensarlo demasiado, la temperatura subía y era hora de aventarme de una maldita vez.

El encuentro no fue asombroso, tampoco algo que deseé recordar. Envuelto en la neblina que genera el placer, un par de pozos miel decepcionados me acechaban, yo luchaba por no verlos, trataba de ignorarlos besando a aquella chica con mayor necesidad. Cuando al fin la tomé... no hubo nada. No llegó ese cúmulo de sensaciones que solía sentir cuando me encontraba en su interior, no logré sentir que estallaría por dentro al verla gemir arqueada bajo mi cuerpo, no apareció jamás la sensación inigualable que me brindaba el saberla tan mía como de nadie, comprender que por algunos minutos ese ángel que adoraba se volvía parte de mi cuerpo, que esos gritos que salían de su garganta yo los provocaba, que sus dulces piernas me apresaban, demostrándome que no permitiría que me alejara tan fácilmente. Terminó todo así: plano. Ella lo percibió. Después de ir al baño regresé a buscar mi ropa con cierta premura. No podía pestañear, ni siquiera respirar.

—Will... —alcé la vista intentando disimular lo que en mi interior sucedía. Después de seis años logré estar con otra mujer y... me sentía miserable. Se levantó, buscó algo que ponerse encima y se sentó en la orilla del colchón confundida. Mierda—. ¿Qué sucede? —Pff, perfecta pregunta, con una estúpida respuesta—. Tú... ¿tienes a alguien más? Si es así la verdad es que este papel no es el que me agrada...

—Por supuesto que no, jamás haría algo semejante —desvió la mirada.

—Parece que fuiste... infiel —soltó con voz queda. Negué débilmente.

—Lo siento —susurré frotándome el rostro. Jessica se levantó y se ubicó frente a mí.

—¿De qué? Somos adultos y por lo mismo creo que es importante ser claros. Tú me gustas... ¿A quién no? Pero es evidente que estás solo por algo... Esto que ocurrió, no sé... parecías preocupado, atormentado...

—No es así, Jess —mentí, culpable.

—No sé qué guardes en tu corazón, llevamos muy poco de conocernos y sé que dije que no me gustaba correr, lo cierto es que me atraes demasiado, así que quisiera que fueras sincero... ¿Esto tiene alguna posibilidad? —La observé detenidamente por un segundo deseando decir que «no», que yo no lograba olvidar a alguien, pero no podía seguir así... Asentí usando solo la razón. Sonrió complacida para después darme un beso en los labios.

Ella trabajaba para buena o mala suerte en Boston. Sin embargo, al mes de aquello, todo acabó. No podía, no lograba sentir nada, y por si fuera poco, el intentar hacerla a un lado, solo lograba que regresara con mayor fuerza. Ya todo parecía el recuerdo de un sueño muy lejano, sin embargo, dolorosamente presente.

Mientras todo eso ocurrió, curiosamente conocí a un ejecutivo en una junta, después de una conversación sin pretensiones, que era mexicano. Algo de pronto se activó en mi interior, un interruptor que me brindó sin saber por qué una chispa de alegría.

Congeniamos de inmediato, era bueno en lo que hacía y no llevaba mucho tiempo en la empresa. Una tarde, mientras discutíamos algo sobre los costos de ensamble, dijo una expresión en español, y de inmediato me encontré pidiéndole un favor. Quería aprender a hablar ese idioma, pero no el que enseñan en las escuelas, sino de verdad, el coloquial. Fue divertido. Fascinante, a decir verdad, pues mientras la relación con Jess se iba a la mierda yo pasaba varias noches en una taberna cercana a la compañía, aprendiendo aquella asombrosa lengua en la cual le hablamos ahora a los niños con frecuencia, pues ambos deseamos que tengan los dos idiomas, y que posean las dos nacionalidades.

Durante el invierno, en una fiesta organizada por la compañía, que tenía como propósito recaudar fondos para madres en situación crítica, conocí a otra mujer. Ella era parte del comité organizador. Guapísima, cabello negro hasta los hombros, ojos redondos y enormes, sonrisa seductora y cuerpo de miedo. René me la presentó, era hija de un hombre acaudalado, pero no se comportaba como tal. Esa noche fue divertida, reímos y conversamos sin cesar. Era inteligente, de humor torcido, imposible no pasársela bien a su lado. Estilizada, elegante.

Esta vez me atreví a ser yo quien daba el primer paso. Le pedí su número y fui yo quien la llamó para salir. Existía atracción, no lo negaré... así que la tercera cita terminó en su cama. Sí, y varias subsecuentes. Era en serio bella, divertida, ocurrente y la pasábamos estupendo. Gran conversadora, culta; una mujer con grandes metas. Pero por mucho que fuese el alucine de cualquier hombre, no lograba equiparar ni un poco lo que aquellas pequeñas manos despertaban en mi piel.

Su pasión era arrebatada, la mía igual, sin embargo, mi cuerpo no se dejaba llevar como mi mente pretendía, siempre me limitaba, conservaba algo solo para mí o, mejor dicho, algo que en realidad no me pertenecía, pues ahora comprendo, era de ella, de Kya, ella me lo arrebató aquella noche en su casa, la última que la tuve dispuesta ante mí, que la sentí vibrar ardiente bajo mi tacto. Esa noche que la exploré como nunca antes, con mis manos, con mis labios. Esa noche que le acabé de entregar mi alma en aquella playa cuando la luz de la luna nos bañaba de esa forma etérea. Esa noche me arruinó definitivamente para cualquier mujer, porque si bien yo le hice el amor como jamás se lo he hecho a nadie, ella también a mí.

Me adoró con vehemencia, con sus ojos cargados de anhelo, de deseo, de ansiedad por arrancarme cada gemido y rugido que escapó de mi garganta al sentir sus labios de seda explorarme de aquella manera. Sentí cómo mi desespero la ponía al límite y sin esforzarme demasiado podía aún evocar cómo fue hacerla mía después de aquello, un cúmulo de sensaciones explotó en ambos. Tanto que duramos sobre su cama varios minutos sin poder hablar, atónitos por lo que acababa de ocurrir, esa noche no intercambiamos solo deseo, no fue solo pasión, esa noche se fundió algo más que todo eso, esa noche nos hicimos uno, uno de verdad.

Katherine, como se llamaba la chica con la que salía. No tardó mucho en darse cuenta de que las cosas conmigo no llegarían a más, y es que, aunque daba lo suficiente, no estaba involucrado, no como a cualquiera le gustaría, como ella se merecía. Así que, también terminó.

Mi mujer, mi esposa, mi amiga, mi amor eterno se coló en mi ser como una medicina en el torrente sanguíneo curando cada herida, quitando cualquier malestar. Kyana es esa parte de mi vida que me hace funcionar de todas las formas posibles. Es mi gasolina, mi chispa, mi interruptor y mi mundo. Cada vez que la veo dormir o conversar con uno de nuestros hijos, para hacerles comprender que hicieron algo mal; que toco su delicada piel; que me mira de esa forma; que nos entregamos al placer sin imitarnos jamás; que comemos en la mesa junto a los chicos en medio de risas; que jugamos, que reímos, que salimos, que nadamos, que... nos miramos..., que pruebo y torturo esos carnosos labios y que se aferra a mí como si el bienestar de la Tierra dependiera de ello; comprendo por qué fue tan agónico todo ese tiempo, porque soy solo de ella, porque será así siempre.

10. A MEDIAS.

Una tarde, ya casi llegaba el verano, me encontraba en una librería buscando algo interesante en ese idioma que ya comenzaba a manejar sin problemas. Said, quien me enseñaba a hablarlo, y yo éramos dos almas despechadas que encontramos diversión en aquel pasatiempo. Mientras le mostraba nociones de fútbol americano en un campo cercano los fines de semana, junto con otros de la empresa que se unieron al saber lo que hacíamos, él me hablaba en español en todo momento.

Fueron meses por demás divertidos, me sentía alegre, satisfecho a pesar de estar solo, cosa que... extrañamente, me hacía experimentar cierta tranquilidad conmigo mismo.

Sin percatarme, tropecé con alguien; una chica de mirada pizpireta. Iba vestida de forma sencilla, con su cabello rubio rizado, elevado en una coleta descuidada, ataviada con jean y una blusa cualquiera. La ayudé a levantarse avergonzado. Ella tenía las mejillas enrojecidas.

—Lo siento... —me disculpé apenado. No era muy alta, quizá como ella, unos centímetros más que Kya probablemente, no obstante, de complexión un poco más ancha, aunque delgada, bonita, sencilla y con una sonrisa limpia.

—No, fue mi culpa, venía leyendo —admitió enseñándome un libro sobre la teoría del caos. Alcé las cejas asombrado.

—Vaya, eso es interesante... —ella observó su ejemplar asintiendo. Parecía muy joven, lo cierto es que teníamos la misma edad.

—«Pequeñas variaciones en condiciones iniciales pueden implicar grandes diferencias en el comportamiento futuro...» —soltó alegre, sin ánimo de pretensión.

—«Imposibilitando la predicción a largo plazo...» —completé torciendo la boca al ver su asombro—: Efecto mariposa.

—Oh, la conoces... —señaló abrazando el texto.

—Sí, estudié algo de eso, en realidad me gusta.

—Es una teoría muy interesante, ¿no crees? —Me preguntó relajada sin coquetear, sin pretender parecer interesante, así, por conversar.

—Sobre todo si pensamos que estamos aquí precisamente por eso y que todo lo que hagamos o no, tendrá su consecuencia; causa—efecto... —arqueó ambas cejas sorprendida.

—¿Cómo dices que te llamas? —indagó con frescura. Reí.

—Will y ¿tú?

—Adele —me tendió la mano sonriendo.

Después de eso terminamos en una cafetería cercana conversando sobre ese tema que tanto nos gustaba. Matemáticas, lógica y demás elementos. Ella estudió lo mismo, pero se dedicaba a dar clases en high school mientras cursaba un postgrado de especialización. Era... amena, risueña.

Anocheció y seguíamos discutiendo cosas asombrosamente interesantes. Después de Kya, jamás me había vuelto a sentir así; lleno de pensamientos en la cabeza que pujaban por salir.

Y sí... ahí surgió algo.

Nada arrebatado, impulsivo, impetuoso. No, lo que empezó fue algo que fluía delicadamente, como un pequeño vaivén en la orilla de un lago que invita a observarlo sin uno sentirse presionado. Con el tiempo, fue más que eso... comencé a querer a esa chica... A su lado me sentía sereno, no existía apremio, ni la necesidad de ser algo que no era, no había exigencias y todo era fácil, incluso divertido.

Después de varios meses de estar juntos, en noviembre, me encontré pidiéndole que se mudara a mi apartamento una tarde en la que salimos solos, pues de vez en cuando íbamos con sus amigos, igual de agradables que ella, o míos de la universidad. En el Public Garden, un hermoso parque en aquella ciudad que era mi segundo hogar, agarrados de la mano, me encontré sintiéndome bien, alegre. Así que una idea que ya venía rondando en mi cabeza, la dejé salir. La detuve frente a un árbol de flores blancas y se lo pedí, convencido de que ella podría ser esa chica que lograría terminar con mi obsesión, con esa enfermedad de ojos ámbar, de labios carnosos.

Las dos eran distintas, de muchas maneras, eso era bueno y por otro lado, su sencillez, su manera fácil, lograba hacerme sentir menos miserable, más yo mismo, más satisfecho. Con incredulidad aceptó enrollando sus brazos en mi cuello y besándome de forma tierna. En ella jamás había urgencia, necesidad de poseerme, de ebullición sin control, no, con Adele las cosas eran pausadas, tranquilas. Eso era genial, de alguna forma los arrebatos de Kya, sus pucheros, su aprensión, su forma de ser en general tan ingenua y a la vez suspicaz, quedaban descontadas en ella, aunque la paz que me brindaba era similar; no obstante, jamás igual.

Mientras una hacía vibrar mi cuerpo con un simple roce, con una mirada, con una palabra, la otra me hacía sentir que la calma era la dueña de la situación. Con Kya siempre he sentido urgencia, de tenerla, de sentirla mía, de perderme en sus ojos, de sentir sus labios sobre cada parte de mi cuerpo, de escucharla hablar como solo ella lo hace, de verla preocupada y que entonces se muerda ese hermoso labio con nerviosismo, de que cada uno de sus pensamientos terminen en mí.

Desde el primer momento que vi a Kyana algo fiero se despertó dentro de mí; deseé poseerla en cuerpo, mente y alma, tal como me poseyó ella a mí. Aún ahora es así, aunque a su lado la paz ha sido inherente a nosotros, esa es una realidad. Es algo tan extraño, que ya no le busco explicación. Con mi ángel mi ser está sosegado, no alerta, no en tensión, sin embargo, me hace pensar en cualquier cantidad de locuras y eso... la divierte, me conoce mejor que nadie.

Sonríó sacudiendo la cabeza mientras la brisa del mar rocía mi rostro.

No hace mucho llegué a casa una tarde con un propósito en la mente: raptarla. Mia aún no era una realidad para nosotros, pero ya vivía en ella. Irina se quedaría con los niños, con la ayuda de Fanny. Ya todo lo tenía organizado. La llevaría a Cozumel, una isla del caribe mexicano donde había alquilado un bungalow solo para nosotros, cinco días para los dos. Adoro estar con los diablillos, son mi vida al igual que mi mujer, pero a veces es necesario, bueno... ese tiempo a solas, sin interrupciones, sin distracciones, solo nosotros, lo que sentimos, lo que hemos creado, lo que somos.

Entré sonriendo, la tomé de la mano sin decir más, pues reía por algo que Noa había hecho, saludé a los chicos de prisa haciéndoles cosquillas y, cuando logré descolgarlos de mi cuerpo, la subí hasta la habitación con urgencia. Ya adentro, la pegué a la puerta cerrada acercando mi rostro al suyo. Pestañeó atolondrada, sin embargo, vi en su mirada que intuía que yo traía algo entre manos.

—¿Se puede saber por qué me secuestras en mi propia casa? —Sonreí con picardía. Ella, como ya saben, le gusta tenerlo todo bajo control y disfruto . Además todo el día va y viene tras Noa e Ian, necesita un descanso que si yo no propicio, ella no procura.

—Y las cosas se ponen peor... —le informé pegándome más a ella, acomodando un mechón de su largo cabello tras su oreja.

—¿Ah, sí?... No veo cómo —me retó alzando una ceja provocadora, pero contemplando mis labios, atenta. Adoro su forma de manifestar su deseo; es sutil, con señales delicadas, pero que me ponen a mil. Y es que conozco cada gesto suyo, cada expresión y eso lo hace más sencillo, más complicado. Besé su frente sabiendo que si rozaba su boca la tomaría ahí.

—Haz tu equipaje, nos vamos unos días... Tu mamá ya está al tanto y Fanny también, ahora me hago cargo de las cosas de los enanos... —se alejó consternada.

—¿Ahora?... Los niños no saben... y hay escuela... mañana es jueves... — está bien, entonces es cuando la coacción hay que emplearla. Así que la tomé por la cintura y la besé hasta dejarla temblando y bien aferrada a mi camisa, como tanto me gusta.

—Todo está organizado. Ahora mismo deben estar enterándose y tú, señora Russell, debes descansar, despejarte y ser solo mía unos días, así que no hay posibilidad de un «no». Te veo abajo en media hora... —sonrió aún incrédula, adivinando que si no lo hacía, de todas formas iríamos.

—¿Y si tenía algo importante que hacer? —Me desafió cuando estaba abriendo la puerta para organizar las maletas de los niños. Entorné los ojos clavándolos en ella. Me acerqué nuevamente como un depredador, retrocedió hasta que sus piernas tocaron la cama y cayó sentada, aproveché para apresarla.

—¿Hay algo más importante que ir conmigo a un lugar solos? —le pregunté, avanzando con deliberada lentitud para que su espalda quedase sobre el colchón, mirándola con primitiva posesividad. Y es que enfundada en ese vestido blanco que le llegaba arriba de las rodillas y con su cabello suelto, como suele, Dios, me cuesta pensar.

—Bueno, no tan importante... pero... —admitió riendo nerviosa. La amo, la adoro y le fascina llevarme la contra cuando de mi impulsividad se trata. Sé bien que por ahora dedica su tiempo a los niños, a mí y a escribir sobre ese maldito pasado por el cual estoy aquí sentado en la madrugada, por lo tanto, podía raptarla, ¿no? Además, su trabajo es exhaustivo, debe tener descanso cada cierto tiempo, así lo creo.

—Es un secuestro, Kya... no una petición... puedes empacar lo que necesites para unos días en la playa o compraremos todo a donde vamos, pero créeme, así te tenga que llevar cargada, usted, señora, será solo mía ese tiempo...

—Siempre haces eso —me miró fingiendo enojo, con la misma expresión de años atrás, cuando le hacía ese tipo de cosas. La besé con arrebató ya sobre ella por completo.

—Y siempre lo haré, sabes bien que tú eres la responsable de mi impulsividad... —rió sobre mi boca.

—Y tu dueña... No lo olvide, señor Russell —declaró despeinando mi cabello, bien pegada a mi cuerpo, mientras mi mano ya avanzaba por debajo de su vestido hasta su cadera. Los chicos estaban entretenidos, podía disfrutar unos segundos de mi mujer.

—Ese es mi mayor logro... yo solo quiero ser suyo, señora Russell.

Así que... sí, esa parte en mí continúa intacta, como todas las que ella despierta. Con Adele yo no era de esa manera; nada intempestivo, nada de ocurrencias locas. Todo era relajado, seguro.

En invierno, por febrero, siete años y medio después de su partida aquel maldito verano, René la conoció, al igual que Richard; con quien continuaba en contacto frecuente. Todo iba bien, de maravilla a decir verdad. Recordaba a Kya, decir lo contrario sería mentir, ella ya era parte de mi persona. Continuaba despertándome con su mirada miel que calentaba mi ser y me dormía del mismo modo, sin embargo, ya no deseaba que me retuviera de esa forma como permití que lo hiciera. Aunque no era quien solía cuando estaba con ella, sí era feliz. Adele era una chica inteligente, divertida, y nos sentíamos muy bien juntos, demasiado.

Pero en las noches, cuando mi pareja dormía, me levantaba y en silencio avanzaba hasta la sala donde podía ver el cielo preguntándome, como cada día de mi existencia: ¿Qué estaría haciendo? ¿Qué habría sido de su vida? ¿Estaría casada? ¿Me habría olvidado? ¿Era feliz? ¿Algún día la volvería a ver? Aquella vez, no fue distinta, avancé hasta ahí, la vista era espectacular, piso dieciocho, podía ver parte de la ciudad sin problemas.

¿Algún día la olvidaría? Me encontré deseando saber. Eran demasiados años con eso habitando en mi cabeza y conforme pasaba el tiempo el miedo a no dejar de pensar jamás en ella crecía, más aún en ese momento que ya tenía alguien con quien me sentía bien, pero no completo, no pleno, no como aquellos meses.

Recargué mi brazo en el vidrio, afuera nevaba, todo era blanco, sin embargo, había atisbos de lo que Boston era sin esa capa de hielo sobre ella. La espesura no era abrumadora, ni estaba cayendo una tormenta, sino simplemente era un recordatorio de que debajo de todo aquello latía una ciudad, justo como el recuerdo de esa joven que vivía en mi alma; tenue, pero constante, presente, ahí, muy profundo.

—¿Cómo se llama? —escuché una voz que me sacó de ese letargo que desde hacía años era rutina; me despedía de la noche y de ella a diario, no lo podía evitar, lo hacía desde que estudiaba en Harvard. Un sucio secreto que nadie conocía, pero que al vivir con alguien más, tuvo que salir a la luz.

Me erguí girando sorprendido. Se encontraba recargada en un muro con una playera larga de pijama. La observé sin saber qué decir, sentí como si me hubiese encontrado siéndole infiel, y, bueno, tan lejana de lo real no se encontraba. Al ver que no contestaba, bajó la vista hasta sus pies.

—Tiene ojos lindos... —me quedé de piedra. ¿Cómo sabía?—. No te asustes —me encaró sin moverse de su sitio—. La he visto entre tus cosas, Will... Sé que es ella en quién piensas cuando te levantas cada noche y te pierdes en esa ventana.

—Adele... —susurré afligido. Mierda. Juro que no tenía una puta idea de que ella lo supiera, siempre que me cercioraba de que estuviera bien dormida.

—No te disculpes, ni siquiera intentes justificarlo, solo dime algo... ¿Murió? —Cerré los ojos negando. Sabía que no era así, hablaba con Irina continuamente y la había visto no hacía mucho tiempo; ella seguía viva, eso era un hecho. Asintió conteniendo el llanto, esa fue una de las ocasiones en que más miserable y molesto conmigo me sentí y si soy sincero, también con Kya. Aunque ella no estaba al tanto de la enfermedad que circulaba por mi ser y que no permitía rehacer mi vida como deseaba—. Esa imagen es de alguien realmente joven —estudiaba mi rostro necesitando comprender.

—Era un adolescente cuando la conocí —acepté sin remedio. Se cruzó de brazos asintiendo nuevamente.

—Will, cada noche haces esto, vienes, te pierdes ahí y sé que le dedicas tus últimos minutos a ella, a pesar de que me dedicas todo el día a mí. Esto no nos llevará a ningún sitio, sé que... te has comprometido conmigo, que... me quieres... que... te sientes bien con el orden de las cosas, pero... no puedo permanecer aquí, no así...

—¿Qué quieres decir? —pregunté caminando hasta ella, temeroso. No deseaba que se fuera, no deseaba que me dejara, no por lo mismo, no por ser un imbécil que estaba obsesionado con un amor de high school.

—Que jamás me amarás como a ella, que... no logro llegar a tu corazón. Que por mucho que me esfuerce jamás seré esa chica que tiene lo que anhelo, lo que deseo: tu alma... William, no sé cómo explicarte, pero... la veo en ti... y no lo aguanto, te quiero para mí porque yo te quiero, lo sabes.

—También te quiero, no me hagas esto —le rogué acunando su barbilla sintiendo demasiada impotencia.

—Lo sé, pero... no estás completo, tuve la esperanza de que al vivir juntos eso sucediera y fueras solo para mí.

—Estoy aquí contigo —me defendí tomándola delicadamente por los brazos.

—Pero no eres mío, eres de ella... Lo siento... cada día lo veo con mayor claridad.

—Eso fue hace años, por favor, te prometo que las cosas serán diferentes —sonrió acariciando mi mejilla con ternura y tristeza.

—No prometas algo que no harás. Te he visto estos meses, creo que te conozco lo suficiente. Eres un hombre maravilloso, en serio, y podría conformarme con lo que tienes disponible en tu corazón, sin embargo, cuando se ama, se desea todo y yo... te amo... —cerré los ojos perdido nuevamente. Mierda, ¿qué, nunca iba a terminar eso?—. Acaba con esto, Will. Búscala u olvídale, pero haz algo, no vivas así, a medias, eso no es justo ni para ti, ni para quienes te quieren. No sé cómo decírtelo, pero... te comportas como si... le fueras infiel conmigo y eso... no me gusta. ¿Recuerdas la teoría del caos? —asentí con un nudo en la garganta. Sonrió dulcemente, aunque triste también—. Creo que algo así te sucedió, por esa chica eres lo que eres y por lo mismo no lo puedes hacerla a un lado... «Pequeñas variaciones en condiciones iniciales pueden implicar grandes diferencias en el comportamiento futuro». Tu comportamiento, Will, puede ser determinado conociendo las variaciones iniciales, ahora lo entiendo a la perfección... Así que... creo que... lo mejor es dejarlo aquí, no avanzar más, yo lo quiero todo y tú... ya lo diste —se alejó y caminó rumbo a la habitación en silencio. Quise gritarle que no, que... la olvidaría, que dejaría de evocarla cada maldita noche, cada maldito día, cada maldito segundo.

No pude. Me recargué en el muro dejándome caer. ¿A quién engañaba? Kyana era mi maldición personal, mi demonio, mi ángel, mi bendición, marcó mi vida como cuando se marca a un animal con hierro caliente, era suyo, no lograba apartarme de su esencia, de su olor, de su mirada... Estaba enloqueciendo. Pero en ese momento decidí algo; no intentaría nada con nadie más hasta que esa chica de ojos ingenuos y labios dulces dejara de habitar en mi cabeza, y si jamás se iba, viviría solo, pero no dañaría más a nadie por mi estupidez.

Vi cómo Adele me dejaba, cómo la ilusión de algo diferente se marchaba y yo, yo no hice nada para impedirlo, para detenerla.

Pasé unos días de infierno, la extrañaba, la necesitaba, sin embargo, no la buscaría, tenía razón. No se lo merecía.

Una necesidad, ya demasiado conocida, me hizo su presa y volé a Myrtle Beach. ¿Y si la buscaba? ¿Y si averiguaba sobre su vida? ¿Si...?

—Liam... —era Kellan, por la mañana hablamos y sabía que iría. No iba solo, Robert venía a su lado. Reían por algo. Me encontraban recargado en el cofre de la camioneta observando el sitio sin bajar a la playa.

—¿Qué hay? —respondí saludándolos con un gesto y chocando las manos con cada uno. Robert se casaría en un par de meses, y Emma no tardaba en dar a luz a Nicole, su primera hija.

—Decíamos que deberías construir una casa aquí, gastarías menos gasolina y tiempo de transportarte. Después de todo, cuando vienes, pasas la mayor parte del tiempo en esta playa —miré a Robert arrugando la frente y entornando los ojos. ¿Una casa? ¿Ahí? Podría ser... tenía el dinero, adoraba ese sitio, era mi fuga, mi mundo, mi lugar...

—¡No, no, no, no, era una broma! —intervino Kellan sacudiendo sus manos de un lado a otro. Al ver que miraba de nuevo el mar sopesándolo, se puso las manos en la cabeza dando vueltas—. Mierda, Robert, ¿para qué le dices? —El aludido sonrió haciendo una mueca de inocencia.

—¿Tú podrías hacerla? —le pregunté al arquitecto. Una sonrisa enorme se ubicó en su rostro.

—Podría, pero...

—¡Perfecto! —Pasé feliz un brazo por sus hombros, descendiendo hasta quedar a varios metros de donde revientan las olas—. Te daré a ti el proyecto, me importa una mierda lo que cueste, quiero la casa aquí —y le señalé el espacio. Robert me siguió intrigado, mientras Kellan bufaba desde atrás.

—No lo hagas, Robert, está enfermo, no lo sacaremos de aquí nunca... —ninguno de los dos lo miramos.

—Y quiero que tenga una alberca, acá, una terraza. Tres habitaciones, con opción a cuatro, un estudio abajo. Deseo que sean espacios abiertos, ventanales por doquier, pero que sea segura. Colores claros, iluminados, un jardín junto a la alberca y unas escaleras que den a la playa.

—Bien, puedo hacerlo...

—¿Cuánto te tardas? —quise saber, de pie sobre la arena, con los brazos cruzados frente a él. Robert estudió el terreno con otros ojos, reflexionando.

—¿Tienes prisa?

—Sí —no sabía por qué contesté aquello, pero era cierto, la tenía. Se llevó una mano a su barbilla.

—Bien, para verano estará lista, siempre y cuando apruebes el proyecto con rapidez, en cuanto estén los planos, y pueda verte cuando lo necesite para acordar lo que sea...

—Como tú digas.

—¡No, Liam!, Robert, no alimentes más su obsesión. ¿Y Adele? —Sentí una pequeña opresión. De pronto la nostalgia que me produjo su ausencia esos días se esfumó ante la mera idea de pensar que ese podía ser mi hogar, que podía tenerla por lo menos de esa manera...

—Me dejó —admití, y ambos quedaron en silencio.

—Mierda, Liam, al paso que vas te convertirás en un solterón —soltó Kellan volcando los ojos—. Además, era una linda chica, inteligente, ¿qué más quieres?

—No preguntes eso, imbécil, hasta un idiota lo sabe.

—La voy a buscar —escupí dejándolos ahora sí muy asombrados. Robert se tensó de inmediato. Ahora sé por qué.

—¡No! —zanjó Robert con las mejillas rojas. Lo observé frunciendo el ceño, intrigado.

—Dame una maldita razón para no hacerlo... Llevo más de siete años pensando solo en ella, no logro rehacer mi vida por su recuerdo, a lo mejor si la veo, si me acerco... no sé.

—¡Maldición, Liam, deja eso ya! —me exigió Kellan molesto, desesperado.

—Porque no te ha buscado en este tiempo, porque de desearlo hubiera venido aquí, sabía cómo dar contigo y no lo hizo... ¿Quieres más razones? —me cuestionó el que solía ser su mejor amigo, con calma.

—Tú sabes de ella, lo sé... siempre lo he sabido, a ti no te dejó como al resto —abrió sus ojos, azorado. Se dio la vuelta agachando la cabeza entre sus brazos.

—¡Ahhh, Liam! En serio, estás para psiquiátrico —soltó, encarándome nuevamente. Se dio la media vuelta dirigiéndose a los autos.

—¡Dime dónde mierdas está! O si no contrataré a alguien que me lo diga de una jodida vez —lo amenacé mientras Kellan negaba frotándose el rostro. Robert regresó, se ubicó frente a mí y perforó mis ojos.

—No lo hagas, déjala de una maldita vez en paz. El hecho de que tú no logres superar todo eso no te da derecho a perturbarla, no sabes lo que ha sido su vida, no tienes una jodida idea. Deja las cosas así, te lo digo en serio, avanza, maldición. Sigue tu puto camino y deja esto, o te aseguro que sufrirás, Liam, te lo digo en serio —ahora sé que Robert no tardaría en decirme todo. Ese día estuvo a nada de soltarme lo que en realidad ocurría, sin embargo, creyó que ya no existía mucho qué hacer.

Ambos teníamos nuestra vida, avanzamos de formas distintas y no quería que descubriera algo aún más doloroso: la traición de mis padres. Por eso calló, después de todo Kya ya estaba lejos, sabía perfectamente que se encontraba bien y por otro lado, había comenzado a hablarle sobre... Santiago, aún no eran nada, tan solo su jefe, pero... leyó algo de interés en él.

Sí, ya sé, no debo hervir de celos ni nada similar, ese hombre no fue más que otra víctima en todo este asqueroso pantano que es mi familia, no obstante, acabo de leer que corría con él. ¡Corría con él!, Kya odia hacer ejercicio, digo, salvo nadar conmigo o los niños, no es una mujer que busque estar ¡corriendo! Además, el hijo de puta le dijo cosas que... Mierda, sí, estoy rebasado de celos. No debería, la tengo aquí, conmigo desde hace cuatro años y sé que será para siempre, pero es como si me inyectaran ácido por mi torrente sanguíneo y me quemara. No tolero pensarla abriéndose con él, dejando de lado su caparazón, intentando con vehemencia olvidarme...

Me llevo las manos a la cabeza y revuelvo mi cabello. Por si eso fuera poco, comenzaron prácticamente igual que nosotros... Respiro profundo unas... okey, millones de veces y logro que el furor del rencor disminuya un poco. Ella ha sido mía desde el primer momento y yo tampoco viví célibe, de hecho, llegué a más de lo que Kya llegó con ese hombre que estuvo a nada de ser su marido. Sé que suena espantoso, pero... bendito accidente de Irina, eso me la devolvió. Si no, a estas alturas, ese... No, no lo diré, ni lo pensaré, Kya es mía, mía, mía, mía. Sí, no hay motivos, no hay razones.

Aviento arena con una mano, frustrado y apretando los dientes. Estos años he compartido a su lado momentos inigualables, hemos creado nuestra vida uno al lado del otro. Tenemos nuestro propio mundo, nuestra burbuja indestructible que llega justo cuando los dos diablillos duermen al fin. La encierro en la habitación y disfrutamos de nuestro momento. Conversamos, nos acurrucamos uno al lado del otro acariciándonos, nos duchamos, jugamos incluso. De hecho, muchas veces terminamos adentro de la piscina o en el mar; así llegó Noa y también Mia.

La pasión solo ha aumentado, el deseo también, al igual que ese sentimiento de pertenencia, de amor y confianza absoluta. La certeza de que hagamos lo que hagamos, incluso si un huracán llegase, nuestras manos estarían unidas sin posibilidad de soltarnos. Saber lo que costó lo que tenemos creo que ha logrado hacer de lo nuestro algo que no se romperá jamás, aunque no me agrade que esas sean las razones.

En fin, ya nada puedo cambiar del pasado, fue, sucedió y yo debo asumirlo así. Pero la imagen de mi madre ronda mi mente en este momento. ¿Cómo olvido todo eso? ¿Cómo entiendo el pensar a Kya dentro de ese auto siendo amenazada por ella? Y es que ni siquiera cuando decidí construir esta casa me pasó por la cabeza algo semejante, lo juro, ¿quién podría pensar algo así? Digo, mi padre lo hizo con René, pero era su hermano. Existía rivalidad eterna, poca compatibilidad desde el primer momento, eso siempre lo supe. Por lo mismo supuse que ese era realmente el motivo, más que lo otro. Sin intentar justificarlo, mi tío también tiene su carácter y sabía que si podía lo destrozaría. Digamos que creí que era una batalla de poder entre ambos, no un estúpido prejuicio que podía pasar incluso sobre mí, su hijo.

11. ¿TÚ?

No la busqué. Esa noche me di cuenta de que sí, no tenía derecho a hacerlo. Por otro lado, era bastante probable que saliera corriendo, así huyó de aquí, y que por si fuera poco... no estuviera sola. Si lo que no quería era estar conmigo eso no la convertía en una monja, al contrario, con esa carita, esa mirada y esa cabeza asombrosa, era consciente de que debía haber tenido a quien deseara y eso me ponía celoso, increíblemente.

Ella terminó conmigo y ahora que sé que la enfermedad era mutua, por supuesto me siento menos mal. Amar así a alguien a pesar de la ausencia, de la distancia, de los años, sentirla, incluso olerla a través de la memoria, de los recuerdos, es algo que jamás podré comprender. Algo mágico y demasiado doloroso, pero que de alguna forma me ayudó a sobrellevar el día a día.

Conseguí comprar ese gran terreno. El dinero en mi vida no era un problema; aunque juro que lo hubiese cambiado todo con tal de que no hubiese ocurrido aquello, por no saber lo que ella tuvo que vivir, por no saber que sus lágrimas eran debido a ese asqueroso motivo.

Robert hizo los planos incluso antes de que lograra ser el dueño. Los acepté solicitando algunos cambios mínimos. Ese nuevo proyecto me entusiasmó más de lo que llegaba a imaginar, por lo mismo me encontré hablando con René para poder manejar casi todo desde ahí. Necesitaba que ese sitio fuera mi base, el lugar donde llegara cada noche, mi hogar, mi mundo y... bueno, sabía que Boston era vital, pero mantenerlo como un sitio al que tenía que ir cada cierto tiempo, no al revés. Mi tío estuvo de acuerdo, después de todo mientras tuviera la movilidad, la seguridad y toda la infraestructura para dirigir la empresa, podía hacerlo donde me placiera.

Esos meses estuvieron llenos de pendientes y metas, que poco a poco, logré. Si bien una vez al mes debía viajar, durante una semana, el resto del tiempo podía vivir ahí, en mi playa, en mi casa, con mi gente, con su recuerdo, con su esencia impregnada en aquel lugar...

Trabajaba como un loco. Lo que hago me fascina y aunque ahora no es lo único, ni lo más importante, pues mi familia es la dueña de mi vida, sigo disfrutándolo. René, al ver que lo lograba, en diciembre decidió soltar por completo la autoridad y se jubiló, deslindándose por completo. Él ya solo deseaba viajar, ir y venir sin tener preocupaciones sobre su dinero o sus empresas. Lo cierto es que me las arreglaba sin problema, tenía a los accionistas en los bolsillos, tal como aún sucede. En el medio me respetan y somos líderes en lo que hacemos.

De pie, en la terraza que quedó justo como la pedí, con los muebles que decidí, observaba el mar con una taza de café entre las manos y... de nuevo la frustración llegó, tenía todo, absolutamente todo lo que cualquiera podría desear, no obstante, no encontraba con quien compartirlo. No lograba dar con una persona que me hiciera sentir algo comparado con lo que ella me producía. Observé la casa comprendiendo que debía asumirlo, necesitaba aceptarlo de una vez... Hablaba español, construí ese lugar, regresé a aquella universidad, mantuve su foto congelada en mi habitación y pensaba en ella cada noche y cada mañana. Si a meses de que se cumplieran nueve años nada había cambiado, era porque ya nada lo lograría y si mi destino era estar solo, así, como en ese momento, lo aceptaría. No quería sentir menos de lo que había llegado a experimentar, tampoco me negaría, pero no iba a dar nuevamente falsas esperanzas, ya no.

Estaba al tope de trabajo, no era raro, lo sé. Mi vida esos meses transcurrió tranquila, sin sobresaltos, iba y venía a mi antojo. Visitaba a Irina y Ralph, incluso ya conocían mi casa y de vez en cuando comíamos juntos. Esa mujer seguía siendo muy especial para mí. Me alegró mucho cuando pusieron su agencia de viajes, ambos eran trabajadores y una pareja envidiable. No obstante, Irina seguía igual que yo, lo podía percibir sin problemas, algo le faltaba, se sentía incompleta y es que Kya al parecer también decidió alejarse de ella hacía nueve años. Sabía que iba a Monterrey, sin embargo, jamás le preguntaba nada sobre ese tema.

Era curioso, mis amigos también le seguían la pista. Cuando nació Nicole fue a ver a Emma al hospital, cuando supo de la boda de Robert este la invitó junto con Ralph, no sé, era muy extraño, como si existiera una necesidad de todos, incluida ella, de mantenerla presente de alguna forma.

Estaba en Boston, la mañana había sido agotadora, una junta de horas con los accionistas en donde debíamos evaluar la adquisición de una nueva marca. Eso solía enterrarnos ahí por lo menos cuatro o cinco horas muchas veces más, pues se debía explorar desde todas las perspectivas. Mi móvil sonó justo cuando iba entrando al apartamento, moría por engullir algo y relajarme un poco para luego regresar. Era Max. Nos hablábamos con regularidad, pues nos veíamos a menudo. Además, él llevaba un par de casos de la empresa relativos a las oficinas puestas en Myrtle Beach.

—Max, ¿qué hay? Si me hablas para burlarte de que perdimos, vete al diablo —lo amenacé riendo. Seguíamos la liga de básquet y mi equipo perdió en la noche por una diferencia garrafal, así que ese tipo de llamadas también eran comunes. Avancé aflojándome el nudo de la corbata.

—Lo tuyo es el americano, amigo, hasta niños de tres años les hubieran ganado.

—Vete a la mierda —reí sirviéndome un vaso con agua.

—En fin, te hablaba para saber si ya supiste lo que le ocurrió a Irina —me alertó de inmediato. Me erguí arrugando la frente.

—No, no he hablado con ellos. ¿Qué pasó?

—Tranquilo, tuvo un accidente en su auto, nada grave, pero tiene una fractura en el brazo. Ya está en casa, fue a unas cuerdas del despacho —me llevé las manos a la cabeza preocupado y afligido por ella.

—¿Cuándo ocurrió?

—Ayer por la tarde, yo iba saliendo cuando lo vi. Pasó la noche en el hospital entre curaciones y eso, pero por la mañana Ralph se la llevó... Creí que querrías saber.

—Gracias, Max.

—No hay problema, nos vemos pronto. ¿De acuerdo?

—Claro —colgué pensativo. Debía hablarle. Caminé hasta la ventana, de pronto sentí una extraña opresión en el pecho. Ese agujero que siempre habitó en mí, pero que llené de arena para que no se notara tanto, se volvía a abrir haciendo lentamente a un lado todo lo que me había servido para cubrirlo, para que el vacío me permitiera vivir, avanzar.

Recargué mi antebrazo en el vidrio y ahí apoyé mi frente, perdiendo la mirada en las calles llenas de autos, en los edificios, en la gente. Necesitaba la playa, necesitaba otra vez con urgencia el mar, la arena, el olor a sal, moría por escuchar el revolcar de las olas. Nueve años, nueve malditos años y esa chica que trastornó mi existencia seguía ahí, en el mismo sitio, acariciando mi alma, apoderada de ella. Ya no me quejaba, tampoco la añoraba, era simplemente comprender que ese era su sitio y que al parecer, siempre lo sería. ¿Para qué pelear?

Tenía varias citas esa tarde, y el día siguiente. Hablé con mi asistente y le informé que cancelara todo, que tenía que salir, que en un par de días regresaría.

Tomé el primer vuelo a Myrtle Beach. La empresa contaba con vuelos privados, incluso con su propio jet, sin embargo, tomar privilegios innecesarios. Esto no tenía que ver con mi trabajo, y cuando así ocurría, me iba en un vuelo comercial.

Arribé a mi destino por la noche. En cuanto llegué al condado respiré nuevamente con regularidad. Manejé hasta la casa de Irina, necesitaba verla antes que nada. Toqué un tanto nervioso, siempre me pasaba cuando me paraba en el umbral de aquel lugar, evocaba todo con una claridad .

—Liam, ¡qué milagro! —Era Ralph. Lucía cansado.

—Supe lo que sucedió... —el hombre se hizo a un lado para que pasara.

—Sí, me dio un susto terrible, pero no fue nada grave, ella está bien... aunque un poco lastimada.

—¿Puedo verla? —Quise saber. Su marido asintió observando la caja de chocolate amargo que llevaba entre las manos, siempre compraba los mismos en el aeropuerto, pues sabía que le encantaban.

—En cuanto vea eso seguro volverá a sonreír —señaló con nostalgia, afligido. No lo comprendí del todo.

En cuanto entré a su habitación la vi recostada sobre las almohadas. Sentí un pequeño nudo en la garganta, parecía desamparada.

—Liam, qué bueno es verte —me sonrió claramente cansada. Tomé una silla y me senté a su lado. Me narró lo ocurrido y dejó salir un par de lágrimas, y algo alterada.

—Estarás bien, Irina, fue un accidente, ya todo pasó —le intenté hacer ver con ternura. Sus ojos estaban enrojecidos al igual que su nariz, tan similar a la de ella.

—Lo sé... es solo que... —desvió la mirada limpiándose con un papel desechable las mejillas. No me agradaba verla así.

—Mi amor, debes descansar —intervino Ralph acercándose.

—Sí, Irina, mañana pasaré a ver cómo sigues —se tensó girando de inmediato.

—No, no es necesario... Y estoy bien y tú debes tener muchas cosas que hacer... No te preocupes, Liam, fue solo la impresión...

—De todas maneras... mañana regreso y cualquier cosa no duden en llamar. ¿De acuerdo? —Ambos parecían algo extraños. Eso me alertó, ¿se trataría de ella? ¿A caso sabría lo que sucedió?... No quise pensarlo mucho, era mejor así.

Esa noche pasé casi todo el tiempo sin lograr dormir. Di vueltas en la cama como pocas veces, me sentía demasiado nervioso. Seguro era por la visita que le hice a su madre... En la madrugada decidí darme por vencido así que nadé por más de una hora en el mar sintiendo el peso de la soledad. Era

como si cada minuto que pasase se hiciera más evidente y comenzara a doler tanto como hacía años. Me duché y salí de casa a llenar la despensa, luego, tal vez, pasaría a ver a Fanny; mis padres aún no regresaban de Washington, hasta dentro de un par de días, supe por Richard, así que era el momento ideal. A las diez de la mañana iba de regreso.

Al llegar vi una camioneta negra aparcada a diez metros de la fachada, justo a un lado de la banca que decidí no mover por lo recuerdos que me proporcionaba. Las manos me sudaron y sin comprender por qué mi corazón comenzó a martillear como un loco, respiré con dificultad al tiempo que abría la puerta intrigado. A paso lento, sintiendo que el aire se tornaba denso, espeso y que un olor especial se colaba por mi ser, avancé.

Bajé por el camino lateral, ese que no se modificó. Y de pronto la imagen de un sueño se proyectó ante mí. Pestañeeé comprendiendo que ya había llegado al límite de lo normal, de la cordura. Cabello largo, suelto, ondulado en las puntas y castaño muy claro. Cuerpo pequeño, delgado, ahí, justo en ese lugar.

—¿Hola...? —Solté notando cómo se tensaba la figura que estaba frente a mí. Avancé sintiendo que mi sangre corría como si en ello se le fuera la vida. Mis palmas sudaban, mi mente de pronto se asemejó a una grabación en blanco.

No, no podía ser ella, eso no podía estar ocurriendo, no ahí, no así, no después de nueve malditos años. Sin embargo, al ubicarme a su lado ya no tuve dudas. Mi cuerpo cosquilleaba, mis poros la reclamaban y aquello que permaneció en pausa por un largo tiempo de pronto se activó, como si hubiese estado dormido para de repente despertar de golpe, sin aviso.

Lo primero que vi fue su boca.

Mierda, era ella.

—¿Kyana? —Logré decir con voz decente, pues estaba seguro de que ni siquiera podría pronunciar nuevamente ese nombre en voz alta. Giró su rostro lentamente y no pude esconder mi asombro. Claro que era ella y lo peor no era solo eso, ya no tenía a una chica frente a mí, sino a una mujer, sus facciones se afilaron y su rostro era aún más hermoso de lo que recordaba, de lo que las fotos que aún almacenaba proyectaban. Estaba preciosa, simplemente impresionante. Se levantó torpemente, estuvo a punto de tropezar y tuve que controlar las ganas de tocarla, de... sujetarla—. Por Dios... Eres tú —me acerqué a ella sintiendo cómo la fuerza de su esencia me llamaba, me pedía que me acercara, que entibiara de una jodida vez ese prolongado invierno.

Sin embargo, ella parecía un tanto asustada, temerosa y de inmediato dio un paso hacia atrás logrando que de nuevo en mi pecho la herida se abriera y sangrara—... No lo puedo creer... ha pasado tanto tiempo —alcé una mano hasta su rostro muriendo por tocarla. Por mucho que yo fuera su pasado, sus preciosos labios, sus ojos miel, su piel de seda, vivieron conmigo durante todo ese tiempo, necesitaba saber que no estaba soñando, que no alucinaba.

Noches y días enteros esperando algo así y... Noté que su mirada se ponía turbia. Bajé la mano de inmediato. Ambos nos observamos por un segundo, evaluándonos, pero de pronto aquella maldita manía apareció ante mí y deseé que el infierno se abriera y me tragara. Kya se mordió el labio, ese labio que deseé millones de horas, de minutos, de segundos. Sin poder contenerme me acerqué. Eso era mi hechizo personal, siempre lo fue, bastaba que lo hiciera para que yo estampara mi boca contra la suya. Mierda, mi cuerpo despertaba rápidamente, la reclamaba, la deseaba.

—¡No! —Me ordenó temerosa. Reaccioné de inmediato. ¿Qué carajos ocurría conmigo? Parecía un maldito demente. Sin adivinarlo intentó irse. Mi cabeza trabajó a toda prisa. No, no de nuevo, no. La sujeté por la muñeca atreviéndome demasiado. La descarga que solía provocar en mi interior hizo que todo volviese a vibrar agradablemente, era como comprender que mi cuerpo volvía a la normalidad o bueno, a lo que fue durante aquellos meses.

—Espera... —le pedí ansioso sin soltarla, era tan agonizantemente satisfactorio poder tocarla, aunque fuese de esa manera. Parecía un animalito asustado, noté que estaba más delgada, lucía fatigada, no obstante, estaba indudablemente más hermosa que nunca.

Maldición. ¿Cómo lograría salir adelante después de ese encuentro? ¿Cómo?

—Liam... es mejor que me vaya... —en cuanto escuché mi nombre en su boca, Dios, fue celestial, enfermizamente maravilloso. La última pieza de ese rompecabezas se acomodó en mi alma generándome un torrente de sensaciones placenteras como cuando se escucha una canción que provoca toda clase de cosas que ni siquiera sabías existían.

—Kyana, ¿cuándo regresaste? —Puedo jurar que al nombrarla le ocurrió lo mismo. Ahora sé que así fue, sin embargo, ese día era una jodida suposición que pensé resultaba de mi terquedad.

—Hoy... pero debo irme —soltó ansiosa. Estaba demasiado nerviosa. De nuevo esa maldita mirada llena de miedo, de pánico. ¿Por qué? Me sentí vencido, cansado repentinamente y...

De pronto el aire despeinó su increíble cabello obstaculizándole la visibilidad y lo que miré fue peor que diez impactos de bala acertando justo en los lugares adecuados. Creo, incluso, que eso hubiese sido menos doloroso, menos espantoso. Su mano, su dedo, ella... Mierda, ella tenía un anillo de compromiso, ahí, justo ahí. Apreté los dientes sintiendo que el aire escaseaba, que la impotencia de nuevo me embargaba. Rabia, rencor, coraje y odio fue lo único que ya pude ver.

Escondió su brazo tras su delicada cadera, nerviosa, pero era tarde. Pasé los dedos por mi cabello despeinado —un tanto más largo de lo común, pues solía llevarlo por completo hacia atrás— y comencé a respirar rápidamente. Deseaba con fervor calmarme o haría una estupidez. Cuando se trataba de ella me convertía en alguien impulsivo, demente muchas veces, su sola presencia me hacía actuar de maneras que ni yo mismo comprendía. De pronto su delgada figura de nuevo intentando escabullirse me hizo abrir la maldita boca.

—Olvidaba la clase de mujer que eres, de hecho, me parece raro que aún no lo estés. Qué idiota soy, si tú no sabes estar sola, ¿cierto? —Deseaba con toda mi alma herirla, lastimarla, que pagara de alguna manera todos esos años dedicados a su recuerdo, a aquel estúpido amor que según ella me tenía. De un momento a otro sentí que la odiaba, que todos los sentimientos hermosos que llegó a despertarme se volteaban y se transformaban en lo peor. Pobre, ahora sé que la herí, que... una vez más por mi causa volvía a sentirse perdida, hundida.

—Es mejor que me vaya... —dijo casi sin voz.

—Sí, es lo mejor, después de todo... es lo único que sabes hacer... huir —me miró con ira, apretó su perfecta boquita con coraje, quería abofetearme y yo deseaba que lo hiciera, que se acercara y lo hiciera de una jodida vez.

—Adiós, Liam —eso fue lo que obtuve mientras la observaba salir prácticamente corriendo de ese jodido lugar.

No respiré por varios segundos. En ese momento la realidad volvió a aplastarme con mayor fuerza que en todo ese tiempo. Se fue porque no me quería, se fue porque ya no deseaba nada conmigo, se fue porque...

Me llevo nuevamente con impotencia las manos a la cabeza cerrando los ojos para no gritar de rabia. Cuatro años de todo aquello y sigue doliendo saber que fui lo suficientemente estúpido como para no darme cuenta de que mi ángel sufría por mi causa. Que no vi lo que tuve que haber visto, que no la pude proteger, porque a eso la redujeron quienes eran mi familia, a la sombra de sí misma por años.

Si yo no me hubiera cruzado en su camino... ella... jamás hubiera tenido que derramar ni una maldita lágrima, jamás hubiera tenido que vivir con miedo, jamás... hubiera sido amenazada cuando aún era una adolescente ingenua, inocente y feliz.

¿Cómo perdonar a mi madre por todo eso? ¿Cómo si yo no logro hacerlo conmigo mismo?

12. RABIA.

Aun sudando frío regresé hasta el auto, no lograba hilar una idea con otra, incluso, no asimilaba lo que hacía unos segundos había sucedido. Era demasiado real, demasiado doloroso, demasiado... asombroso. Bajé las compras y con una lentitud poco usual en mí, lo acomodé todo. Al terminar me recargué en la barra con un vaso entre las manos observando mi «hogar».

Esto tenía que terminar, necesitaba darle punto final. ¿Cuánto más soportaría que me rechazara? Por lo mismo no la busqué, esa hubiese sido su actitud, lo sabía y prefería vivir con la ilusión que con su repulsión. No obstante, era momento de detener todo aquello, de... emprender otro camino. Se casaría. ¿Qué esperaba para dejarla atrás como evidentemente hizo ella? Tanto tiempo, tantos años, alimentando algo que no tenía sentido, algo que ocurrió en mi adolescencia, algo que... me cambió por completo. ¿Por qué era tan difícil darle la vuelta a la hoja? ¿Por qué simplemente no la olvidaba y seguía mi vida? ¡¿Por qué?! Apreté los dientes con rabia, con coraje. Ese era el momento, necesitaba abrir mi corazón y permitirle que se marchara, que me dejara y aunque crearía un hueco de enormes proporciones, no era sano seguir así, ya no.

Por la tarde hablé con Kellan, se verían en casa de Robert, una reunión como las que solíamos tener, nada formal, solo conversar y hacer unas hamburguesas al carbón, Luck estaba en el condado, así que ahí lo vería.

Pasé la mañana con la ansiedad ahogándome. Deseaba ir a su casa, verla por última vez. Me contuve. A mediodía decidí enfrascarme en el trabajo, era lo mejor.

Llegué a casa de Robert. Kellan me observó de manera extraña, sin embargo, no dijo nada, mi humor no era el mejor, al contrario. Lo cierto era que sopesé quedarme en casa recluido y oculto, pero unos minutos antes decidí que ese día específicamente enloquecería si permanecía en ese lugar atiborrado de recuerdos, así que compré un vuelo a Boston para la mañana siguiente y... no regresaría ahí en un tiempo. Ya me sentía agotado, harto, herido y vencido.

-¿Qué te sucede? -Quiso saber mi mejor amigo mientras volteaba la carne en el asador. Bebí de la cerveza negando.

-Nada... -desvié la mirada intentando hacer a un lado el revoltijo de sentimientos que nuevamente me invadía, era como si el tiempo no hubiese pasado, como si tuviese casi diecinueve y sintiera el dolor de su presencia, de su rechazo, del fin de lo nuestro. Mierda. Le di otro gran trago molesto. Kellan negó cambiándome el tema.

El timbre sonó. Robert fue a abrir, yo seguí discutiendo con mi amigo acerca de estupideces sobre el fútbol americano, típico en nosotros. No era muy tarde, podía ser cualquiera.

Unos minutos después el bullicio de los demás se detuvo, pero lo que realmente me alertó fue el rostro de Kellan, parecía haber visto un fantasma. Cerré los ojos comprendiendo de inmediato qué sucedía y en ese momento mis pulmones se contrajeron dolorosamente.

No, por favor.

Apreté los dientes tensionándome por completo y viré. Ella, Kyana, estaba ahí. Maldición. ¡Carajo! ¿Por qué mierdas se tenía que ver siempre tan hermosa? ¿Por qué jodidos me sentía un imbécil cuando estaba cerca? ¿Por qué no podía odiarla en vez de desearla, de amarla?

-¡Viniste! -soltó Emma dejándome perplejo. ¿Ella sabía que iría? La esposa de mi amigo se acercó a Kya y le susurró algo al oído. Ambas lucían tensas, en realidad, todos. Yo no podía apartar los ojos del motivo de mi locura, de mi obsesión. El ambiente se sentía cargado, como si una navaja pudiera cortar en cualquier momento la tensión que su presencia producía. Y es que todos, absolutamente todos, quedaron desconcertados cuando se fue así, sin más, olvidándose de cada uno, abandonando todo lo vivido.

Le di otro asombroso trago a mi bebida perforándola con la mirada. Deseaba que se largara, que esa puta cerveza tuviera una especie de anestesia que hiciera que nada doliera. Mejor aún, que lograra borrar cada recuerdo suyo de mi piel, de mi alma, de mi vida, que la amnesia me invadiera y cortara con toda la maldita historia que compartimos hacía nueve putos años. Sí, por primera vez quería que dejara de existir en el mismo plano terrenal que yo.

Max la abrazó viéndome de reojo, nervioso, para luego centrarse en ella. Y es que era imposible no admirarla, la mujer en la que se convirtió era una exótica belleza, sus pómulos más afilados, su figurada más estilizada y ese cabello más largo, apenas si iba maquillada, máscara probablemente nada más y, aun así, era brutalmente hermosa. Su boca, su delicado cuerpo, su manera de moverse, su mirada preocupada, toda ella era justo lo que siempre soñé, lo que creí jamás obtendría.

Fui testigo mudo de cómo cada uno la saludaba mientras Kellan y yo seguíamos sin movernos, él parecía incluso igual de tenso que yo. Sé que después de todo lo que vivió a mi lado, para mi mejor amigo dejó de ser alguien grato; al contrario, la comenzó a despreciar por huir de esa forma, por verme a mí hundido de aquella manera. De pronto la mirada de Emma se clavó en su esposo, había amenaza en esos ojos, no tuvo más remedio y la saludó con fría indiferencia.

Yo, yo continué con mi vista fija en su figura, intentando transmitirle todo lo que me producía, absolutamente todo y parecía ser que lo lograba porque se notaba sumamente incómoda.

Se sentó con los demás, temblorosa, lo sabía, la podía incluso sentir. Pronto Annie la enfrascó en un monólogo acerca de su vida los últimos años mientras mi ángel la escuchaba mordiéndose ese maldito labio, una y otra vez. Si seguía haciéndolo me le iría encima, lo juro.

De repente alguien le cedió la palabra. Esto se pondría divertido, dejé la cerveza al lado del asador mientras Kellan intentaba detenerme cuando pasé a su lado en la mesa.

-Bueno... no sé...

-¿Por qué no comienzas diciéndoles que te vas a casar? -solté rabioso. De inmediato las partículas de alerta se desbordaron por ese lugar-. ¿O prefieres no hacerlo porque no piensas invitarlos?, después de todo ya no son tus amigos... los dejaste. ¿Recuerdas? -Necesitaba que sus heridas sangraran como las mías lo hacían, era imperioso atacarla para que mi alma se exorcizara de su recuerdo. Se puso de pie claramente furiosa. Bien, eso era lo que esperaba, que sacara una Kyana que no conocía, alguien que lograra de una maldita vez arrancarla de mi cabeza, de mi alma. La desafié enarcando una ceja con prepotencia-. ¿No es cierto?... Dime... ¿Miento?... Huiste... nadie te importó.

-Piensa lo que quieras, Liam -escupió palideciendo en el acto. Kellan buscó que lo dejara claramente preocupado y colocó una mano sobre mi hombro.

-Eres una hipócrita... no entiendo que haces aquí -vociferé con voz amenazante, llena de ira.

Esa maldita noche aún, a pesar de los años, la recuerdo con una dolorosa claridad; fui cruel, hiriente, un asqueroso patán y ella... ella estuvo a punto de perder el conocimiento, ahora lo sé.

-Liam... basta -era Robert, no le caía en gracia lo que ocurría por lo que ya se ubicaba a su lado custodiándola como solía.

-¡Es la verdad! -espeté con odio-. Huyó, no dio la cara... Eres una cobarde y no vales nada. Este ya no es tu sitio -decir todo aquello quemó mi garganta, no obstante, necesitaba hacerlo.

-¡Cállate! -me ordenó deseando soltarse de quien solía ser su amigo, que unos minutos más tarde supe siempre lo fue. -¿Eso es lo que quieres? ¿No te gusta escuchar la verdad?, pero sí mentir, ¿no?

-¡Que te calles!, tú... no sabes nada -soltó visiblemente enojada, dolida, sus mejillas comenzaban a humedecerse. ¿Por qué mierdas le afectaba que le dijera eso? ¿Por qué mejor no se largaba? -¡Basta, Liam! ¡Basta! -exigió Robert más molesto que nunca, ubicándose frente a ella para que no pudiese verla. Su actitud no me tomó por sorpresa, él siempre desea que todo vaya bien entre todos, no obstante, me molesté.

-¿Por qué la defiendes? -pregunté desesperado-. Jamás le importó nadie de aquí, no entiendo a qué vino, esto es ridículo.

Lo que supe a continuación movió todo mi mundo desde el centro, fue como si un terremoto hubiese sacudido con fuerza brutal lo que era mi vida, mi realidad, mi existencia.

Después de aquel horrible enfrentamiento me quedé suspendido. Mi ángel le rogó con tono mortecino al conecedor de esa asquerosa verdad, que no me lo dijera.

Evoco su carita dulce desfigurada por la angustia, por el miedo, por el pánico y siento cómo la sangre me hierve. Lloraba desconsolada. Cuando la aferré con desconcierto, con temor infinito a que lo que acaba de saber fuera cierto... Sentí un deseo abrazador, aun así también pavor. Intentó zafarse, moviéndose débilmente. Puedo jurar que si la soltaba mi mujer hubiese caído al suelo de lleno.

Pero todo terminó de derrumbarse cuando me gritó en mi cara, con voz quebrada, y la mirada desorbitada, la cruel verdad.

-¿Tú crees que si las tuviera no estarían ellos ya tras las rejas por extorsión? - La solté de inmediato retrocediendo sin remedio-. Y la verdad es que no me importa si me crees, Liam, ni tú, ni nadie. Lo hice porque no tuve más opciones, todos estos años he vivido una vida que no era la que yo quería, con la que soñé. Dejé todo... no pude estar aquí cuando mi madre se casó, no pude volver a ver a ninguno de ellos, no se lo podía decir a nadie, permití que pensaras tú y todos lo peor de mí, ¿qué me puede importar ya a estas alturas? El daño fue hecho y el que tú lo sepas no cambia nada... Solo sé que actué como debía. -Era cierto, claro que lo era, todo encajó de inmediato como si de pronto frente a mí se completara el rompecabezas, como si en mi interior esa pieza faltante siempre hubiese existido y yo, por imbécil, por ciego, por... crédulo, nunca pensé en eso.

La observé alejarse tropezando, parecía que perdería la consciencia en cualquier momento, jamás le había visto más nerviosa que en esa ocasión. En cuanto salió de mi campo de visión todos me miraron en silencio. Ni siquiera respiraban, estaba seguro.

-¿Liam? -susurró Emma acercándose con los ojos bien abiertos. La miré estupefacto. Ni un solo ruido se escuchaba ahí, era como si algo de pronto

hubiese explotado y todos fueran testigos de la masacre. Negué sintiéndome ajeno, fuera de mí, dolido, lastimado, herido, vencido, con odio desmedido corriendo por todo mi cuerpo, repudiando a quienes me dieron la vida, comprendiendo que sabía en el fondo de mi ser que esos que se dicen mis padres eran perfectamente capaces de hacer algo tan ruin como eso. Me alejé trastabillando y entré a la casa en medio de una penumbra dolorosa, cegadora.

-No... no tenía que saber nada... ¿Qué no entiendes?... Son sus padres... me odian... Él también... Así estaba todo bien... Ya había aprendido a vivir con esto, Robert, a pesar del dolor que siempre implicó. Debo irme... si ella se entera de que abrí la boca no sé de qué será capaz y no veo cómo pueda solucionarse esta vez. -Escuché cada una de esas palabras. Estaban en el baño. Salió llorosa, temblorosa y muy pálida. Me observó con pena, afligida, también vencida. Yo sentía que perdería el conocimiento también en cualquier instante. Mi mente no trabajaba como debía, mis pulmones menos y mi corazón no palpitaba. Eso, lo que acababa de descubrir...

¿Por qué yo?

¿Por qué a mí?

¿Por qué ellos?

¿Por qué a ella?

Sentí cómo el líquido salado emanaba de mis ojos sin poder contenerlo, humedeciendo enseguida mis mejillas.

Robert la llamó completamente descompuesto al ver que huía. Todos ya entraban a la casa y nos miraban nuevamente asombrados, impactados. Era evidente que nadie daba crédito a lo ahí ocurrido, a lo que se dijo, a la asquerosa verdad que acababa de ser revelada, que al fin quedaba clara ante todos. El dueño de la casa se dejó caer en el muro contiguo con las rodillas flexionadas y la cabeza entre ellas mientras aferraba su cabello.

-¿Siempre lo supiste? -habló Annie, ahí en el recibidor, mirando a su marido azorada. Este asintió sin verla con el rostro enrojecido y claramente turbado. Miles de imágenes se proyectaban ante mí sin poder detenerlas. Nuestra historia pasó a la velocidad de la luz por mi mente; su mirada aquellos días, su miedo, su angustia, su cuerpo temblando, sus lágrimas, su dolor, todo... todo apareció sin más en mi cabeza... y de pronto René, su historia, lo que le hicieron. Sentí como si un toro me hubiese embestido para luego cornearme. Me recargué en el muro contiguo sintiendo que mis piernas no respondían, que mi mente colapsaba

-¡Liam!

13. CABEZA FRÍA.

Entre Ray y Luck me llevaron al sofá que se encontraba a unos metros, pues no lograba que el aire llegara con facilidad a mis pulmones. Un sudor molesto recorría mis músculos tensos, mi piel, humedecía mi cabello. Todo encajaba y todo dolía.

Mis padres, mis padres hicieron eso. ¿Me odiaban? ¿Por qué? ¿Por qué? Era monstruoso, maquiavélico.

Emma me dio agua para que reaccionara ya que me encontraba inmerso en un extraño letargo del que no lograba emerger. Observé a Annie sentarse al lado de Robert con sus rasgados ojos, aún incrédulos. El portador de aquella verdad me observaba preocupado, arrepentido, culpable. El silencio duró unos segundos más en los que solo se podía escuchar las respiraciones o el roce de la ropa al cambiar de posición. El shock aún reinaba.

—Kyana se fue sola manejando, ¿alguien podría averiguar si llegó bien? — pregunté con voz baja sintiendo que apenas si podía hablar, muchos menos agarrar el móvil y marcar. Sin embargo, mi instinto de protección por ese adorable ser, regresó en cuanto comprendí todo. Deseaba ir tras ella, abrazarla y acunarla como solía, cubrirla con mi cuerpo y demostrarle que estaba ya a salvo. Me contuve. Primero debía saber todo. Segundo, ponerle remedio. Y tercero... la recuperaría, por Dios que lo haría... esa mujer era mía, solo mía y... no permitiría que fuese de otra forma.

Años agonizantes tuvieron que transcurrir para yo comprender de una maldita vez que mis padres eran mi pesadilla e infierno personal, y con tristeza entendí que eran lo más bajo que en este mundo habita y que yo... era su hijo. No fue fácil. Algo se rompió en mi interior, algo que ya llevaba demasiadas fracturas para colapsar en ese punto, sin dejar posibilidad a ser reparado nunca más.

¿Es posible imaginar lo que se siente saber que personas así, son quienes te dieron la vida? ¿Que los momentos de mayor tristeza en mi existencia los propiciaron ellos?

Esa confesión partió mi alma y también terminó con la ingenuidad, la credulidad y logró que emergiera en mí otro ser: alguien implacable, que defendería con garras, uñas, dientes, e incluso su vida, lo único que sí le ha proporcionado felicidad, la única persona que me enseñó a soñar, a sacar de mi interior lo que solía ser, lo mejor de mí. Y por Dios que nunca nadie más volvería siquiera a amenazar ni un poco su integridad, jamás.

—Se fue de Myrtle Beach —anunció Max lívido. Alcé la cabeza hasta él, claro que haría eso, Kya vivía con miedo, pánico en realidad, sus ojos mandaban esas señales todo el tiempo. Respiré profundamente sintiéndome con cada segundo más alerta, listo para lo que venía. Mi ser recobraba las fuerzas que huyeron hacia unos minutos y mi cabeza trabajaba como una turbina a toda velocidad. Me levanté y me acerqué a Robert intentando parecer sereno, aunque temblaba por dentro. El presentimiento de que mi vida dependía de mi proceder me atenazó. Era como estar concentrado en una partida de ajedrez, solo que en esta ocasión yo tenía que lograr el jaque mate, nadie más.

—Necesito que me lo digas todo... —le pedí tendiéndole la mano para que se levantase. Me observó afligido—. Hiciste lo correcto, lo que debías, antes y ahora, pero debo saber lo que pasó para terminar con esto de una maldita vez... —pestañeó asombrado. Se irguió y caminó a mi lado hasta la sala. Nos sentamos uno frente al otro con todos alrededor, en silencio. El ambiente estaba verdaderamente extraño y no era para menos.

—¿Me crees? —preguntó estudiándome.

—Sí, y creo que eso es lo peor... Fui un imbécil —me recriminé frotándome con desespero la cabellera. No podía sacarme de la cabeza su imagen, su palidez, su resistencia... su lejanía. ¡Y yo que la extrañé cada jodido día y la respuesta la tuve siempre ante mí, la solución... también! Moría por salir corriendo y no detenerme hasta desfallecer, o nadar hasta que mis músculos se acalambraran de tal forma que hundirme como una roca en la mitad del mar fuera la única opción. No obstante, ya no era un adolescente, era un hombre y lo enfrentaría como tal, más aún si se trataba de ella, de mi ángel, de ese dulce ser que me transformó.

—No tenías modo de saberlo... a lo mejor debí decírtelo antes... Pero temía por ella, sabía que estaba bien, que seguía adelante y tú... tú intentabas hacerlo también, creí que algo como esto jamás sucedería.

—¿Continuaron en contacto todo este tiempo? —Comprendí.

—Sí, siempre he sabido dónde y cómo está —asentí sintiendo un punzante dolor en la sien. Robert mantuvo ese secreto en el fondo de su ser años. Lo compadecí de pronto, no debió ser sencillo saber algo así y callar, callar por miedo, por temor, por... lealtad. Mierda.

—¿Por qué no hablaste? —intervino Max detrás de un sillón aún asombrado. Robert desvió la mirada hasta perderse en su enorme jardín.

—Miedo... mi familia también iba de por medio y... —giró nuevamente viéndome, tenso—. Liam, tú no los conoces bien, ni muchos aquí. Tus padres, ellos, sí son capaces de cosas así. Lo sé porque lo vi en mi propia familia, así que te suplico que pienses muy bien lo que harás, esto... puede significar mucho, demasiado en realidad... su vida, mi vida, incluso la tuya... —su terror lo podía palpar, degustar y eso que ya no éramos unos chicos que fácil se amedrentaban. No podía siquiera pensarla con nueve años menos enfrentando algo como esto, sola, asustada. Apreté los puños, una opresión molesta y palpitante se colocaba justo en el centro de mi pecho, ese era el recordatorio de mi ceguera, de mi estupidez.

—Necesito que me digas lo que ocurrió... Te juro... que nada pasará —por supuesto que no lo permitiría. En cuanto terminara esa conversación hablaría con René, le diría todo y sabía que me ayudaría, no jugaría con esto, él era el único con suficiente conocimiento sobre ellos como para brindarme lo que necesitaba. Durante años no quise saber lo que investigó, pero se acabó, esos monstruos eran mis padres, título que perdieron cuando se metieron con ella y les demostraría hasta dónde llevaría las cosas por Kya. No tenían una puta idea de lo que hicieron, sin embargo, pronto lo sabrían.

¿Por qué carajos no lo vi? ¿Por qué acepté en aquel entonces toda esa verdad aun dudando? ¿Eso quería decir que algo dentro de mí siempre lo sospechó?

Recargué mi cabeza en el respaldo sintiendo comprimidos los pulmones. No, no imaginé algo como eso, de todas maneras no me exime, yo fui en parte responsable.

—Una semana después del accidente extraño que tuvo... tu madre la visitó en su casa una tarde —cerré los puños y apreté con fuerza los dientes dispuesto a escuchar el pasaje más repugnante. Robert parecía recordar todo con absoluta claridad mientras su propia esposa lo observaba sin poder aún dar crédito. No le dijo a nadie, durante años calló. Oír aquellas palabras de su boca logró que cada una de mis neuronas colapsara. Kyana era una adolescente, por Dios, ¿cómo llegó a eso? Peor, ¿cómo ella pudo salir adelante después de tanta atrocidad, de semejante amenaza, acoso?—. La subió a su auto, la alejó de su casa y... le dijo cosas maquiavélicas, retorcidas. Liam, le soltó sin más que fue la responsable de ese maldito accidente, que... debía dejarte y que si no lo hacía... su madre sufriría las consecuencias, que la deportarían inventando algo, junto con ella, claro; además, que podría sufrir un accidente, que si no se cuidaba terminaría en tragedia. Le habló sobre su padre, sobre su familia allá, incluso sobre ti.

—¿De mí? —La sangre circulaba rápido por mi torrente. La furia hacía que las aletas de mi nariz se abrieran y cerraran cada segundo.

—Sí, le dijo que si se iba te permitiría estudiar lo que desearas y que... estarías bien, de otro modo te haría la vida miserable —me levanté llevándome las manos al cabello con desespero. ¿En serio, podía alguien ser tan cruel? Y peor fue comprender que esa persona era mi madre. Yo debía tener algo podrido en mi interior, imposible que no fuera así, provengo de sus entrañas.

Evoqué cada momento. El día que la vi aquella tarde tan cambiada y permaneció en silencio sobre mis piernas. ¡Claro! Estaba aterrorizada, muerta de miedo, su angustia era contagiosa, pero... ¡Maldita sea!, no lo vi, no lo sospeché, no imaginé algo tan torcido, tan... inhumano. Los días subsecuentes, sus palabras, su melancolía, sus ojeras. Aquella noche mágica que llevaba aún bien grabada en mi cabeza. Mierda, ella lloraba por dentro todo el tiempo, lo que me dijo, todo... y luego, cuando me dejó, su asombrosa fuerza de voluntad a pesar de que yo, sin poder adivinarlo, la torturé días y días...

Negaba azorado con una mano en la boca, horrorizado, en realidad. Sufrió, sufrió muchísimo y todo por mi culpa, por no poder prever los alcances de mis padres.

—Después de ese día... —mientras escuchaba sus palabras yo pensaba. Se refería a lo que sucedió en la puerta de su casa cuando la seguí después de moler a golpes a aquel hombre, que ahora sé, debía haber dejado peor—. Ella... ya no pudo más. Me asusté como nunca en mi vida. Devolvía el estómago sin parar e incluso se desvaneció en mis brazos. Kyana había llegado al límite mental y físico de la situación... No lo resistiría más, por eso se fue. Todo se estaba saliendo de las manos y tú no la dejabas en paz... Ella no hubiera soportado más tiempo aquí, sé que hubiese terminado en el hospital o haciendo una estupidez. Fueron los peores días, aún los recuerdo y siento todo aquello —les explicaba a todos, pero sobre todo a mí que lo miraba con un enorme dolor reflejado en cada una de mis duras facciones—. Me pidió que... estuviera al pendiente de ti y que... jamás te volviera a mencionar... Decidió que... dejarte rodeado de todos nosotros era lo mejor, pues primero fuimos tus amigos... —observó a los demás con seriedad—. Por eso nunca contactó con nadie, era consciente de que si lo hacía, Liam sabría y... le dolería aún más el hecho de no poder regresar aquí, a este sitio que, sí, amaba muchísimo. Pasé noches y días enteros sin saber qué hacer, sin poder manejarlo. Mantenerme en contacto con ella ayudaba, pero no menguaba esto que... siempre me persiguió.

La impotencia se convirtió en algo inherente a mí y... decidí que cuando se presentara la oportunidad confesaría esta mierda. Pero... el tiempo pasó, la relación con tus padres... todo estaba jodido y... de alguna forma conseguías hacer tu vida. Ella... ella igual. Creí que... era lo mejor no remover ya las cosas... A lo mejor fui cobarde, a lo mejor... debí actuar distinto, a lo mejor... —Emma y Annie se limpiaban las mejillas sin poder evitarlo, mientras yo iba acumulando un odio desmedido. No tenía tiempo de dejarme vencer, de hacer las cosas con calma, no tenía una puta idea de cuándo se casaría, y además debía ser certero y no errar. No tratándose de ella, de su tranquilidad, de su... libertad.

—Debiste decirlo —le recriminó Kellan a un lado mío, evidentemente consternado, mientras rodeaba a Emma con un brazo—. Lo viste pasar años así, sus malditas ideas, su maldita obsesión... Sufría, Robert, hiciste la casa sabiendo esto. Si tan solo lo hubiera estado enterado a lo mejor...

—No, hizo lo correcto —avalé serio. Mi mejor amigo frunció el ceño—. Si me lo hubiese dicho en aquel entonces habría hecho una estupidez, incluso años después. Más tarde... yo seguía mi vida, ella la suya, no existía una probabilidad alta de que esto ocurriese. No te recrimines, tú no eres responsable de nada, fui yo al meterla en toda esta mierda que es mi vida.

—¿Y hubieras muerto sin saber la verdad? —soltó Kellan abatido. Robert se levantó negando con semblante serio.

—No, yo ya no podía con esto, era... demasiado y a pesar de que no sabía que ella se casaría, no pensaba callar mucho más... Annie sabe las pesadillas que tengo, lo difícil que ha sido todo esto. Callarlo me carcomió por años, pero, maldita sea, son sus padres y juro que sí podrían haber cumplido sus amenazas... Sin embargo, te diré algo, Liam... —ubicó toda su atención en mí con su cuerpo, ahora delgado, muy tenso—. Ella te adoraba, respiraba por ti... Si aún sientes eso que por años te ha perseguido recupérala, sé que aún es tiempo, bastó verlos ahí afuera, lo sabes... Regrésale su vida y tráela de vuelta, haz que olvide todo ese horror.

—¡Se va a casar! —bramó Kellan mientras Emma cerraba los ojos acongojada y el resto nos veía aún sin dar crédito.

—¡Una mierda!, jamás le hablé de ti, pero ella nunca fue la misma, sé que aún hay algo, que... puedes lograrlo. La conocía y la conozco, no ha cambiado, si te acercas lo verás... Inténtalo, un anillo no es un pacto legal y no se ha unido a nadie, eso lo sé —lo observé respirando agitado. Me infundía valor, fuerza. Pero lo cierto es que no la necesitaba, por ella era capaz de cualquier cosa, siempre lo supe, Kya sería peligrosa en mi vida y no me equivoqué, rompió todos mis esquemas y me regresó esa persona que solía ser. Si no la recuperaba por lo menos haría lo que debía... aunque por supuesto lucharía.

Y quien fuera ese tipo que le colocó esa sortija en su dedo, lo sentía por él, porque en ese momento comenzaba mi verdadera batalla y haría todo para ganarla.

Más tarde todos se fueron. Permanecí ahí a petición de Robert. Annie nos dejó solos y conversamos hasta la madrugada sobre todo lo ocurrido. Me narró detalles, momentos difíciles, aunque no ahondó en la vida de Kya los últimos años. No obstante, supe que viajó, que le iba bien en lo que fuera que hacía y que siempre radicó en Monterrey cobijada por su padre. Amanecía, ahí, en su jardín trasero. No tomé más desde el momento en que la vi partir, no debía.

En cuanto el sol salió me dirigí a casa, me di una ducha, ingerí algo y fui a donde debía antes de regresar a Boston. Mi vida dependía de lo que hiciera, no podía fallar, pero sobre todo, no podía fallarle, no otra vez.

Toqué un par de veces. Era temprano, pero no tanto. Ralph abrió aún adormilado. En cuanto me vio despertó de golpe, descompuesto.

—Liam, ¿qué ocurre? —Traía ojeras.

—Necesito hablar con Irina —le anuncié serio.

—Escucha, casi no durmió y no la veo bien, ¿puede ser en otro momento?

—No, tiene que ser ahora, debo hablar con ella, Ralph, créeme que si no fuera importante no me atrevería a molestarla, menos ahora —el hombre se frotó el rostro con un poco de ansiedad.

—Es por ella, ¿cierto? —Comprendió cruzándose de brazos al tiempo que me evaluaba.

—Ralph, déjame hablar con Irina.

—Está bien, solo aguarda un momento —sacudió la cabeza pretendiendo subir, pero regresó de inmediato entornando los ojos. Yo ya me encontraba adentro—. Más te vale que esto ya tenga un punto final, Liam, no es sostenible esta situación, ya raya en la locura.

—Eso vine a hacer. Esto acabará.

—Entonces cuenta conmigo... Ahora vengo —lo observé alejarse estudiando mi alrededor de otra manera. Recordando todo nuevamente, sintiendo que existía una esperanza, una forma de volver a respirar como solía, a sentirme otra vez completo.

La madre de la mujer que amo, bajó algo pálida y sí, no lucía nada bien. En cuanto me vio, agachó la mirada sorbiendo las lágrimas y limpiándose el rostro con un pañuelo desechable. Sentí renovado coraje. Se dirigió a la sala notoriamente acongojada.

—Dice Ralph que es importante... —susurró con voz quebrada. Me hincué frente a ella tomando con cuidado una de sus manos.

—Irina, debes decirme ahora dónde puedo encontrarla... —negó turbada—. Te la traeré de vuelta te lo juro, y si no me informas tú, sabes que puedo investigar, solo que me tardaré más... Te lo suplico, dime dónde vive.

—Liam... ya basta, te lo ruego. Ya no puedo con esto, se fue muy mal y no está bien, ya no soporto más esta situación. Necesito comprender, Kyana parece un polvorón, la veo desintegrarse —maldición, tanto daño, tanto dolor, tanto tiempo.

—Lo harás, te lo juro, pero primero ella y yo debemos acabar con esto.

—¿Tú sabes de qué se trata, qué pasa en realidad, qué ocurrió hace tantos años? —Agaché la cabeza asintiendo—. Dime, por favor —me rogó un tanto histérica, temblaba y sus ojos se dilataron.

—Confía en mí, Irina, te devolveré a la Kya de antes, solo dime dónde está y te juro que sabrás todo... —miró a su marido sin saber qué hacer, pero este asintió con firmeza.

—Es hora de que enfrente lo que sea que ocurrió, Cariño —en cuanto obtuve lo que buscaba tomé el vuelo a Boston, mis palmas sudaban y mi corazón latía a ritmo frenético, sentía que tenía los minutos contados, que un día más que pasara Kya envuelta en esa pesadilla la alejaría aún más de mí, de lo que fuimos.

Entré a casa de René aún con la rabia viajando por todo mi ser. Una chica del servicio me dijo dónde encontrarlo. Entré a la biblioteca sin anunciarme como solía. En cuanto me vio, se quitó las gafas, dejó su libro de lado y se levantó sonriendo.

—Will, no sabía que vendrías —mi actitud inexpresiva lo detuvo antes de llegar a mí—. ¿Qué sucede? —quiso saber arqueando una ceja con intriga.

—René... necesito tu ayuda... —El hombre arrugó la frente interesado y me indicó un lugar para que me sentara. Se acercó a su bar, se sirvió una copa no sin antes ofrecerme, cosa que negué de inmediato echándome hacia atrás el cabello desaliñado. Sentía que la desesperación se encontraba a mi lado, la podía incluso tocar.

—Sabes que para eso estoy... ¿Qué pasa, William? —perdí la vista en los enormes libreros apretando la quijada.

—Mis padres... —mi tío carraspeó, suspirando un segundo después.

—¿Los viste?

—No... —me levanté y caminé con las palmas sudorosas. Solo podía pensar en su carita, en sus ojos, en las últimas palabras que le dije hace tantos años:

«¿Y después de verte con otro crees que yo puedo sentir algo por ti? Me das asco, repulsión».

«Hubiera deseado jamás conocerte».

«Gracias por enseñarme que la felicidad es una absoluta y total mentira».

Un asqueroso hijo de puta la había besado a la fuerza y yo culminaba todo con esas estupideces. ¿Por qué no me dio una bofetada?, ¿por qué no se desquitó conmigo sintiendo ese asombroso dolor? ¿Por qué siempre fue tan noble, tan leal? Quería apretar el cuello de alguien hasta dejarlo seco, vacío, desprovisto de vida. Simplemente no lograba acomodarlo en ningún sitio, no podía.

Ella pensó en mí y en Irina antes que en sí misma. Dejó todo atrás, con ese tormentoso dolor auestas, intentando vivir día a día como yo. Mi madre fue por demás cruel. Después de leer esa conversación entre ambas en su escrito lo único que deseo es tenerla enfrente y gritarle, exigirle que borre de su mente todo ese desasosiego que por años la obligó a vivir.

Después de unos minutos pude al fin contarle todo a ese hombre que considero mi padre. Se quedó ahí, observándome sin mostrar ninguna emoción, sin parecer asombrado, frío.

—¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar? —soltó de pronto, serio. Su voz estaba cargada de amargura, de viejo odio, de rencor.

—Hasta el final.

—Son tus padres... —me recordó de pronto con tono lúgubre.

—Ya no.

—¿Estás seguro de querer saber lo que en realidad son?... Esa chica hizo lo correcto —detecté advertencia en su voz. Alcé el rostro con decisión y sí, también con temor.

—Comienzo a darme una idea —se levantó y colocó su mano sobre mi hombro mirándome como solo alguien que te quiere lo hace.

—¿Crees que las cosas pueden cambiar entre tú y ella?

—No lo sé, pero... necesito devolverle su vida, la tranquilidad y... que sepa que nunca más sucederá algo similar...

—Bien, eso es lo que quería oír... Espero que tengas tiempo... porque te apoyaré, sacarás a ese joven de esta injusticia... Pero la única condición es que si la recuperas, debes traerla aquí para que conozca al fin, en persona, a ese ser tan valiente... —sonreí con tristeza. Rogaba que fuera así, lo cierto es que aún no tenía idea de con qué me toparía. Sin embargo, por sus palabras y por lo que ya sabía, era evidente que con nada agradable, con nada bueno.

14. MÍA

Lo papeles llegaron por la noche. Necesitaba tranquilizarme, tomar las cosas con calma. Domingo, ella ya estaría allá y seguramente con ese tipo que ostentaba hasta ese momento el título de su... «prometido». Eran cuatro compendios. Abrí los ojos sin poder ocultar mi asombro. Eran casi las ocho.

—Léelos, cada uno y sabrás todo. Comprenderás todo y tu visión de las cosas cambiará... Creo que mereces saberlo, más aún después de esto. Estaré en mi habitación.

—Gracias —solté al verlo meterse a la casa, pues me encontraba en la terraza perdido en mis pensamientos, en cada recuerdo, estrujando el corazón, imaginando su dolor, sintiendo pavor de que ya no hubiera remedio entre ambos. Kya es una de las personas más nobles y leales que conozco, si estaba con ese hombre, era por algo... eso me ponía aún peor, me mataba. Evocaba su boca temblorosa hacía unas horas, sus ojos miel enrojecidos, su semblante. Mi única esperanza radicaba en esas señales. Creía, de alguna forma, que si se encontraba así, tendría que ser porque todo esto aún le afectaba y rogaba que yo fuera parte del asunto.

—No me las des, jamás te hubiera permitido conocer todo esto de no saber que amas a esa chica, William, que... fueron capaces de repetir la historia. Las cosas a partir de ahora... no tendrán retorno —pestañeeé notando que había un dejo de tristeza en sus palabras. Asentí sin titubear, no más. Esto era mi responsabilidad, debía encarar lo ocurrido, con las consecuencias que conllevara.

Pasé toda la noche y parte del día siguiente sumergido en aquella locura. Más de una vez tuve que dejarlos pues las lágrimas de dolor, decepción y miedo, rodaban sin más. Pero, además, comprendiendo que si mi tío no hubiese aparecido en mi vida, yo no habría tenido la menor posibilidad de combatirlos, peor, probablemente me hubiese enterado de la verdad y no la hubiera podido poner a salvo... Mis padres eran seres sin escrúpulos, con tal de que las cosas salieran como deseaban, pasaban sobre cualquiera, importándoles poco quién fuera, eso queda claro, ¿no? Yo era parte del plan. Familia ejemplar, hijos políticos que se coludieran con ellos para mantener el apellido en ese estrado en el que se encontraba. Si mi ángel no hubiese llegado a mi vida justo a tiempo, sé que sí, en eso me habría convertido y... probablemente la insatisfacción hubiese sido mi compañía. Porque si bien Kya fue el agua que hizo crecer aquella semilla, esta ya estaba dentro de mí...

Por la noche me dirigí a su recámara después de ducharme. Mis ojos parecían tener miles de astillas que lastimaban las retinas, debido al esfuerzo de horas y horas sin parar de leer. Y como si eso fuera poco, se acumulaba mucha tensión justo sobre mis hombros, a la altura del cuello, varios nudos ocupaban el lugar de lo que alguna vez fueron músculos sanos, regalándome un dolor molesto cada vez que los movía bruscamente. En fin, esto ya estaba dejando también estragos en mi cuerpo, situación que logró encolerizarme aún más, pues si esto sentía yo ¿qué habría sentido ella? Preferí no pensarlo, no por ahora.

—Pasa, Will... —veía algo en su tableta, sentado en uno de los sillones que tenía en el recibidor. Me senté frente a él con las hojas en la mano. Me sentía devastado, como si tractores, trenes, todoterrenos y demás, hubiesen pasado sobre mí, no una, sino varias veces. No comí, no dormí, no pensé en nada salvo eso que consumía mi ser. Lo que ahora sabía hacía que mi mente girara de forma enfermiza—. ¿Y bien? —me preguntó quitándose las gafas evaluándome con cautela. Me llevé las manos al cabello. Lunes, el tiempo pasaba y yo solo sabía que debía correr.

—Es abominable, René —solté al fin con un nudo enorme en la garganta.

—Lo sé, pero lo que quiero saber es qué harás con lo que te acabo de dar... ¿Serás capaz de dañarlos con lo que ahora conoces? —agaché la cabeza con los ojos abiertos y mis manos en el cuello.

—Deseo que esto sirva para alejarlos de mí, de ella... para siempre.

—William, piensa bien cómo harás las cosas... Lo que hay allí es información muy valiosa y... peligrosa... —Lo observé serio.

—A ella fue a la que extorsionaron... Si... quiere actuar contra ellos, la apoyaré... —admití sin dudar ni un poco. Asintió, al parecer, satisfecho con mi respuesta.

—Me alegra que no desees venganza, Will, eso envenena, lo sé por experiencia, no te deja sonreír sin más y te va consumiendo... Creo que... eso es lo justo.

—¿Tú que pensabas hacer con todo esto? René, es atroz, son cosas que los hundirían en un pestañeo, ni siquiera puedo entender cómo es que no soy esa clase de persona —se levantó pensativo, caminó hasta los ventanales abiertos que daban a un enorme balcón con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Mucho tiempo, más del que imaginas, sentí que tú papá me robó todo, que me dejó vacío, sin nada... Tan solo, tan acabado... acumulé odio, rencor y en la tumba de mi esposa juré que... los haría pagar, que... no permitiría que siguieran haciendo daño —giró mirándome de forma extraña—. Pero, cuando apareciste, con el paso de los años, me di cuenta de que no fue así. Su propia mente enferma hizo que un chico como tú se convirtiera en lo que nunca tuve: un hijo. Comprendí que... no tenía sentido vivir de aquella manera, que... nada cambiaría lo que sucedió y que... ya no estaba solo, que mi vida tenía sentido, motivos... Así que... aunque pensé mucho tiempo en destruirlos, hace unos años detuve la investigación, ya no tenía sentido. Él, paradójicamente, me dio sin saberlo, algo que me quitó: amor, William —lo escuché sintiendo cosas tan extrañas. Mi tío era brusco, bromista y rara vez hablaba de sentimientos, al igual que yo, al igual que muchos. Pero ahí estaba, diciéndome algo que siempre quise escuchar, algo que deseé despertar en los seres que me dieron la vida, que me trajeron a este mundo para que hiciera justo lo que ellos deseaban, lo que necesitaban—. Tú me has hecho ver las cosas distintas y sé que ahora tengo mucho más que ellos incluso; porque tu lealtad e incondicionalidad está conmigo; porque sé que verte al fin completo, feliz, es algo en lo que emplearía sin dudar toda la fortuna que tengo; y porque eres un hombre que a pesar de todo... está aquí, firme, fuerte y decidido. Así que nada.

Yo no haré nada, eso es tuyo, si te devuelve las ganas de aferrarte a la vida con fuerza, entonces habrá valido la pena cada centavo invertido, si logra que recuperes lo que siempre anhelaste, yo... me sentiré mejor que nunca. Ahora... dime... ¿Me darás nietos pronto? —Sonreí elevando la cabeza, sin poder evitarlo me levanté y ambos nos abrazamos dejando salir todo aquello que siempre necesitamos, que de alguna manera se nos fue negado y que por cuestiones del destino se nos dio de esa extraña manera. Me tomó del cuello con los ojos llenos de orgullo acercándose a su rostro—. Sé feliz de una jodida vez. La vida es corta, es una... vívela, maldición, lucha, usa todo lo que tienes dentro de ese pecho, William —y colocó una mano justo ahí—, demuéstrelas a todos que los sentimientos cuando son desde el centro, cuando involucran al alma, son indestructibles, son sólidos y reales...

—Espero que no sea muy tarde —apretó los dientes con fuerza observándome con fiereza.

—Dentro de ti conoces la respuesta... sigue tu instinto. Tu inteligencia verdadera no está en lo que haces en la empresa, en el dinero que generas, sino en tus sentimientos. Eres hombre de ideas fijas, de elecciones certeras y si la elegiste hace tanto tiempo... ahora que te conozco como lo hago, sé que es por algo, estoy convencido de que tu corazón no erró, ella es la indicada —sonreí torciendo la boca poniendo una mano sobre su hombro.

—No sé qué resulte de todo esto, pero ten por seguro que desplegaré todo lo que tengo, todo lo que soy con tal de tenerla el resto de sus días a mi lado — se carcajeó orgulloso dándome un fuerte abrazo.

—Así se habla, después de todo eres un Russell, y de los buenos, ¡eh! —reí notando cómo se diluía la tensión del momento.

No tenía una idea de cuánto me llevaría lo que tenía planeado. Así que por la mañana siguiente arreglé todo en la empresa para poder ausentarme unos días sin problema y a media tarde partí a... Monterrey, sudoroso y con los nervios destrozados. Debía usar las palabras exactas, decir lo justo, no podía fallar, no esta vez. Pero me sentía tan nervioso, jamás experimenté algo similar, jamás me sentí tan inseguro, tan incierto.

Cuando el taxista se detuvo frente aquella torre de apartamentos modernos en una zona cara de la ciudad —adiviné por como se veía todo— sentí cómo mi piel cosquilleaba, mi esencia se alteraba y respirar se convertía en algo imposible, más aún con ese calor endemoniado que calentaba hasta los pulmones con cada respiro. ¿Era posible vivir así? Me pregunté al bajar, es sofocante, abrasador y mi interior, que bullía de la misma forma, intensificaba todo aún más.

—Espero su llamada, señor —asentí sonriendo sin mostrar mi tensión al chofer. Para mi buena suerte una chica más joven que yo iba saliendo con un poodle sujeto de una correa. Me observó pestañeando y sin decir nada me dejó pasar.

Avancé por las escaleras, el número apareció ante mí en el cuarto piso como si tuviera miles de luces alrededor. Tres puertas en el corredor y yo iba justo a la que estaba enfrente. Llené de aire mis pulmones con decisión. Ahí estaba todo lo que deseaba de la vida, todo lo que añoré nueve años, nada podría detenerme en ese momento. Toqué un par de veces. Escuché que abría quedamente y de repente... ella.

Me quedé estático, lucía pálida, demacrada, ojerosa y desaliñada.

—¿Kyana? —Sujetó la puerta fuertemente con sus cansados ojos bien abiertos. Mi respiración se agilizó de inmediato, la fiera necesidad de protegerla, de cuidarla, de... Mierda. Llevaba casi tres noches sin dormir, la anterior no pude pegar el ojo por mucho que lo intenté, me sentía agotado, pero paradójicamente con más fuerzas que en toda mi vida, la adrenalina corría por mi cuerpo desquiciándolo todo y eso era simple y sencillamente porque la podía ver, ahí, frente a mí.

—¿Qué... qué haces aquí? —El terror en su voz me dio el valor para hacer lo que debía, hice a un lado la puerta importándome un carajo la débil resistencia que intentaba poner y entré. Necesitábamos hablar, no permitiría que pasara por más miedos, por más angustias. Si deseaba no verme nunca más ya vería la forma de afrontarlo, pero la sacaría de esa repugnante pesadilla, se lo debía.

De pronto, todas mis ideas y determinación se fueron al drenaje.

Kya llevaba esa sudadera que le di cuando todo comenzó, cuando sin poder evitarlo, la besé en aquella playa después de observarla por horas, hacía más de nueve años. Lo recordaba como si hubiera ocurrido unos segundos atrás. Había estado triste, lo noté mientras la estudiaba con detenimiento a la distancia. Rogaba que se alejara, que pudiera acercarme de alguna manera y como si se lo hubiese ordenado, dejó ahí sus cosas y anduvo solitaria por la arena sin percatarse de nada. Unos segundos después la seguí, se veía perfecta con aquel bañador, con su cabello ondeando por la brisa que el mar desprendía. Sí, ya ella vivía en mi mente y rogaba, desde aquel momento lograr yo vivir en la suya.

Mi cuerpo, en cuanto la vi enfundada en ella, reaccionó y también ante mí se abrió la esperanza, la alegría. Era como si algo que me fue arrebatado hubiese regresado por ese simple gesto, ni siquiera pude pestañear... nada. Kya, al notar mi asombro, me miró con las mejillas sonrojadas. Parecía estar a punto de colapsar, de romperse, puedo jurar que no era la Kyana que conocía, sin embargo, despertaba lo mismo que extrañé años. Pasión mezclada con deseo, ansiedad y demencia: amor.

Cerré tras de mí sintiendo que mi cuerpo la reclamaba como suya. No le era indiferente, lo sentía, lo sabía por su forma de moverse, de verme. Su respiración aumentaba y jugaba con sus palmas, dio otro pequeño paso hacia atrás mordiéndose el labio sin quitar sus preciosos ojos de los míos. El deseo primitivo que despertaba en mí ese simple gesto, aunado con la sudadera y con la urgencia de sentirla pegada a mi cuerpo, nublaron todos mis pensamientos. Me acerqué con agilidad, tomé su cintura con firmeza reconociendo su suavidad y la pegué a mí de un solo movimiento.

—Esto es una locura, pero... cómo te deseo —susurré atolondrado por su aroma, por su aliento cercano, por su mirada entre asustada y anhelante. Sujeté su nuca con suavidad y al fin... como si de un sueño se tratase, volví a sentir ese toque celestial que solo ella puede crear con sus labios envueltos en delicada seda que me deja conmocionado y siempre con ganas de más. Volví a probarla, a sentir su calidez, a comprender por qué su sabor quedó tan hondo en mi alma; esa mujer estaba hecha para mí, tal y como yo estoy hecho para ella. Succioné su carnosa boca sintiéndome liberado, era como si esa fuese la llave de la jaula donde me habían encerrado. De pronto se separó asombrada.

—Liam... ¿Qué haces? —La observé confuso, no me alejaría, ni siquiera si el mundo estallaba en ese momento en una guerra apocalíptica, nada podría hacer que soltara esa boca que amo y que ansío, así que sin más, la volví a atacar. Invadí su interior como solía hasta que sentí que su pequeño y débil cuerpo cedía ante lo que hacía. Pensar se convirtió en una tarea estúpida y es que ya no recordaba que eso generaba mi ángel. Cuando la tengo así, tan cerca, olvido mi edad, mi nombre, todo menos ella y lo que despierta en mí. Y como si toda esa marea de sensaciones no fuera suficiente, se aferró a mi camisa de aquella forma única que añoré con desespero. Rodeó mi cuello pegándose más a ella invitándome a avanzar.

No pude más, la tenía que probar o estallaría.

Besé su cuello reconociendo ese adorable olor que solo ella emanaba: su esencia. Lamí su barbilla, su rostro, dejando salir gemidos y gruñidos ante la intensidad de lo que estaba viviendo, pues Kya respondía de igual forma mientras mantenía su espalda pegada a la pared respirando de forma irregular, poco a acompasada. Era evidente que sentía lo mismo, que algo ahí revivía en ambos.

No pude más, con una mano la elevé agarrándola de la cintura, de inmediato rodeó mi cuerpo sin reparos, sin dudas. No esperé, ni en mis más torcidas fantasías llegaba a algo similar con ella. La sentía abandonada, se estaba entregando y eso abrió en escasa lucidez una enorme rendija de ilusión, y me juré que no la dejaría ir, lucharía a muerte si era preciso. Sentía su trasero delicado bajo mi palma, su cintura cálida y su piel derretirse bajo mi roce.

Kya seguía siendo mía, lo supe en ese momento, el problema era que... tenía un anillo de compromiso y que... por algo estaba ahí. Me importó una mierda, avancé con ella a cuestas sintiendo cómo todo iba lentamente siendo lo que solía hacer nueve años. Era tan extraño que nada hubiese cambiado, no en lo primitivo, en lo instintivo.

Vi una puerta abierta, entré sin dudarlo pues con dificultad vislumbré una cama al andar. Justo el lugar donde deseaba tenerla. La dejé caer sobre la superficie con delicadeza, pero jadeando de deseo. El calor avanzaba por mi cuerpo como si de lava se tratase. Me deshice de la camisa de inmediato con violencia pues vi sus bellos ojos temerosos, ansiosos al percibir mi lejanía momentánea. Gemí por lo bajo y arremetí nuevamente. La toqué con posesividad, con urgencia, con pasión almacenada por años, con necesidad dormida que despertaba de golpe. Sentí sus piernas bajo mi tacto, sus labios carnosos exigiendo tomarlo todo. El desenfreno estaba ahí, al igual que el ardor, la vehemencia.

Mis manos reconocían cada rincón haciéndola gemir mientras nuestras lenguas se daban la bienvenida con elocuencia. Me importaba un carajo todo, la sentía como caramelo al sol bajo mi ser. Se derretía, se moldeaba a mi forma, se dejaba llevar rodeando mi cadera con sus piernas, mientras me acercaba aún más, arqueándose, en una invitación tan vieja como la humanidad, tan vital como respirar. Le quité la sudadera de inmediato, justo como ella se deshizo de lo que me quedaba de ropa, no la miré, ni siquiera la contemplé, era mía, como fuera, yo deseaba reafirmarlo de una jodida vez. Mordí sus labios, los torturé y cuando supe que era el momento la senté sobre mí de un solo movimiento adentrándome en ese cuerpo que está hecho para mi mayor placer, en aquel ser que me enseñó a amar, con quien intercambié mi alma más de una vez. Gritó al sentirme adentro de su estrecho interior. Gruñí de inmediato ante la deliciosa e inigualable sensación, aferrándola del cabello para besarla con frenesí pues su interior me recibía ardiente, envolviéndome sin piedad, sin miramientos. No hubo ternura, nada de caricias serenas, ni siquiera un poco de dulzura.

Ese encuentro se tornó en indispensable para nuestra sobrevivencia. Sus manos enredadas en mi cabeza mientras gemía sin parar y yo me hundía en su cálido interior con mayor rudeza, con las sensaciones mezcladas en un huracán de exigencia, de primitiva pasión. Era mía, mía nada más y había regresado para reclamarla como tal.

Sus labios temblaban ante lo que sucedía, parecía no dar crédito, al igual que yo, de lo que pasaba en aquella habitación. Se aferraba a mí arañando mi espalda, clavándome las uñas, gritando, jadeando mientras yo no lograba hilar una sola idea, salvo el hecho de que me montaba como soñé por años. Su piel seguía siendo igual de suave, su forma de entregarse igual de intensa y sus labios igual de dulces. Me enterré sin freno, sin medir mi fuerza, mientras ella parecía desear justo eso. Sudor, latidos, respiraciones enardecidas, gemidos, gruñidos y un último jadeo gutural por parte de ambos cuando sentimos que nuestra piel se desgarraría ante el placer que ahí nos proporcionábamos.

Mía, suyo.

15. FRÁGIL.

Terminé con la espalda sobre la cama y ella encima de mi pecho intentando recuperar el aliento. Mis ojos permanecían bien abiertos desbordados de incredulidad. Mi pulso aún continuaba desbocado, mis manos todavía cosquilleaban y la necesidad de tenerla más cerca nuevamente aumentaba.

¡Kya estaba ahí, yo estaba con ella!

Se entregó a mí sin cuestionar, sin hablar. Eso era inaudito, increíble.

La bruma del deseo desenfrenado iba mostrándome la realidad poco a poco como la neblina cuando se va desvaneciendo al calentarse el día. Sentía su pequeño cuerpo ahí, escondido en el mío, su rostro esquivándome, sus brazos flexionados con sus manos en un puño a los lados de sus hombros. Su aroma taladraba mis sentidos, barría, corría y se sumergía en el ansioso anhelo de que jamás se alejara, de que así terminara mi vida, la suya; pegados, unidos, juntos.

Mierda. No me arrepentía, ni en esta ni en ninguna puta vida, incluso si el castigo era infierno eterno, o caminar sobre clavos ardientes, me importaba un carajo, lo hubiera vuelto a hacer. Pero sabía que si mi ángel aún habitaba dentro de ese cuerpo tembloroso que pareció reconocermme, estaba ahora sufriendo. Y eso... eso no lo soportaba, no lo soporto.

De repente la humedad de sus mejillas me hizo ser consciente de que no erré. La conocía, esto que acababa de suceder, además de miedo, la estaba haciendo sentir desleal, mentirosa, miserable. Estaba más delgada que antes, pero ahora también la sentía tan frágil bajo mi tacto que no comprendía cómo era que me había atrevido a tanto. Cuando la vi juré que se rompería en mil pedazos, sin embargo, al darme cuenta de que llevaba puesto ese recuerdo sobre su piel, me hizo perder toda proporción.

Aún ahora recuerdo esa mirada, esos ojos miel asustados y el pavor que sentí al verla tan mal, tan demacrada.

Acerqué mi mano a su precioso rostro alzando su barbilla para verla. Al notar su frustración, su temor, cerré los párpados fuertemente dejando caer nuevamente mi cabeza sobre la almohada. Se arrepentía, lo sabía. Esa era ella.

—Kya... —susurré dolido y la pegué a mí comprendiendo su sentir. Lloró desbordadamente mientras yo sentía que de nuevo mi alma se quemaba, otra grieta surgía. De pronto se alejó y se sentó dándome la espalda.

—Esto... no debió ocurrir —¡Lo sabía! Mierda. Lloraba aún y yo solo podía observar su pequeño cuerpo tenso, su columna vertebral bien dibujada, cubierta por ese cabello que y que se sacudía por los espasmos que esto le generaba.

—No te engañes... no ahora... —le pedí. Una estaca me atravesaba sin remilgos con esas palabras. Era evidente que aún albergaba en su interior muchos sentimientos por mí, bastantes si permitió que las cosas llegaran hasta dónde llegaron, pero ese no era el problema, sino todo lo demás y eso... era demasiado. Me encaró pálida, con sus mejillas húmedas y yo lo único que pude sentir fue vacío nuevamente.

—¿A qué viniste? —preguntó intentando cubrir su bella piel expuesta con las sábanas. Ese gesto casi me hace sonreír, por un momento era fuego y al siguiente, la timidez la invadía.

—Por ti —solté con aplomo. Esa era la verdad. Alzó sus ojos miel un tanto descolocada hasta los míos. Parecía incrédula, asustada, ofuscada.

—Liam... debes irte... por favor, no entiendes que es lo mejor, estoy arriesgando demasiado, te lo suplico, vete, haz tu vida, olvídate de mí, de esto, no tiene caso —temblaba, estaba pálida y no encontré convicción en cada una de esas espantosas palabras. Me veía con deseo aún, lo sabía, lo sentía. ¡Y un carajo, jamás me iría! No a menos que me jurara con sangre que no me amaba, que no sentía nada, que... podía olvidarse de nuestra historia sin más, pues hasta ese momento su cuerpo demostraba todo lo contrario.

—Nunca, no, no lo haré, no esta vez, Kyana, ya te dejé sola en una ocasión, no lo haré de nuevo —no jugaba, y así se lo hice saber con mi tono. Me levanté, me calcé el bóxer notando cómo humedecía sus labios al verme. Tomé la sudadera y se la tendí mientras literalmente me la comía con los ojos y es que hasta ese momento la volvía a ver con claridad, y aunque más delgada, era simplemente perfecta. Sus delicadas manos entraron por las mangas y así, poco a poco, esa prenda fue cubriendo ciertas partes de su cuerpo que me matan. Se veía tan pequeña, tan atemorizada, tan vulnerable. La rabia estaba ahí, en el centro de mi ser, pero debía menguarla, esto se trataba de Kya, de su seguridad, de devolverle su vida, de... que se sintiera libre y, por supuesto, después de eso, de mí, de su camino juntándose con el mío.

Su duda, su miedo, era casi palpable, lo podía sentir rancio en mi boca.

—No fue tu culpa, así que no te sientas responsable. Solo vete... te lo ruego —me pidió nuevamente aferrada al colchón, apenas si la escuché pues hablaba como queriendo que no lo hiciera. Resoplé lleno de impotencia. Kya parecía querer correr y alejarse de mí lo más rápido posible y lo peor fue ver la razón en su mirada: miedo. Se veía tan... mal, tan abatida. Me acerqué serio, con la expresión tensa, deseaba que encontrara en mí la seguridad que necesitaba, que le fue hurtada.

—Sí... sí lo fue, yo... debí darme cuenta, debí protegerte de ellos, siempre supe que eran bajos y jamás me perdonaré el daño que te provocaron, haberte expuesto estúpidamente a ellos sin siquiera sospechar que estaba escondido detrás de todo aquello —le hice ver ya frente a ella. Sus ojos ámbar me miraban perdidos, era evidente que no se fiaba de su suerte. Sin embargo, por mucho que hubiera deseado comprenderla no lo habría logrado, reflejaba tantos sentimientos y emociones, que su interior parecía un huracán y eso me confundía aún más. ¿Qué estaría pensando en ese momento? Mi dinero y vida entera la hubiera dado con tal de adentrarme en su mente y averiguar los juicios que emitía, las decisiones que rondaban su alma, la batalla que se libraba.

—Liam, no empeores las cosas, de verdad. Después de... esto no sé cómo poder volver a reconstruir mi vida. Vete... por favor... no entiendes lo que puede ocurrir si saben que estás aquí —al escucharla decir lo último comprendí el impacto de todo esto en su persona, los estragos que generó arrastrar algo así nueve años. No pude más, lloraba desolada. Limpié sus mejillas y entonces me miró rogándome que la sacara de aquel fango en el que vivía y a la vez asombrada de lo que sentía. De pronto sus lágrimas se convirtieron otra vez en llanto. Sacudí la cabeza y la coloqué en mi regazo como solía sin pensarlo dos veces, acunándola para que se desahogara. Temblaba, se sentía tan indefensa, tan... endeble. Escondió de inmediato su cabeza en mi pecho desnudo.

Pese a lo que en su interior vivía, yo me sentía completo al tenerla así, tan pegada a mí, aunque fuese de esa manera agonizante. Ella rota y yo... paralizado de miedo de solo pensar que no pudiera recuperarla, que no pudiera llegar de nuevo a su corazón, a su alma, no después de tanto tiempo, no después de lo que le hicieron.

—No va a pasar nada, nunca más volverá a ocurrir nada siquiera similar, te lo juro. Kyana, necesito que regresemos y los enfrentemos, tengo información que los puede destruir si vuelven a acercarse a ti... —alzó su rostro perpleja, parecía no comprender nada, pero yo no bromeaba, lo leyó en mi mirada. Tenía unas finas líneas rojas por debajo de sus ojos y ojeras pronunciadas, no me gustó nada verla así, dolió incluso—. Sí... ¿Por qué crees que tardé tres días en venir? Cuando te fuiste, lo primero que pensé fue en seguirte, pero debía hacer las cosas bien esta vez, por eso llegué hoy.

Jamás voy a volver a arriesgarte, necesito que sepas que puedes retomar tu vida sin miedo y tomando tú tus decisiones —la deposité sin muchas ganas sobre la cama, no pesaba nada, siempre fue ligera, solo que ahora no parecía estar sana... eso proporcionaba mayor tensión a todo lo que ocurría, a esa maldita mierda a la que la arrastré sin saberlo hace tantos años.

Salí de la habitación enseguida, una vez afuera respiré varias veces llevándome las manos a la cabeza con los ojos bien abiertos. No lo podía creer, no podía creer que la hubiera tenido hacía unos segundos entre mis brazos, que nos hubiéramos hecho uno nuevamente así, de esa forma y mucho menos que mis pulmones de nuevo estaban saturados de su aroma, de su delicada esencia. Dejé eso de lado y tomé el sobre, no tenía tiempo. Por la tarde había hablado con Richard, mis padres ya estaban ahí y se irían al día siguiente, no podía postergarlo, los enfrentaría y acabaría de una maldita vez con esta asquerosa situación.

Entré sin fijarme en nada y se los tendí con gesto decidido. Continuaba ahí, sentada con la cabeza gacha y sus hombros caídos. Moría por hacerla mía nuevamente, por perderme en ella sin que me importara un carajo nada salvo la sensación de sentirme unido de aquella forma a su cuerpo, a su alma.

—Toma, es tuyo... Ahí hay muchas cosas que ambos han hecho, cosas que... no puedo siquiera repetir. Lo dejo en tus manos para que decidas lo que quieres hacer con esto —sus ojos miel, aún enrojecidos, se alzaron perplejos. Maldición, era tan dulce, tan... dejé de lado todo pensamiento. Primero, lo primero.

—Pero... —murmuró dudosa. Me hiqué frente a ella colocando un dedo sobre sus preciosos labios que temblaban aún.

—Nada... es hora de enfrentarlos, es hora de que te sientas libre... —acaricié su boca con delicadeza. Mierda, el deseo era doloroso, me sentía abatido, expectante, mientras ella observaba mi gesto con los papeles en la mano sin poder dar crédito. Un huracán estaba transitando su interior, eso era más que notorio, el problema eran las consecuencias que dejaría en cuanto todo se calmara.

—Liam... son tus padres... yo... no podría... —soltó dejándome atónito. ¿En serio? pensé que diría miles de cosas, pero eso... no, nunca. Era imposible que eso le importara, que después de todo pensara en mí, en lo que yo sentiría.

—Kyana, hace mucho que ellos dejaron de tener ese título en mi vida, pero con esto... créeme, no puedo perdonarlos, no puedo siquiera imaginar lo que sufriste por su causa y yo... Dios... ¿Qué no te das cuenta de que nunca pude olvidarte? A pesar de lo que sucedió la última vez que nos vimos jamás logré arrancarte. Te lo debo, Kyana, con esto —señalé el folder con decisión—, tu vida regresa a tus manos, tú decide lo que mejor te parezca, yo te apoyaré —la percibía tan perdida, tan confundida, era como si no pudiese creer que algo como lo que estaba viviendo, le estuviera ocurriendo y es que sí, nueve años atrás le arrebataron su vida y ahora... la tenía ahí, en sus manos, de vuelta...

Sabía que no sería fácil digerir algo semejante, lo que no pensé jamás era todo lo que veía en ella. Entre ambos todo seguía intacto, toda la atracción, esa química asombrosa, el deseo y estaba seguro de que el sentimiento también. Pero... Kya es Kya... sus formas nunca fueron impulsivas, jamás hacía algo sin medir lo que sucedería a su alrededor y el haber compartido su cuerpo conmigo hacía unos segundos, seguro ya la tenía inmersa en un nuevo infierno de engaños y mentiras—. Reservé un vuelo para medianoche —la levanté acercándola a mí, no podía verla así por más tiempo y besé su cabello como solía, notando como se dejaba, también lo necesitaba—. Deben saber que estás protegida para siempre. Y quiero que sepan que no te dejaré ir tan fácilmente esta vez. Un día te juré que encontraría siempre la forma de regresar a ti, tardé casi nueve años, pero te juro que cumpliré esa promesa —me miró conteniendo el aire, no comprendía lo que proyectaban esos asombrosos ojos miel, moría por averiguar lo que implicaba esa nueva manera de perderse en mí, no obstante, teníamos un vuelo que tomar, debíamos apresurarnos y confiaba en que de alguna manera el tiempo —. Tenemos el tiempo justo, cámbiate, te esperaré afuera... no tardes.

—No, Liam... no iré —al escucharla la observé desconcertado, sin poder descifrarla, situación que me tenía ya muy desesperado. Ella siempre fue un libro abierto para mí, pero «mi Kya», la de antes, estaba aún oculta tras ese maldito escombros en el que la sepultaron. Eso lo sé porque asombrosamente ahora es casi siempre esa chiquilla de dieciocho—. Entiende... —me pidió ansiosa. Una enorme batalla se liberaba en su cabeza, eso sí lo detecté y sentí celos, impotencia.

—¿Entender qué? —La confronté deseando que reaccionara.

—Yo... ya tengo una vida aquí, no puedo hacer esto, gracias por lo que hiciste, pero... —No, no podía estar diciendo eso. Cerré los ojos llenando de aire mis pulmones intentando comprenderla.

—Claro que puedes y debes hacerlo, podría ir yo solo y decirles que lo sé todo... sin embargo, el daño nos lo hicieron a los dos, Kyana. Arruinaron mi vida y ahora sé que tú tampoco me olvidaste. ¿Vas a permitirles que lo sigan haciendo? No te lo mereces, Irina no se lo merece, esto debe de terminar, independientemente de lo que quieras hacer después —era verdad, por mucho terror que sintiera de eso último. Se alejó de mí dándome la espalda. Apreté los puños intentando controlarme y es que sus piernas poco cubiertas con ese atuendo se veían simplemente perfectas, su melena enmarañada gracias a lo que sucedió en esa cama, que ahora veía era matrimonial, la hacía más apetecible.

Mi cuerpo rugía por ella, mi esencia la reclamaba y no sabía cómo le llegaría a explicar a mi alma si es que no lograba obtenerla nuevamente. Pero pese a todo eso era evidente su dolor, su desesperación, su miedo...

—No te das cuenta de que ya lo hicieron... ya es tarde. ¿No lo ves? Todos esos años no regresarán nunca, ya nada es como debía ser —parecía resignada, derrotada y eso... eso jamás se lo permitiría, ella es fuerte, inteligente. Acorté la distancia y la hice girar.

—No es tarde, es tu momento de enfrentarlo todo, no huyas, por favor, te lo debes a ti, a tu madre, Kyana, no te hagas esto —su mirada hirvió con rabia y se alejó molesta. De repente vi ahí, en lo profundo, a la chica que extrañé, a la que evoqué una y otra vez, esa que me hizo despertar de pronto, la que logró emergiera lo que con esfuerzos iban enterrando.

—¡No huyo, jamás hui! —bramó apretando los dientes y los puños. De inmediato acudieron a mí las palabras hirientes de hacía unos días. Me sentí un bicho miserable, bajé la mirada arrepentido. La lastimé, eso me hunde, me daña.

—Lo sé, lo siento, Kya... yo... no tenía idea... estaba muy dolido, estos años han sido... eternos —de pronto su enojo se esfumó, mientras mi culpa aumentaba. ¿Cómo era que todo seguía intacto entre nosotros? Lo cierto es que no tenía sentido, era asombroso y tan extraño.

—Liam... es solo que... ¿En qué cambiará el hecho de que vaya contigo y los enfrente?... —me preguntó con suavidad. Quise besar su boca nuevamente, parecía tan apesadumbrada.

—En que podrás decidir lo que quieres hacer sin miedo, Kyana, ¿te parece poco? —negó con la mirada gacha sopesando lo que debía hacer. Mis manos cosquilleaban desesperadas y de pronto la necesidad de que supiera lo que en mí habitaba me atrapó—. Además... esta vez voy a luchar por ti, sé que no todo está perdido y juro que desplegaré todas mis armas, esos labios serán míos nada más, como debió ser todos estos años —solté de pronto sin poder reconocerme, aunque mentiras no eran. Sus ojos se abrieron con una mezcla

de incredulidad y... ¿alegría? Kyana estaba absolutamente confundida, desorientada.

—Me... voy a casar —escuchar esas palabras, ¿qué puedo decir? Si hubiese tenido nueve años menos, rompo todo a mi alrededor y la secuestro sin más hasta que olvidara esa maldita palabra que no me involucraba y que abría yagas que no sanarían con facilidad. Sin embargo, apelé al hombre que ahora, se supone soy, y exhalé fuertemente. Debía controlarme, pensar fríamente. Dios, necesitaba hielo con urgencia, un glacial si fuera posible.

—Tú lo has dicho muy bien, aún no lo estás... así que borra de tu cabeza que me rendiré y menos después de lo que acaba de ocurrir aquí. Sé que si no sintieras lo mismo que yo no te hubieras entregado de esa forma, fue como si el tiempo jamás hubiera pasado y lo sabes —se quedó muda. Así que aproveché para dejarla sola y poner distancia. Con alejarme un poco esperé que bastara. Gracias al cielo su casa contaba con aire acordonado porque entre mi humor de perros al oír esa abominable aseveración y el clima ardiente, sé que no habría logrado comportarme a la altura.

Al salir observé todo agitado. Dios, agua, tenía la boca seca. Esto era una locura, algo desquiciante. Mi cabeza, por mucho que lo deseara no lograba acomodarla. Pero me juré, ahí contemplando aquel lugar tan acogedor, tan lleno de ella, que la tendría en mi vida, que cumpliría lo que había dicho hacía unos minutos.

Mi mitad, esa que pensé extinta, que simplemente dolía cada día, se encontraba a unos metros de mí y acababa de ser nuevamente mía, después de años rogando que ocurriera algo siquiera similar; un simple roce de sus labios, una caricia de sus yemas, una mirada tras esas pestañas... Pero jamás, en ninguna de mis fantasías la veía y lograba tenerla nuevamente de esa forma. Sonreí comprendiendo lo que implicaba, mi esperanza era latente, demasiado real. Y aunque sabía que la lucha con su «deber ser» sería ruda y descomunal, no me detendría. Ella fue hecha para mí, lo sé porque yo así me siento, nada encaja si no la tengo cerca, si no siento su aliento, sin su ser compenetrado en el mío.

Saqué una muda de ropa limpia después de tomar un poco de agua que encontré dispuesta en la barra de su cocina, pues la que ya traía lucía por demás desaliñada, por no decir que en pésimas condiciones después de aquel arrebató. Al ponérmela me percaté del sofá justo frente a una gran ventana. Era extraño, no había nada frente a él, era como si esa fuera su exacta ubicación. Ahora sé que pasó días y noches enteras allí, que el insomnio fue algo común, que aún hoy en día, si algo la tensa, el sueño simplemente desaparece; aunque yo sé bien como agotarla y lograr que esos preciosos pozos y mente inquieta descansen como debe ser.

Estudiando el lugar sin poder evitarlo —que debo admitir que me agradó debido a la calidez que proyectaba cada detalle impreso en los espacios, reflejando esa personalidad que hace años conocí— mi vista detectó una fotografía colocada discretamente en una de las mesas laterales de la que sí era la sala. Mi primera reacción fue apretar los puños y los dientes. La segunda hizo que mis pies avanzaran sin pensarlo. Me acerqué con el pulso a mil. Ella... con alguien, un hombre que parecía unos años mayor, algo serio, la tenía rodeada por la cintura con familiaridad escalofriante, recargando su barbilla en su hombro. No quise ni agarrarla. Parecían felices, sonreían mientras el viento despeinaba el cabello de Kya. Una rabia ensordecedora me invadió al comprender que vivió nueve años sin mí, que... no tenía ni la menor idea de qué fue de ella, de su vida todo ese tiempo y que estaba dando por sentado demasiado. Sin embargo, si hacía caso a mi instinto, ese que usé cuando decidí enfrentarlo todo con tal de tenerla a mi lado cuando adolescente, entendía que esa mujer por la que daría la vida aún guardaba grandes sentimientos por mí... si no era así ¿por qué la sudadera?, ¿por qué permitir que llegáramos hasta donde lo hicimos sin más? ¿Por qué... su miedo en la playa?... Jamás le dije nada, ni siquiera hice mención de ello, pero el tiempo a solas en aquel sitio me aplastó, por lo menos ese día ya que después fue distinto.

Un tanto exhausto y otro tanto atormentado, tomé el móvil y le marqué a mi hermano, él ya estaba en Myrtle Beach, la farsa de mis padres acabaría de una jodida vez. De pronto la puerta de su habitación se abrió. El olor que despidió al hacerlo casi me noquea y me hace tropezar. Corté la llamada embelesado, lucía un tanto mejor. Llevaba puestos unos pants holgados color púrpura y su cabello sujeto en una coleta. Parecía aquella adolescente que logró perdiera la cabeza de esa forma; tan ingenua, tan dulce, tan ignorante de lo que enamorarse de mí podría acarrearle. En aquellas épocas, ella emanaba lo que solo personas que han tenido una vida tranquila, feliz, serena y segura, llena de amor pueden, y yo... yo vine a romper todo eso.

Me acerqué de inmediato, notando que me observaba también deleitada. Mi pulso galopaba, eso era bueno, seguía mirándome como solía, con admiración, con... deleite.

—¿Lista? —asintió un tanto desconfiada. Le di otro beso en ese cabello que adoraba, tomé su equipaje, el mío y abrí la puerta principal. Si todo salía como planeaba, esa mujer regresaría a ese sitio siendo de nuevo mi compañera, mi pareja, mi alma.

16. HORAS.

El vuelo transcurrió en medio de un incómodo silencio, la observaba cada dos segundos esperando a que se rompiera en cualquier instante. Lucía demasiado ansiosa, preocupada y sé que no era para menos, su mundo daba un viraje total nuevamente en poco tiempo, no era sencillo asumirlo, aceptarlo. No obstante, pese a todo eso, Kya me permitía acercarme, eso para mí era un regalo que decidí recibir sin cuestionarlo.

Después de aquel enfrentamiento con mis padres, que deseo olvidar cada día pues no quiero amargura cuando lo que la vida me ha dado, a pesar de esos nueve años, ha sido felicidad. Duermo, como, respiro, sonrío, planeo, fantaseo y siento a su lado. Y aunque tardó mucho tiempo tenerla así, junto a mí, ahora siento que no debo pedir más al destino. Ella es lo único que deseo, mi sueño, mi pasado, mi presente y mi futuro, sería ambicioso si pretendiera más. Tengo la familia que anhelé, todo va más que bien... tanto que incluso a veces me pregunto si es real tener tanto, si merezco todo esto. Y es ahí cuando ella lo nota y me sonrío de esa forma dulce que solo mi ángel sabe; pasa una yema de sus dedos por mi mejilla y besa la comisura de mis labios para soltarme un «te amo» en forma de susurro dejando su estela de aliento por mi piel. Juro que en esos momentos me siento un súper héroe, alguien poderoso, fuera de este mundo... Sí, todos mis miedos se disipan y solo puedo ver que luchamos tanto por estar aquí, que a pesar de lo que sucedió, de lo que mi gente le hizo, vivimos una vida tal como la ideamos, como imaginamos tantas veces tumbados en nuestra playa entre besos y caricias. Ni todo el odio, prejuicios e intolerancia que nos rodearon, lograron terminar con lo que somos, con lo que sentimos, con lo que amamos.

Las cosas fueron tirantes después de aquel evento. Pero lo que en realidad me tenía alterado era verla en ese estado, no el propio resquebrajamiento de lo que solía ser, cuando pequeño, mi familia. Kyana parecía tener un problema con la ingesta de alimentos y, por si fuera poco, cuando salió de la camioneta después de aquel precario desayuno en el que no paraba de mirarme afligida y en el que luchó por engullir una miserable cantidad de frutas, creí que perdería el conocimiento. Nada, absolutamente nada, fue más importante que su salud. Si no veía que mejoraba con celeridad contemplaba llevarla al médico. No pude contenerme, la cargué sin preguntarle. Juré, por como la había estado sintiendo respecto a mí —cedía y retrocedía todo el tiempo— que me pediría que la bajara, pero no fue así... se acurrucó después de preguntarme «¿Qué haces?» en mi hombro y rodeó mi cuello, nada fue comparable con eso. Yo ya había desnudado mi alma nuevamente en aquella casa que guardaba solo recuerdos amargos de mi vida y rogaba por que ella lo hiciera, para que su interior lograra ser más fuerte que su «deber ser» de su vida construida lejos de mí.

La recosté en la cama, sus ojos no me observaban, agotados y a la vez alerta. De pronto su móvil sonó y sin más sentí que partiría algo con el menor de los esfuerzos. Santiago. Ese era su nombre. Escucharla llamarlo así, con esa paciencia, con esa manera tierna casi logra que me desmorone en esa habitación que estaba frente a la mía. El miedo de no lograr llegar de nuevo a ella, la ignorancia sobre su vida esos nueve años, la causa de esa ausencia... todo me golpeó con tan solo escuchar de sus labios aquel nombre. En ese momento comprendí que Kya siguió sin mí, que incluso estaba comprometida y que yo... estaba interfiriendo. Lo peor era darme cuenta de que no me rendiría, no la dejaría, no a pesar de verla hablar de esa forma con el que en ese momento era su prometido. Una vez le juré que sabría regresar a ella, nueve putos años me tardé. Ni uno más, ni siquiera más horas... Haría todo, absolutamente todo, no la presionaría, iría a su paso, pero esa mujer no iba a salir de mi casa sin su mano entrelazada con la mía... Jamás.

—¿Así se llama? —pregunté sabiendo de antemano la respuesta. Miraba a través de la ventana, el mar rugía allí, abajo, tanto o menos que mi corazón. Respirar era complicado porque en ese momento no eran celos lo que en realidad sentía, sino terror, terror a no hacer bien las cosas, mi futuro dependía de mi accionar, no podía errar.

—Sí —respondió secamente. La miré sin mostrar el maremoto interno que me atacaba. Sus ojeras eran ahora más pronunciadas y ya estaba blanca como una hoja de papel, incluso sus labios habían perdido su color. Mandé al carajo mis sentimientos, mi dolor. Primero era ella, siempre fue así, siempre sería así.

—Debes dormir... te dejaré sola —le informé saliendo de inmediato. Su olor a frutas, a dulce me estaba hundiendo más aún.

En cuanto estuve afuera cerré los ojos con la manija en la mano. ¿Qué mierdas haría para lograr que se quedara a mi lado? ¿Cómo luchar contra algo desconocido? No tenía una jodida idea de hasta qué nivel llegaba su relación con ese hombre, pero si se casarían, era evidente que no sería cualquier cosa.

Resoplé frustrado. Haría lo que fuera, no me importaba qué, decidí dirigiéndome a mi habitación, necesitaba una ducha bien fría, mejor aún, nadar hasta hartarme y así lo hice.

Dos horas después llegó Richard, sabía que Robert y Kellan no tardarían en aparecer, hacía unos minutos el primero me había marcado aún nervioso, estuve en comunicación con él esos días, pero no sabía lo que haría... y se lo debía, tenía que enterarlo.

—¿Qué hay, Will? —me saludó mi hermano tan formal como siempre. Él es así, se dedica a la política al igual que mis padres y jamás pierde la envergadura.

—Nada, pasa —lo invité a entrar echándome el cabello húmedo para atrás.

—Siempre me ha gustado esta casa... no sé, es tan... abierta... no podrías vivir en otro tipo de lugar —me miró intrigado cuando le ofrecí una cerveza. La tomó torciendo la boca en una sonrisa muy típica de él. Nos dirigimos a la terraza para sentarnos en la mesa que ahí tenía. Bebió un gran trago observándome nuevamente—. ¿Dónde está? —indagó serio.

—Arriba, dormida... —expresé bebiendo zumo de naranja, no quería tomar ni una jodida gota de alcohol, la cabeza fría era lo que necesitaba. Asintió recargándose pensativo mientras me evaluaba.

—No quiero preguntarte de dónde sacaste esa información, Will, pero deseo saber qué piensas hacer... —me encogí de hombros pasándome las manos por el rostro. El clima ahí era tan agradable, el viento soplaba cálido, pero ligero, aun así, mi interior se encontraba sofocado, encerrado, preocupado.

—Depende de ella... —contesté perdiendo la vista en el mar.

—¿Crees que... —lo miré entornando los ojos. No había juicio en ellos, solo duda.

—No, no lo usará, no si sigue siendo quien creo que es... aunque debes saber que yo en su lugar no lo dudaría...

—Dime qué fue exactamente lo que sucedió con ella. Desde que me llamaste, los papeles... Mis padres están como locos, tanto que en cuanto te fuiste salí también, no deseo verlos... Esto es confuso, una locura —me crucé de brazos sintiendo rabia al escucharlo nombrarlos.

—Mierda, Rick, pura mierda y lo sabes... —le narré todo grosso modo mientras mi hermano me escuchaba con atención.

—Esa fue mamá, William, lo sé —señaló dándole otro trago meneando la cabeza reprobatoriamente.

—Supongo, pero me importa un carajo, no los quiero cerca, ni ahora ni jamás. Si la recupero, y te juro que haré hasta lo imposible porque eso suceda, comprenderás que lo último que deseo es que se acerquen. Fueron nueve putos años, ¡ella era una adolescente! ¿Cómo carajos llegó a tanto? Manipuló todo, todo. No quiero volver a verla, Richard, jamás... esto nunca se lo perdonaré... —posó su atención en el líquido ámbar asintiendo.

—Pasó mucho tiempo... Esa chica debe tener ya su vida hecha —soltó con calma. Apreté la quijada encarándolo molesto—. No me veas así, es bonita, mucho, la recordaba de tus fotos, pero no con claridad, dudo que esté sola. ¿En serio crees que aún puedas lograr algo con ella? —Era sincero y lucía preocupado.

—Sí, sé que sí —enarcó ambas cejas asombrado por mi firmeza.

—Por lo menos lo que vi hace unas demuestra que no es pura soberbia tu respuesta, te ve de una manera que... Pf... supongo que solo es cuestión de tiempo y yo estoy contigo en lo que sea... —de pronto se enderezó y me miró incisivamente, como pocas veces lo hizo, supe que algo importante me diría—. Hermano, escucha, tú lograste salir de toda esta mierda. Sé feliz, recupérala y finca una vida sin rencor. Construye un futuro limpio, no dejes que esto te persiga. Supiste hacerte a un lado, lograste mandarlos al demonio a ellos y sus expectativas y puede, incluso, que logres recuperar lo que te arrebataron. No lo empañes, no lo pudras con toda esta mezquindad en la que nos hicieron crecer, para mí ya es algo tarde... la política es así, hay que ensuciarse las manos a veces... es complicado no hacerlo... pero tú no, tú siempre fuiste distinto, más fuerte, más inteligente, mejor persona... No jodas esta nueva oportunidad, no jodas lo que sí tienes... —lo observé serio, comprendiendo palabra por palabra lo que me decía y aunque no me gustaba escucharlo hablar de esa manera, sabía que eso era muy probable, que lo que me decía sobre él tenía sentido. Dios, mi cabeza martilleaba y pese a que creí que ya nada me trastornaría sus palabras lo lograron.

—¿Tú sabías? —inquirí imperturbable haciendo acopio de autocontrol, que ya para esos momentos estaba, al parecer, bien curtido. ¿En serio estaba rodeado de tanta porquería? ¿De verdad crecí de esa manera?

—No tenía puta idea sobre lo de Kyana, ni de la mayoría de las cosas que contenía ese expediente, pero sí sé de varias que ahí no están... William, aprendí con el tiempo de lo que son capaces y aunque no puedo creer que todo esto sea así, ya me resigné, lo es... Sé el poder que tienen y créeme cuando te digo que así es este mundo en el que nos desenvolvemos. Lo que no logro aceptar es que lo usaran con la familia, eso... es imperdonable.

—¿Cómo? —reí con sarcasmo—. Y con los demás ¿sí? —Mierda, lo que me rodeaba no era más que eso; mierda. Me levanté pasándome las manos por el cabello exasperado, asqueado.

—No, yo trabajo en la política porque de verdad creo que se pueden cambiar las cosas, que se puede ayudar a la gente, me conoces, pero...

—¡¿Pero qué?! ¿Debes tener las manos sucias para ayudarlos? No me vengas con estupideces, Richard, no tú... —tomó de su cerveza afligido respirando con fuerza.

—Somos hermanos, estoy de tu lado, jamás será de otra manera y lo sabes...

—¿A pesar de tus putos intereses? —Alzó la vista clavándola en mí con rudeza.

—Quiero recuperarla, deseo tenerla en mi vida... pero ¿qué carajos le ofreceré? Mis raíces están podridas, Richard, si ella no aparece hace diez años yo lo estaría también —se acercó sacudiendo la cabeza y posó una mano en mi hombro apretándolo para que lo mirara a los ojos. Vi determinación, orgullo y admiración.

—Pero apareció, y ella... ella sacó eso de ti, te despertó, Will, te hizo ser lo que solíamos, lo que debíamos, lo que con esmero intentaron romper en nosotros. No cedas, no te rindas y si para eso debes olvidarte de nosotros, hazlo. Mereces esto, tú no te has corrompido, no eres parte de esta porquería y eso es lo que le puedes ofrecer. Si es tan inteligente como se ve, sabrá aceptarlo, incluso valorarlo —me sentía al límite. Me llevé los dedos al puente

—Esto apesta, Richard —me zafé y enseguida me recargué en el barandal. Resopló al tiempo que se ubicaba a mi lado.

—Siempre fuiste inquieto, travieso, recuerdo cómo te escabullías a casa de Max, de Kellan. Siempre, desde que tengo uso de razón buscaste algo afuera, en otros sitios, deseabas lo que ahí jamás encontramos. No sé si lo recuerdas, pero... desde pequeño ibas en contra de lo que decían, de lo que nos exigían... Si debíamos estar limpios, tú llegabas de pronto, después de que Fanny te dejara inmaculado, hecho una porquería —sonreí negando—, si debíamos comportarnos en un evento, siempre lograbas encontrar la manera de divertirte a pesar de ello. No te dejabas, luchabas, siempre lo hiciste. Te veía y recuerdo que me preguntaba por qué yo no podía ser un poco más parecido a ti, por qué simplemente no me levantaba de la mesa y me iba sin decir más como lo hacías... importándote un carajo sus gritos. Por qué no tuve amigos como los tuyos... por qué no me atrevía a revelarme, a desafiarlos... Pero luego venían las reprimendas, los castigos, las palabras y... decidía que era mejor así. ¿Sabes algo?, cuando veía cómo te regañaba nuestro padre, me asombraba tu forma de sostenerle la mirada, de no mostrar ni un ápice de dolor... No eres distinto ahora y eso fue lo que te salvó, porque sí, con el paso de los años creo que estuvieron a punto de doblarte, de lograr hacer de ti lo que yo soy ahora... —se ubicó frente a mí tomándome fuertemente del cuello para que lo viera a los ojos, su semblante era el más serio que nunca le hubiese visto—. William, encontraste otro camino, otra manera, una luz en esa oscuridad en la que desearon enterrarnos, viste más allá y eso te hace ser lo que eres. No lo desperdicies, hermano, la vida da oportunidades a quien las merece, a quien las toma. Aférrate a esto, demuéstrole a ellos, a todos, quien eres, que puedes romper con esto, que... puedes tener lo que nosotros jamás...

Todo este tiempo te vi vivir a medias y sin embargo, con las agallas suficientes como para alejarte de este puto infierno... Avanza, avanza y no mires atrás... porque aunque el futuro está sobre el pasado, vivir de él no da, quita, y el futuro lo decides tú... no lo dudes... —sonreí agachando la cabeza asintiendo al tiempo que me daba un abrazo. La voz de Richard se quebraba al hablar, y es que nadie sabía lo que fue crecer en ese ambiente nocivo; y sé que de no haber tenido a Fanny, a mis amigos, a los padres de ellos, mi mundo ahora sería otro y ni siquiera Kya hubiese podido llegar a mí. Pero justo cuando estuve a punto de rendirme y de dejar de luchar, apareció en mi camino y... de nuevo me sentí fuerte, deseoso de ser más, de... defender lo que deseaba: mi vida.

Mi hermano se fue unos minutos después de que Robert y Kellan llegaran. Cambiamos el tema drásticamente. No estábamos acostumbrados a las muestras de afecto, de ningún tipo. Primero: hombres, ya saben, eso no va. Segundo: nunca nos enseñaron que entre ambos existía un lazo de hermandad; y aunque nos apoyamos y siempre nos llevamos bien, nunca hubo complicidad ni solidaridad. Así que ese momento fue algo que nunca esperé, pero que... creo ayudó a sentirme menos miserable, a comprender el porqué de tantas cosas... Richard es mi hermano, siempre lo será y sé que después de ese día ha intentado cambiar el rumbo de su vida, nuestra relación se modificó y... hablamos sobre cosas que no solíamos, confiamos uno en el otro.

—¿Dónde está? —preguntó Robert recargado en la barra de granito mientras Kellan miraba a su alrededor nervioso. Parecía abatido, arrepentido. Me rasqué el cuello suspirando. Me sentía agotado, pero no deseaba dormir, si ella despertaba se encontraría sola y eso era lo último que quería. Ya era casi mediodía, llevaba poco más de tres horas sumida en la inconsciencia y sospechaba que duraría más—. ¿Se quedó con Irina? —negué serio.

—Está arriba... —ambos abrieron los ojos desconcertados.

—¿En serio?, ¿hablaron?... —Negué al tiempo que les ofrecía con un ademán algo de tomar, ambos negaron—. ¿Por qué no baja? —Caminé nuevamente para afuera, pero por el lado de la alberca, me siguieron.

—Está dormida y no, no hemos hablado... —admití acercándome al barandal cromado para perderme en la playa.

—Esto es una jodida mierda... Emma le contó todo a mi madre y está furiosa, indignada, todos lo estamos, Liam. Me siento un miserable por juzgarla tan mal, a lo mejor debí ver más allá, debí alentarte a que la buscaras, no desanimarte —habló Kellan a mi lado mirando el mismo punto que yo—. Jamás imaginé algo como esto y lo pensamos, ¿te acuerdas? —asentí afligido. Claro que recordaba ese maldito día, si tan solo hubiese indagado más.

—¡Ey!... Ya dejen eso. Ella está aquí, Liam, tú sabes todo... —giré hacia Robert, tenso.

—Sí, pero no sé cuánto tiempo, y la verdad es que quisiera que eso fuera suficiente... que se borrara lo que causó mi familia. Yo la arrastré a este puto infierno.

—Deja de recriminarte, tú solo la querías, ella a ti, jamás imaginamos, ni siquiera nosotros, algo semejante. Pero mejor dime, ¿cómo vas a hacer para protegerla?, ¿cómo lograste que te siguiera? —Quiso saber el rubio. Les narré todo sin ahondar, pero sí explicándoles, sobre todo a él, cómo procedí y lo que había sucedido los últimos días.

—¿Tus padres, tu tío? —Le dio un golpe al barandal—. Si tan solo hubiese sabido eso... Carajo, Liam, te lo hubiera dicho hace mucho tiempo —estaba molesto, frustrado, enojado.

—No lo sabías, así es esto, Robert. Tú callaste, ella lo hizo, yo también y al final no sabíamos que esas verdades unidas podían ser la diferencia. Acabas de decir que deje de pensar en ello.

—Es lo que yo intento, pero debo admitir que ese puto día me ha perseguido siempre... creo que no dejará de suceder... —Coloqué una mano sobre su hombro, continuaba abatido a pesar de todo.

—Este es mi problema, no tuyo, lo solucionaré...

—¿Qué pasa con su compromiso?, ¿crees que... —negué frotándome el rostro.

—No tengo una jodida idea... pero algo sí te digo —y lo miré con firmeza—, Kyana estará a mi lado, sé que siente aún cosas por mí.

—Eso fue evidente. Ese día en casa de Robert no lo pudo esconder. Además, de ser lo contrario, no se hubiera puesto así.

—Es demasiado leal —señaló el que fue poseedor de ese asqueroso secreto. Él también la conocía. Clavé mis ojos en los suyos.

—Por lo mismo, sé que lo que te digo es así... Solo que será complicado que le vea por ahora de esa forma.

—¿Entonces? ¿Qué pasa contigo? Luces fatal... —quiso saber Kellan sentándose en una de las tumbonas.

—¿Te parece poco todo esto? —lo regañó Robert, incrédulo.

—En nueve años lo único que anhelé fue tenerla de nuevo aquí, así... —me llevé las manos a la cabeza ansioso—, pero ahora... ahora no sé... ¿Debo arrastrarla nuevamente a esta mierda en la que crecí? Richard no es tan diferente a ellos, esto me enferma, me asquea. ¿Con qué cara le pediré que permanezca a mi lado sabiendo todo esto? —Y era cierto, moría por hacer de todo para tenerla, para unirla a mí de cualquier manera, pero temía que mi vida, mi... pasado, la volviese a lastimar de alguna manera.

—Tú eres tú... no esa mierda... —soltó mi mejor amigo con seriedad—. Y estás dispuesto a empezar de nuevo... Ella o por lo menos la que solía ser, no lo dudará, ni tampoco prolongará esto. Así que decide, ahora —lo miré con decisión.

—Seré el más egoísta, pero ni muerto pienso dejarla ir... Sin ella no hay nada —Kellan y Robert sonrieron, sabían que no era cursilería, ni romanticismo, era literal, lo vieron todo ese tiempo.

—Kyana es la de siempre, sabes lo que eso implica, pero también sé que te enloquece... Vive de una jodida vez, Liam. Haz todo para que su integridad y seguridad quede resguardada y ella no te dejará.

—Eso ya lo hice... mi tío se encargó de eso y además ellos... ya saben que no se deben acercar... Ahora solo debo esperar a que ella saque todo lo que tiene... que... podamos hablar.

—Está aquí, en tu casa, hermano, no la dejes ir hasta que lo hagan —sonreí por primera vez en el día, su tono era ligero.

—Nunca haré nada que no quiera —Kellan rodó los ojos frotándose el rostro.

—Siempre te doblegó, en serio...

—Mejor cállate —lo regañó Robert, riendo—, a ti Emma te maneja con un dedo...

—Ni lo digas... Si no supiera que enterarme de todo esto me dejó... asombrado, arrepentido, me hubiese traído de las orejas para que me disculpara con Kyana... —sonreí, sabía que era muy capaz.

Unos minutos después los dos partieron dejándome mucho más relajado pues sus bromas lograron diluir mi tensión, mi dolor, mi impotencia y mi incertidumbre. No tengo una puta idea de cómo logré pasar esas horas con ella en mi casa, en una habitación, dormida, tan cerca de mí y a la vez tan lejos. Pero lo hice, no sin dejar de evocarla, de sentirla y de desearla.

17. TUYO.

Cuando estuve solo, subí intrigado. No despertaba. Abrí con cuidado la puerta, la penumbra de la tarde ya se colaba por las enormes ventanas dejándome ver sin dificultad su esbelto cuerpo tendido bocarriba, con una de sus manos a un lado de su rostro, completamente dormida. Sin poder evitarlo mi pecho se llenó de paz.

Me acerqué con sigilo sintiendo la necesidad de verificar que de verdad estuviera ahí, en mi casa, al alcance de mi mano. Y es que era simplemente increíble que un sueño tan agónico como ese, se hubiese hecho realidad así, de repente. Mi mente aún no lo registraba, aunque mi cuerpo sí, de tan solo saberla cerca despertaba. Desde que la había vuelto a ver se mantuvo en tensión, sin poder soltar el aire. Lo cierto es que temía que las cosas no resultaran como deseaba con fervor, como rogaba que pasara.

Me puse en cuclillas al lado del colchón muy cerca de ella. Sonreí sintiendo infinita ternura. Estaba tan serena, con su deliciosa boca entreabierta, sus ojos bien sellados por esas hermosas pestañas, su cabello suelto esparcido por la almohada, por su pecho, por... su rostro. Quité un mechón con curiosidad. ¿Sería que al tocarlo se sentiría como lo recordaba? Lo froté entre mis dedos con atención. Mi corazón se detuvo un segundo, mi pecho se sintió pesado de repente. Sí, de hecho, mejor. Era suave, tan delicado y fuerte como lo evoqué esos años. Lo mantuve ahí por unos minutos disfrutando de la sensación sonriendo como un estúpido. Y es que parecerá absurdo, pero eso era mucho más de lo que me atreví a imaginar que llegaría a tener, y sí, con tan solo un mechón de ese hermoso cabello me conformaba, por ahora.

Escuché con atención su respiración. Las ojeras aún seguían ahí, observé sus manos, más delgadas... pero las mismas. Sus dedos eran afilados, con uñas siempre cortas, desprovistas de esmalte e inmaculadas, nada había cambiado en ellas, ni un adorno, ni una pulsera, nada, y gracias al cielo tampoco ese anillo. Deseé tocarla, me contuve, podía despertarla...

Estudí su cuerpo, unas horas atrás la había tenido desnuda pegada a mí. Y sí, ahora era distinto, pero solo en algunos detalles; sus costillas se marcaban más, su cadera era un poco más curvada y su porte era más seguro, salvo eso... la mujer que tenía frente a mí era la misma, Kya, mi Kya.

Permanecí ahí, en ese sitio no supe cuánto tiempo, arriesgándome a que de golpe abriera los ojos y me viera frente a ella, contemplándola como un idiota. Pero es que era imperioso asegurarme de que eso estuviera ocurriendo, de que no era una broma lo que mis ojos absorbían, un juego del destino, de la vida; sino una realidad, mi realidad.

Tenía frente a mí la oportunidad de luchar por lo que más he amado en el mundo, por lo que hizo la diferencia en mi camino. Pasé años sumergido en un dolor agónico que me quemaba sin clemencia, que me torturaba impidiéndome avanzar en el aspecto emocional. Ella me ató, sus ojos lograron hacerle ver a mi corazón que no me dejaba por lo que creía, sino por algo más. Eso, de cierta forma, logró que yo esperara todo aquel tiempo, y que Kya, por alguna extraña razón, no se casara y ni rehiciera por completo su vida. Mi verdad estaba tendida frente a mí, ajena a todos mis pensamientos, jugando en el país de los sueños, lo supe porque su gesto era tan relajado como ahora la veo cada noche cuando cae rendida.

Fue increíble cómo todo avanzó, cómo la mañana en que la vi entrar en literatura, esa maldita materia que detestaba, todo cambió. ¿Amor a primera vista? No, atracción, deseos de saber más de ella, de averiguar hasta el último de sus secretos. Con el paso de los días, intriga, ganas de adentrarme en su vida y espiarla cuando no me veía. Después, cuando mi mala calificación me obligó a recibir tutorías, ella, ahí, frente a mí. ¿Eso era normal, siquiera posible? No soy idiota, Kyana no sintió lo mismo cuando me vio por primera vez, de hecho, su mirada reflejaba una indiferencia tal que me hirió. Sí, yo soberbio, acostumbrado a tener lo que deseara, cuando deseara. Ella nunca tuvo idea de todo lo que me hizo hacer. Después de que me desafió de aquella manera ante mis pedanterías, ya no salió de mi mente. Su boca fue algo que hasta la fecha no he superado y ese día, en serio, fue peor. La vi morderse el labio y Dios, supe que esa chica sería mi perdición. No me equivoqué. Su inocencia se clavó muy profundo, muy hondo. Sentí, sin más, una necesidad imperiosa de hacer algo para que en su mente yo también habitara, no obstante, me detuve y... le pedí que no me mencionara. Tuvo el buen tino de integrarse con mis enemigos en aquel momento y era... «latina». Cosa que en realidad a mí me daba lo mismo, pero que a muchos de ahí no, y a mi familia menos; así que no me metería en líos por mucho que una cuerda invisible me jalara hacia ella. Y es que como vil estúpido me descubrí, después de aquella tarde, buscándola con la mirada, observándola con disimulo, pero con atención, esperándola al llegar. Cuando sonreía... sentía que algo cálido se adentraba en mi alma y la entibiaba poco a poco. Caminaba siempre tan segura, tan relajada. La mañana siguiente la perforé a propósito con la mirada clavada en su angosta espalda, deseaba que... no sé, rompiese la imagen que comenzaba a formarse en mi cabeza sobre ella y después de un buen rato, lo hizo, pero para mi sorpresa arqueó una ceja con evidente fastidio y volcó los ojos. No lo pude creer, mi ego sufrió un revés enorme, monumental por parte de la misma chica y en menos de veinticuatro horas. Sí, creo que ahí terminó de envolverme.

Pasé esa tarde embrutecido en mi cama, y en la fiesta que hubo por la noche no logré responder salvo estupideces a mis amigos, para colmo no despegué los ojos de la entrada, esperanzado... Sí, deseaba que apareciera esa chica que me hacía sentir cosas tan... extrañas y terriblemente buenas. Al día siguiente en la playa noté que Max llegaba y una luz apareció. Estuve atento y de pronto... la vi llegar. Juro que en ese momento el día se tornó de otro color, tanto que me desconcertó hasta el punto de sentirme ajeno a mí, me giré agobiado por mi reacción. Cuando volví a voltear, jugaba con Billy riendo despreocupada bajo la sombra y con un bañador de dos piezas que dejaba expuesto su vientre. Era perfecta. Es perfecta. Una sensación de posesividad y protección me embargó, jamás había experimentado algo semejante.

Intenté calmarme, lo cierto es que como un imbécil cada cierto tiempo miraba a donde se encontraba pasando saliva con dificultad. De pronto los gritos de todos ellos llegaron hasta donde me hallaba, la vi quitarse el short y correr rumbo al mar, divertida, ingenua, con una inocencia enigmática que me descontrolaba y si bien no era el cuerpo de mejores curvas, o más voluptuoso, sí el más apetecible para mí hasta ese día pues me generaba unas tremendas ganas de probarlo, de averiguar si su piel era tan tersa como se veía, si con un roce sus vellos se erizaban... Desvariaba, lo sé. Luego, cuando mis hormonas encontraron en el fútbol americano de playa una forma de relajarse, puesto que ya me tenían enfermo las chicas, que se acercaban como solían, y que asombrosamente no me producían nada salvo hastío, vi que Roger se alejaba junto con otros dos. No presté mucha atención, pero cuando noté a dónde iba, mis sentidos despertaron. Sabía que fastidiaría por la estupidez del puto balón. No supe qué hacer, regularmente esas cosas me daban lo mismo y debo admitir que muchas veces las secundaba, mi vacío era tal que tenía que llenarlo con estupidez y media para no sentirme tan miserable haciéndole la vida más miserable a alguien más. ¿Patético? Bajo, diría yo. Toda mi vida fue así hasta que ella apareció, hasta que de alguna manera ser mejor era lo único que existió en mi cabeza, merecerla se convirtió en mi meta y lograr que me quisiera por lo que en realidad era, mi sueño. Lo logré, asombrosamente alguien como Kya se enamoró de mí... y ¿qué obtuvo con ello? Dificultad, tras dificultad.

No olvido que empezamos en secreto pues quienes me odiaban no lo verían con buenos ojos y ella... no merecía una complicación más después de estar recién llegada de L.A. Sobrellevarlo... fue muy difícil, los celos, la inevitable ansiedad de saberla mía y no poder demostrarlo, su miedo... aquella jodida fiesta y... los chicos tras ella... Roger acosándola por su estúpido racismo e intolerancia. Luego, cuando se sinceró en la cafetería aquella mañana. Verla ahí, de pronto, frente a ellos, con su mirada desorbitada al notar la reacción de Max, Dios.

Recuerdo que estaba con los demás contemplándola a lo lejos y alucinado porque de sus labios salió el primer «te quiero», y es que en Kya eso lo decía todo, había llegado al fin aunque yo deseaba más, mucho más, pero con eso me bastaba en ese momento.

Observarla a la distancia era ya una costumbre que Kellan y Luck comenzaron a detectar. De repente todo el ambiente se tornó espeso, denso, ella se levantó, Max también y Ray la tomó del brazo con fuerza. Apreté los dientes soltando la hamburguesa. Kellan notó mi reacción, colocó una mano sobre mi brazo deteniéndome con advertencia en la mirada, entre nosotros no nos mezclábamos, el odio estaba más que declarado. Todo sucedió en segundos, ellos se pusieron de pie amedrentándola claramente y eso era mucho más de lo que yo podía soportar. Kya abrió sus preciosos ojos asustada, azorada. Me zafé de mi amigo con furia. Crucé literalmente la mesa por encima de los almuerzos de todos pues no esperaba a salir como debía ser y caminé rabioso hasta allí. De nuevo mi presencia la dañaba, otra vez yo era el responsable de una angustia en su vida y sé muy bien que antes de mí, jamás algo le preocupó, nada la perturbó. Ella era feliz, así, sencillamente, sin problemas, sin sobresaltos, sin nada extraño o turbio. Tenía amigos que la querían; padres que la adoraban, aceptaban y apoyaban; un carácter carismático y una personalidad aunque cándida, imponente. Sé que yo trastorné su mundo, su seguridad, su estabilidad; y sé también que debí alejarme, que... jamás debí acercarme, pero... no pude. Kyana entró a mi vida arrasando con todo, despertándome como nunca nadie lo logró y era como una medicina que aliviaba la soledad, la indiferencia, el rechazo y todo lo que a mi alrededor existía. La necesitaba, su presencia me permeaba de calor, de luz. Por eso enfrenté a todos aquel día, por eso acababa de enfrentar a mis padres en su casa hacía unas horas, por eso pelearía contra el mundo entero si fuera necesario.

Ella: mi ángel. Yo: su demonio.

Lo que vino después; ella . Sabía cuánto le dolía, sentir impotencia, por ella, siempre ha sido inherente a mí. El hijo de puta de Roger tuvo que lastimarla en la cabeza dejándole una cicatriz que seguro aún tenía, haciéndonos a todos reaccionar y amenazarlo. Luego, cuando todo parecía ir mejor, a Max se le ocurre que ella podría ser el depósito de su resentimiento hacia mí. La besa, y yo, cual imbécil, lo único que experimenté fue una rabia hasta ese momento desconocida. Sentí, por primera vez en mi existencia, que lo despellejaría vivo, que... ¿Para qué decir más? La hice sufrir esos días, pero no quería que me viera así, no deseaba que conociera esa parte de mí que tan cuidadosamente había ido enterrando. Verla en ese estado, aquella tarde, cuando me mandó al infierno con esa firmeza comprendí que debía madurar si la deseaba a mi lado, que necesitaba crecer de una jodida vez y... asumir lo que en realidad era. Por eso... no le partí la cara a ese idiota que ahora es de nuevo uno de mis mejores amigos.

Creí, estúpidamente, que esa sería la última situación que tendríamos que pasar. Que a partir de ese momento, solo sonrisas vería en su rostro, que nada podría estropear la aventura que estábamos a punto de comenzar... y es que aquel día, cuando le dije en la playa que se casara conmigo, no bromeaba, lo deseaba, lo ansiaba y sabía que ella también.

¿Dieciocho años? Sí. ¿Una locura? Tal vez. ¿Estaba tan seguro como ahora? Completamente.

Sé que hubiera funcionado, sé que lo que sentíamos era poderoso. Resistió nueve años... Claro que lo hubiésemos logrado. Pero nada fue como imaginé, ni mucho menos como . Mi mundo la atrapó, la aferró tan fuerte que la arrastró de un lado al otro, terminando con su dulzura, derramando penumbra, miedo y odio sobre su alma blanca.

Kyana se removió acurrucándose de pronto, sacándome de mis pensamientos, haciéndome retroceder por miedo a que se despertara y me viera tan cerca de su rostro. Se hizo ovillo con su cara mirando hacia mí y suspiro, aún soñando. Sonreí como aún ahora me ocurre al verla, siempre hace eso, suspira al moverse de una forma tan tenue y tierna que no puedo evitar besar su frente, y así lo hice, solo que con mucho cuidado. Me levanté con una revolución en la mente y con una enorme esperanza en mi corazón. Pues aunque la razón me decía que debía dejarla ir, que ya le había causado demasiado sufrimiento, mi alma suplicaba que jamás permitiera que se alejara nuevamente. La arrojé con una frazada, corrí las persianas y salí sin hacer ruido.

Entré exhausto a mi habitación frotándome el cuello con la mano, mis hombros estaban, desde que supe todo, completamente tensos. Me detuve pestañeando. Su foto. La tomé observándola de otra manera. Acaricié con un dedo sus labios.

—Al carajo todo... siempre fui tuyo y tú serás mía de nuevo, Ángel —Un minuto después la guardé en el cajón. No deseaba que de pronto la encontrara, no en ese momento.

Le marqué a Irina después de tomar una larga ducha. Desde temprano le avisé por mensaje que ya estábamos aquí, pero debía informarle que Kya al parecer pretendía permanecer dormida.

Las ocho. Engullí cualquier cosa sintiéndome inquieto. Ya más de una vez me había asomado y ella seguía perdida. Hablé con René por más de una hora. Nuestros abogados estaban arreglando discretamente una orden de restricción para que mis padres no pudieran acercarse a ella. Eso era lo mejor, me hacía sentir más tranquilo y haría que lo supieran, pronto. Mi móvil por supuesto tenía miles de llamadas perdidas de mi padre, no atendí ni regresé ninguna.

Mi odio crecía desmesuradamente y mi identidad, si no fuese por mi tío, se hubiese visto bastante afectada. Provenir de un nido de aves de rapiña no es fácil de aceptar, pero que esas aves se unan y te ataquen, es imperdonable.

Me enfrasqué unas horas más en cosas del trabajo. Hablé con mi asistente de Boston y de Myrtle Beach. Casi las once. Kya seguía extraviada en la inconsciencia. Me preocupaba, eso no me gustaba, ¿quién diablos duerme tanto? No obstante, si lo estaba haciendo, era porque lo necesitaba, solo que debía comer algo...

Poco antes de la medianoche cerré todo, activé la alarma de la casa y subí exhausto. Saberla bajo mi techo era vivificante, indescriptible, sin embargo, la duda, el miedo, todo seguía ahí. Me cercioré de que siguiera durmiendo. Claro que continuaba con los párpados bien cerrados tendida relajadamente en aquella cama, completamente serena. Dulce, esa era la única palabra que se vino a mi mente al verla así, sin maquillaje, con esa expresión apacible.

En cuanto puse la cabeza en la almohada la factura de todo lo que estaba ocurriendo cayó sobre mí como una losa. Mis párpados se cerraron y no supe más.

El ruido de pasos en el corredor me despertó. No soy de sueño ligero, no obstante, sabía que ella se encontraba ahí y eso me alertó. Sonreí. Al fin había despertado. Miré la hora. Las siete. Me levanté con sigilo, la escuché descender. Sabía bien lo que haría, si Kya seguía siendo la de siempre, debía quitar la alarma de una vez. Así que me aventuré y lo hice. Me asomé por la ventana de la habitación que ahora compartimos y esperé. En cuanto la vi salir mi corazón palpité rápidamente. Iba con su cabello húmedo, vestida con unos shorts que dejaban expuestas sus preciosas piernas y una blusa ligera. Me deleité admirándola. Parecía estar presenciando algo extraordinario.

Sí, ella seguía siendo la misma.

Bajó casi corriendo y cuando llegó a la arena se detuvo y comenzó a arrastrar sus pies. No lo pensé mucho. Me di una ducha, me calcé unas bermudas y salí de inmediato.

Llené mi mente con su imagen ahí, frente a mí. Con su cabello alborotado por el aire, con sus pies jugando con el agua, con su forma tan peculiar de moverse; una ola mojé sus dedos y de pronto, como cuando éramos adolescentes, comenzó a jugar despreocupada con el agua.

—Pareces un sueño —solté sin poder contenerme más. La deseaba, la quería, la amaba, la añoraba. Sabía que se detendría, no erré. Giró de inmediato con cautela, se quitó el cabello del rostro y me observó sin poder esconder lo que mi ser generaba en ella. Hacía años que no veía esa mirada. Kya quería lo mismo que yo.

Me acerqué comprendiendo qué debía hacer, sus ojos me daban la pauta, su cuerpo el consentimiento—. Dios... cuanta falta me has hecho... —reconocí deseando que lo comprendiera. Mi piel tocó la suya, la acerqué a mí con la confianza que me brindaba saberla de alguna manera mía, sentí su aliento expectante acariciando el mío y sin pensarlo descendí hasta esos carnosos labios para apresarlos con los míos de forma urgente, pero tierna, rodeé su esbelto cuerpo hasta que sentí su calidez sobre mi pecho.

Nos reconocíamos, nos sentíamos, nos dejamos llevar como solíamos. Nada había cambiado, comprenderlo fue aún más asombroso. Kya se abandonaba por completo, me permitió invadir su interior con confianza y salió a mi encuentro casi de inmediato, probándome, absorbiendo al igual que yo, su esencia, su aroma. Y esa descarga, que solo me ocurría con ella, en ese momento se instaló nuevamente en mi cuerpo, recorriendo cada poro, cada nervio, cada rincón de mí. El impulso que me generaba su presencia me hizo levantarla por encima del mar.

Avancé con ella a cuestas sin separar nuestros labios, adentrando mi lengua en su cavidad, deleitado por poder probarla sin reparos, sin miedo, sin nada. Ella estaba allí, yo también. Kya se rendía, cedía, volvía a bajar todas sus defensas sin más... como si fuera algo que también anhelara, que deseó el mismo tiempo que yo.

De repente se separó con un quejido adorable. Sí, necesitaba que regresara por completo y sabía bien cómo hacerlo y lo haría, no me detendría.

—Liam... ¿Qué haces? —rezongó incrédula con su voz aún rasposa. Me deseaba, quería más, pero antes, derretiría esa máscara de frialdad que le vi después de que estuvimos juntos en Monterrey. Por mucho que yo ya le hubiese dicho que la amaba, que le solté varias verdades y que veía en sus ojos la ansiedad por dejarse fluir, sabía, sentía que se contenía y ya no lo iba a seguir permitiendo, no más.

Miró sus pies, turbada, mientras yo reía abiertamente al verla de esa forma quejosa que adoraba y que tanto extrañé. De pronto, colgada de mi cuello elevó las piernas para no seguir mojándose. Error. Las sujeté de inmediato tomándola desprevenida y comencé a carcajearme. Parecía atemorizada, pero a la vez intrigada—. No. ¡Ey!, bájame... Está helada —exigió aferrada a mi nuca con fuerza.

—Y mueres por zambullirte —la desafié mientras seguía avanzando. Arrugó su delicada frente quitándose con descuido los cabellos del rostro.

—No es cierto —mintió. Embustera. Continúe y ella comenzó a forcejear. Nunca lograría nada con eso, lo sabíamos ambos. Deseaba sumergirla, jugar, pero lo que realmente quería era escucharla reír, pronto, ya si era posible, solo así sabría que de verdad no habían aniquilado todo lo hermoso que tenía, que la posibilidad de una vida a su lado era posible a pesar de todo lo que ocurría—. ¡Liam! ¡Ay! Me va a dar pulmonía —gritó retorciéndose mientras yo la ignoraba bastante divertido. Sin embargo, comprendía perfectamente lo que le sucedía.

—No lo creo y tú tampoco, lo que pasa es que tienes miedo —le hice ver sin más. Fingió no entender sacudiendo la cabeza.

—Bájame... por favor —me rogó débilmente. Kya también se aventuró en ese momento, sabía que si era el mismo que solía, no le negaría nada, pero en esa ocasión mis intereses no me lo permitieron. Primero tenía que confirmar que la chica que atropellaron y amedrentaron de aquella manera aún seguía ahí, adentro —pues iba pareciendo que nada había cambiado—. Pero eso... eso era como la prueba final, el último aliciente que mi razón pedía para permitirme mandarla al diablo y que mi alma emprendiera la guerra por lo único que en mi existencia había valido la pena: ella.

Así que sin más, arriesgándome demasiado, la solté en el agua como si de un costal de papas se tratara. La observé hundirse frente a mí como una roca. Un segundo después salió con el cabello adherido, con los puños a los lados y la mirada furiosa y yo no pude más que reír con descaro ante su imagen. Su ropa se le adhería dejando poco a la imaginación, mientras escurría agua por todos lados. Juré que esa nueva Kyana saldría rabiosa, pero de pronto me aventó agua con las dos manos, retándome. Seguí carcajeándome. Lucía infantil y a la vez asombrosamente tentadora. Se la regresé sin dudar, eso solíamos jugar hacía tanto tiempo. Sin más, ese brillo vengativo salió a la luz deleitándome y con mayor fuerza repitió el gesto. Reí sin parar pues logré esquivarla, pero yo volví a humedecerla. Una lucha feroz se desató ahí, en medio del mar. Ella buscaba mojarme y al ver que no lo conseguía lo hacía con mayor vehemencia; mientras yo, abusando de mi tamaño, la mojaba una y otra vez burlándome con descaro de sus nulas aptitudes en ese tema. Sin que lo viera venir, me hundí realmente divertido y es que su actitud me incitaba y no podía parar. Aún ahora la molesto de esa forma, se enfada y luego le duele la cabeza de tanto reír. Busqué sus piernas un segundo después, las rodeé con fuerza y la hundí muriendo por ver su reacción. La lucha sin cuartel ahí comenzó. Ella hacía todo para que yo no saliera del agua mientras intentaba zafarse de mi agarre que provocaba que se sumergiera una y otra vez junto conmigo. Cuando al fin pude ver la luz del sol la contemplé sin poder respirar.

Sí, Kya estaba aún ahí. Reía sin parar, pero al ver cómo la estudiaba dejó de hacerlo y sentí que todo se oscurecía de nuevo.

—No... —le supliqué, tocando sus carnosos labios con las yemas de mis dedos—. Pensé que también me habían robado eso, no sabes cómo estrañé tu risa —no supo qué decir. Como siempre me sucedió con ella, el imán que me arrastraba a su esencia hizo su parte, y sin pensarlo me fui acercando, lento, permitiéndole al mar ayudarme. Sus ojos atravesaban los míos mientras al estar ya más cerca, sus pequeñas manos tocaron mi pecho desnudo. Cada célula cobró vida. Sujeté su rostro de inmediato, me agaché para poder llegar hasta ese cálido lugar que sé fue creado para desquiciarme. Sin embargo, el juego de seducción iba empezando y... yo deseaba que fuera consciente de lo que otra vez ocurriría, sin arrepentimientos, sin lamentos, sin nada salvo la realidad que ya era evidente: Kyana aún me quería. Recorrí con mi nariz su rostro llenándome de su aroma ahora mezclado con el agua y la salinidad, dejando que mis pulmones se embriagaran de su deliciosa esencia. Sentí cómo cedía en el momento en que se aferró de esa forma única a mis hombros sin cerrar sus ojos. Ella también quería conciencia, deseaba hacerlo con todos los sentidos. Delicadamente me adueñé de uno de sus labios succionándolo, disfrutando de su suave textura. Después hice lo mismo con el otro tomándome mi tiempo mientras continuábamos viéndonos fijamente. Chispas y electricidad brincaban en ese momento, haciendo corto circuito al contacto con el agua gélida. En ese momento nada importó, ni nueve años de ausencia, ni el dolor que eso provocó, tampoco las heridas y mucho menos lo que nos separaba. Nuestros ojos se decían todo aquello que las palabras jamás lograrían, entender. Y es que Kya era mía no por el simple hecho de compartir su cuerpo, o su vida, no, nos pertenecemos porque nuestras almas se fundieron, en algún momento, durante ese tiempo... se hicieron una y comprendimos, en ese instante, que jamás podríamos funcionar del todo uno lejos del otro.

18. CONSCIENTE.

Salir de esa cama costó más de lo que podía reconocer. No obstante, ella debía engullir algo y teníamos que hablar con Irina, así que le preparé unos waffles y la esperé abajo. Ingerimos juntos lo que cociné, nos levantamos como solíamos hacer mientras aprovechaba y le robaba un beso, pues ella aún se mostraba, aunque feliz, contrariada, pensativa. Ya demasiado había ocurrido entre ambos, pero tal parecía que nada avanzaba. Era frustrante. Kya me deseaba, pero sabía perfectamente que se había traicionado de una forma sangrante cuando habíamos vuelto a terminar desnudos y gimiendo en esa habitación, que hasta ese momento solo yo conocía.

Sonreí intentado mantener la calma, ya tendríamos tiempo de conversar. La miré de pie saliendo del baño de la recámara que ocupó una sola noche, con su bolso colgado en el hombro. Se veía mucho mejor, más relajada y con color en las mejillas, de hecho, sus ojos brillaban como si de oro se tratase y su boca estaba bastante sonrosada como una cereza lista para ser nuevamente devorada. Eso me llenaba de esperanza, algo bueno estaba dejando en su persona, pues era evidente que el miedo iba desapareciendo y que la tranquilidad ganaba terreno.

Su móvil sonó. Las chispas que nuestros cuerpos emanaban al evocar lo de hacía unos minutos dejaron de brotar, así como la sonrisa se extinguió y los rasguños que tenía ahora en mi espalda a causa de lo sucedido vibraron molestos sobre mi piel. Era él. Lo sabía, lo sentía y su actitud demostró que creía exactamente lo mismo. Lo buscó ansiosa y cuando lo encontró yo no lograba moverme, no lograba sentir nada salvo rabia, impotencia.

Contestó claramente nerviosa y al ver que parecía adherido al piso pues mis pies no reaccionaban, se introdujo en el cuarto. Cerré los puños respirando con dificultad deseando sacar mi odio de alguna forma. Bajé sintiendo que ahí me ahogaba. Caminé hasta uno de los ventanales y perdí la vista en el mar, ese que lograba sosegar me, hacerme sentir que en su inmensidad lo que yo sentía era igual de grande.

La amaba. La amo locamente y para mí ese tipo tenía rostro, también nombre, situación que lo complicaba todo aún más. Cerré los ojos intentando mantener mi furia ahí, adentro de mi tenso cuerpo. Ella la estaba pasando peor que yo, de hecho, en todo lo ocurrido la que sufrió mucho más fue Kya, no debía presionarla, no debía hacerla sentir incómoda, pero es que... ¡Acababa de hacer el amor con ella! Seguía siendo mía, no era fácil vivir en esa indefinición, era como ir caminando sobre una cuerda tensa intentando buscar el punto justo de equilibrio, no podía caer, pero cómo costaba estar arriba a pesar de la hermosa vista.

La realidad es que lo único que anhelaba era que me dijera lo que en su corazón había, lo demás... ya veríamos, pero era urgente para mi alma poseer la certeza de que mi vida no quedaría ahora más lastimada e irremediablemente sola después de haberla tenido así, de esa manera.

La escuché descender a paso lento. Supe el momento exacto en el que se detuvo ahí, frente a un sofá.

—¿Qué piensas hacer, Kyana? —deseé saber. Esa pregunta encerraba mi futuro, mi felicidad, necesitaba conocer la respuesta para bien o para mal.

—No sé... —musitó claramente alterada, molesta—. No sé nada, Liam... mi cabeza es un... torbellino —dejé salir el aire contenido y giré de una vez. Eso debía ocurrir, no lo postergaría, no podía. Mi piel cosquilleaba, mi ser la reclamaba, pero era urgente asimilar que si no me elegía, tendría que construir otra vida, otra alma.

—Te vas a casar con él y... has estado aquí... conmigo... —le hice ver con tono neutral, solo deseaba asentar los hechos, ponerles nombre y que fuésemos conscientes de lo que estaba ocurriendo ahí, entre ambos. Noté de inmediato cómo la rabia brotaba por su mirada. Apretó los puños fuertemente posicionándolos al costado de su cadera.

—¿Qué insinúas?! ¿Lo mismo de la otra noche? ¿Que me acuesto con cualquiera?, si estoy aquí es porque tú fuiste a buscarme —pestañee atónito, intentado comprender cómo era que había sacado esa horripilante deducción. Por Dios, la amé nueve años a pesar de no saber la verdad, a pesar de que se fue sin explicación dejándome con el corazón abierto, expuesto, latiendo, la amé aun pensando que ese hijo de puta podía tener algo con ella. Negué acercándome agobiado, por mucho que todo eso pudiese justificar mi actitud, lo cierto era que la lastimé con aquella aberración que solté en casa de mi amigo. ¿Cuánto más debía sufrir mi ángel?

—No es eso lo que intenté decir... —me disculpé sereno, buscando que entrara en razón, pero Kya ya estaba bullendo, nada la detendría. Se alejó rabiosa mientras yo la observaba, perplejo, y sintiéndome miserable, mi dolor no importaba, solo lo que ella sentía, lo que en ese momento la lastimaba.

—¿¡No!?! ¿Tienes idea lo que fue que ese tipo me besara?! Tener que fingir por miedo... ver tus ojos y saber que estabas desilusionado, que me creías capaz de traicionarte... ¿Tienes idea de las noches que pasé?... Te amaba, Liam, te amaba desesperadamente y sé que todo esto no es tu culpa, sé que fuiste otra víctima, pero no puedo olvidar tus palabras, fuiste hiriente, me odiabas. Así me mirabas la otra noche con esa misma rabia, si Robert no te para... no sé qué hubieras hecho —abrí los ojos sin poder hablar.

Estaba completamente rebasada de ira, de impotencia, llena de esa podredumbre que jamás debió vivir, a la que nunca debí exponerla—. ¿Sabes el miedo que sentí? ¿El horror que viví? Fueron años de angustia, de querer esconderme del mundo, de no poder volver a sentir, de no poder ser feliz. No tienes idea de lo mucho que lloré —me lo imaginaba y verla haciendo justo eso me partía en dos—. Pesadillas... noches sin dormir, temiendo por la seguridad de las personas que más amaba. No pude estar en la boda de mi madre, ella jamás lo comprendió, dejé todo... ¡Todo, maldición! No tienes idea del infierno que fue hacerlo —decidí escucharla, permitiéndole sacar todo lo que deseara, descargar su alma de una vez. Sin embargo, dolía cada una de sus palabras—. Y tú me preguntas qué voy a hacer —de pronto se acercó más tranquila, pero con las mejillas encendidas, sus ojos enrojecidos y su preciosa boquita temblando—. No lo sé, de nuevo mi vida está al revés... Te amo... jamás he dejado de amarte... pero no sé si eso es suficiente —de todo eso, solo escuché dos palabras, esas que cambiaban mi mundo, por las que aún ahora daría todo. La sujeté con fuerza por la cintura pegándola alivado a mi pecho. Era como lograr soltar una enorme bocanada de aire que años estuvo atascada en medio del pecho y que en las últimas fechas solo crecía y crecía.

—Eso era lo único que quería saber, todo lo demás ya veremos cómo lo solucionamos, pero no pienso dejarte ir de nuevo, no sabiendo que me amas como yo a ti, que jamás me olvidaste —el alivio que experimenté jamás podré siquiera describirlo, ella le devolvió el sentido a todo, a cada cosa, a cada detalle. De pronto, como si todo hubiese estado hecho un lío en mí por años, retornó el orden que solo su presencia lograba y que me hacía sentir en paz, pleno, completo.

—Eso no cambia las cosas —susurró llorosa y débil mirándome fijamente, mientras yo intentaba que mis ojos le infundieran la confianza y certeza que sabía necesitaba.

—Claro que las cambia... Sé que tardaremos en superar lo que pasó, fueron mis padres quienes te lo hicieron y tú fuiste la más lastimada... Jamás lo olvidaré, pero no estoy dispuesto a que logren su propósito. Tú tampoco sabes todo lo que viví, lo mucho que me dolió pensar que de verdad no me amabas. Kyana, nunca bromeé, eras y eres mi vida, no te dejaré ir, no esta vez —y la besé disfrutando de lo que ahora sabía, la sensación fue tan placentera como solía ser cuando teníamos aquella edad en la que las emociones son las que gobiernan. Sentí sus labios responderme aún con preocupación. Eso me conmovió profundamente. Acomodé un mechón de su cabello atento, ese gesto era tan común cuando la tenía así de cerca que soñé años en poder volver a hacerlo, por eso no me contuve mientras notaba cómo sus ingenuos ojos miel me observaban turbada—. Te amo, sé que esto no va a ser fácil, pero tenemos que intentarlo... debemos darle otra una oportunidad a esto que sentimos.

—Liam... yo... ya no soy la misma, las cosas... son complicadas —expresó con tristeza, era evidente que eso la agobiaba también. Deseé abrazarla toda una vida hasta que el miedo cediera, hasta que sus temores desaparecieran, hasta que su mirada se tornara limpia, segura, serena.

—Sí lo eres, pasaron muchas cosas, crecimos en el camino, sin embargo, somos los mismos y lo que sentimos tampoco ha cambiado. Sé que viviste una vida todo este tiempo, yo también lo hice, Kya, solo déjame demostrarte que este es tu lugar, que tu sitio aún sigue aquí —sus preciosos labios se curvaron en una sonrisa un tanto apagada—. Y en cuanto a que las cosas son complicadas, sé lo leal que eres y por lo mismo sé lo mucho que te está costando todo esto, pero debemos hablar y una vez que lo hagamos, decidiremos qué hacer, ¿de acuerdo? —Sus lágrimas obstaculizaban su mirada y humedecían su bello rostro. No obstante, noté cómo mis palabras la aliviaban, la tranquilizaban. Besé su frente y de inmediato la rodeé intentando que sintiera toda mi seguridad y de ese modo, contagiarla—. No te angusties... ya no, estaremos bien, te lo juro, haré todo para que así sea, Bonita.

—No quiero volver a separarme de ti, Liam. Me da miedo que algo suceda de nuevo y... —susurró aquellas palabras aferrada como solía a mi playera. Dios, si supiera lo que me estaba haciendo con todo aquello... Jamás, nunca permitiría que se alejara de mí, mucho menos que alguien, quien fuera, volviera a lastimarla.

—Eso no pasará, no lo permitiré, confía en mí. Sé que lo mismo te dije hace muchos años, pero ya no soy un chico y sé lo que debo hacer para proteger lo que más me importa en esta vida —la apreté midiendo mi fuerza pues su cuerpo aún lo sentía frágil, su olor se coló por mis pulmones logrando que, sin aviso, deseara nuevamente a esa mujer, a mi mujer—. Dios, pensé que no te podría recuperar... —confesé sobre su cabello.

—Nunca me perdiste —admitió con su voz quebrada, elevé su barbilla con delicadeza y la besé con toda la ternura que hasta ese momento no habíamos sentido la necesidad de expresar.

—Tuve mis dudas. Aún hay mucho que recorrer, pero creo que lo más importante ya está definido, lo que sea lo haremos juntos, no permitiré que sea de otra manera —asintió con su dulce rostro aún expectante, pero con decisión—. Ahora... ¿Vamos con tu madre? Porque si sigo aquí no podré contenerme, Kyana, te deseo demasiado como para mantener mis manos lejos de ti —reconocí sintiendo cómo mis palmas quemaban por volver a posarlas sobre esa piel, sobre cada rincón de su cuerpo, más en ese momento que sabía lo que el futuro nos depararía, pues no permitiría que nada fuese distinto, ya no.

—Entonces... no lo hagas... —me desafió con aquella coquetería que empleaba, y sabía bien que me aniquilaba. Aún ahora debo confesar que caigo rendido. La veo y la deseo, Kya es como esa chispa que prende mi hoguera y ella... lo disfruta, lo sabe y lo usa. Sí, lo sé y me fascina que así sea.

—No sabes lo que dices —sentencié besándola nuevamente al tiempo que la tomaba en brazos y subía con ella a cuestras sin soltar sus labios.

Al llegar la solté con cuidado a los pies de la cama. La miré ardientemente intentando transmitirle el deseo que en mí despertaba, más ahora que sabía me amaba.

Era inigualable cómo el hecho de escuchar esas letras juntas cambiaba la dirección de mi mundo, como si un enorme asteroide se impactara en la Tierra y la sacara de su órbita logrando un nuevo acomodo de las cosas. Sin embargo, en mi caso, no doloroso y sí muy deseado, añorado.

Con sus delgados dedos acarició mi rostro mientras yo limpiaba lentamente el suyo. Perdí una mano en su cabello disfrutando de la sensación, notando cómo ella viajaba atenta hacia el mío. Ya habíamos estado juntos dos veces, pero... en ese momento solo podía pensar que deseaba hacerle el amor como si nada importara, como si el tiempo nunca hubiese transcurrido y hubiese creado heridas hondas, que aún no sanan.

Abrió mi camisa lentamente, atenta, con cuidado. Cada botón que salía del ojal era como un afrodisiaco intenso. La observé sintiendo la boca seca pues su toque angelical me hacía flotar. Cuando mi pecho quedó expuesto frente a sus ojos pasó un dedo desde mi garganta hasta donde comenzaba el tiro de las bermudas. Pasé saliva sonriendo.

—Siempre me has gustado... siempre me has enloquecido —admitió con ardor, mirándome a través de sus pestañas de esa forma que me aniquila. Acaricé su hombro en respuesta mientras bajaba un tirante de su vestido con suavidad al tiempo que, con mis yemas, sentía su piel erizarse,. Dios, , esas sensaciones eran las que deseaba y nunca obtuve.

—Y tú siempre fuiste mi sueño, Kya... y todos estos años mi alma... —torció la boca satisfecha. Agaché la cabeza hasta quedar a un centímetro de sus carnosos e inigualables labios—. Te amo —solté sintiéndome liberado, como si el río enjaulado hubiese encontrado el punto de fuga para salir al fin y no sentirse contenido.

—Te amo... —susurró completando mi boca. Nos besamos despacio, saboreándonos, disfrutando el momento, el regalo que se nos otorgaba después de tanto tiempo, de tanto dolor, de tanta soledad y sufrimiento—. Te deseo —expresó casi sin voz mientras yo succionaba con suavidad uno de sus labios.

—Siempre me has tenido —respondí descendiendo por su oreja, lamiéndola como cuando se prueba un caramelo que no se desea terminar; arrancando de ese modo gemidos tiernos de placer incomparable. Se aferró a mis hombros temblorosa. Y yo... yo no puedo expresar en palabras lo que sentía, lo que significó hacer el amor con ella con plena consciencia de sus sentimientos, de los míos.

—Te amo —volvió a decir como reconociendo lo que producía en ambos esa palabra.

—Te amo —seguí diciendo mientras apretaba su cintura e iba bajando el otro tirante con los dientes. Sonreía relajada, abandonada, complacida como una chiquilla ansiosa por saber lo que sucedería. Su vestido descendió hasta dejar un charco en torno a sus pies. Se mordió el labio al ver que la contemplaba sin limitarme mientras ella hacía exactamente lo mismo. Con gesto pícaro acercó una de sus manos a mi cadera y desabrochó el botón de mis bermudas subiendo la mirada hasta mis ojos y luego hasta ese sitio. Su actitud infantil me estaba enloqueciendo, desquiciando y elevando mi deseo por ella hasta límites indescriptibles.

Pronto terminamos sin nada encima, solos nuestros cuerpos, nuestras respiraciones, nuestros ojos enviando todo tipo de señales. Y experimentando la emoción de comprender que después de tanto nuestro tiempo al fin comenzaba, nuestra historia se retomaría y nuestras almas se unirían.

Nos besamos sin prisa, enredando nuestros alientos, sintiendo nuestro sabor, probando nuestras esencias y explorando hasta dónde podíamos llegar con tan solo eso.

La tendí sobre el mullido colchón donde tantas noches pasé sintiéndome vacío, deprimido e incompleto. Su cabello se desparramó alrededor de su rostro de forma mágica mientras me tomaba por el cuello para que me acercara hasta sus labios nuevamente.

—Te amo, Liam... —dijo otra vez con su expresión tierna y llena de osadía.

—Te amo, Kya... —me coloqué sobre ella al tiempo que enrollaba sus delgadas piernas en torno a mi cintura con perversa intención e inconfundible invitación.

—Te soñé cada día... —musitó enredando sus manos en mi cabello con suavidad. El tronar de las olas era lo único que se escuchaba y nuestros latidos desbocados al unísono, al igual que nuestras respiraciones.

—Te pensé cada momento —sin mucho más que decir entré logrando que su pequeño cuerpo se arqueara y emitiera un gemido perfecto. La observé embelesado, cuando abrió nuevamente los ojos parecía flotar y vi, por primera vez en años, nuevamente a Kya ahí adentro, su inocencia, su aprensión, su amor incondicional y la forma incomparable que tenía de mostrarme de una manera tan suya, que yo era su eje, su ancla a la tierra, su fin y su meta.

—Eres hermoso —susurró entre jadeos cargados de intensidad con cada suave arremetida, pues la tomaba de a poco.

—Tú eres un ángel —solté sintiéndome más allá de la propia razón. Si los sentimientos cuantificables, si a las sensaciones se les pudiera... creo que de todas maneras esto que vivíamos no tenía forma de ser catalogado.

Ser uno, de aquella forma, logró barrer gran parte de lo que hasta ese momento nos afligió, brindándonos con esa entrega cargada de sensualidad y suavidad nuevas promesas, nuevas metas y nuevas ansias de pasar la vida uno al lado del otro acompañándonos en nuestro camino... viendo a través de nuestras almas que sentir así solo lo lograríamos si estábamos juntos.

Escucharla decir todo lo ocurrido a Irina fue como si rasgaran lenta y dolorosamente mi piel unas uñas puntiagudas. No obstante, leía y veía su determinación; entre ella y yo ya nada cambiaría. Me amaba, la amaba, lucharíamos juntos, estaríamos juntos. Al salir lo único que pude pensar fue en demostrarle una y otra vez lo mucho que me hizo falta. Deseaba, con demencia, borrar de alguna manera cada minuto de esa pesadilla. Kya me miraba con deseo al llegar a casa, y yo... yo no quería nada salvo sentirla a mi lado jadeante y suspirando sin parar, en ese momento y el resto de sus días. Saberla mía nuevamente me hacía sentir el hombre más envidiable, el más afortunado.

Pasamos toda la tarde ahí, en la cama de nuestra habitación. Las caricias iban y venían, así como el placer, los gemidos y la necesidad de hacernos uno. Casi no hablábamos, no de cosas serias, simplemente nos contemplábamos con esmero, rozando con nuestras yemas cada parte de nuestro cuerpo, mirándonos por horas sin siquiera abrir los labios. Ese era yo, me reconocí de inmediato, y esa... era ella.

Por la noche, cuando al fin el hambre tocó nuestra puerta tuve que salir de aquel sueño. Todo parecía tan irreal que me encontraba a cada minuto dudando de mi suerte. Kya, recostada a mi lado, me miraba tras esas pestañas sonriendo ante cualquiera gesto o ademán que hiciera. Sus labios, esos que añoré cada segundo, ahora se encontraban hinchados e imposiblemente apetecibles mientras yo no dejaba que se secaran humedeciéndolos cada vez que se me antojaba. Su cabello adornaba su rostro lleno de paz, sus mejillas estaban sonrojadas y ya no había ojeras ni nada de preocupación dentro de esos pozos miel.

Sentía bajo mis palmas su cuerpo tibio, suave, pegada a mí por debajo de las sábanas, con nuestras piernas entrelazadas, con nuestros brazos cruzados, pues no dejábamos de tocarnos.

Cuando al fin pude salir de casa ya que su timidez solo alentaba más mi aún deseoso cuerpo, no lo hice tranquilo. Al instante me arrepentí de no haberla llevado conmigo. No obstante, parecía perezosa y sabía que deseaba indagar por ahí, eso no me preocupaba, no existía nada que no pudiese ver. Sin embargo, ya no sabía si era mi paranoia o la realidad la que alimentaba mi desazón. Pedí lo que sabía comería con gusto y di una propina extra para que me lo dieran con prontitud. Al llegar, el auto de mi madre logró que se me erizara la piel. Apreté los dientes dándole un fuerte golpe al volante. La puerta estaba abierta. Mierda.

Subí las escaleras de dos en dos y me detuve. Seguía con sus estupideces y esa sería la jodida última. Deseaba con todas mis fuerzas que Kyana le respondiera, que le reclamara, que... no sé, sacara de una maldita vez su coraje. No lo hizo cuando tuvo oportunidad, por eso entré de inmediato. Kya estaba conteniendo claramente las emociones, la conocía lo suficiente como para notarlo. Por supuesto eché de ahí a la causa de su gesto, nada volvería a perturbarla, eso me lo juré y lo mantendré el resto de mis días. Aun así, verla salir a los segundos con determinación pintada en cada facción de su rostro y escucharla hablar mesurada, educada, pero con filo en cada palabra, solo logró que la amara más.

Kyana es capaz de sacar lo mejor de quien ella quiera, es así, pero eso no la convierte en una chica débil, o vulnerable. Mi mujer es fuerte desde adentro, de esa forma en la que equivocadamente se cree lo contrario, de esa manera en la que a pesar de todo logra salir de la adversidad, que puede perdonar, que ama de verdad, que goza sin cesar y que enfrenta lo necesario sin lastimar y pensando bien lo que hace... Así es Kya, ella mide las cosas y no da paso hasta que se siente completamente segura. Ahora más que nunca lo sé pues leer su historia me dejó con la imagen más nítida que jamás habría podido conseguir de mi ángel.

Por la noche, después de ese trago amargo, que enfrentó con una madurez y sobriedad apabullante, hablábamos al fin. Tuve que ser sincero, decirle que intenté estar con otras personas en el camino... Kyana también lo hizo y la peor parte fue escucharla admitir que quería a ese hombre que ahora sé, mejor que antes, la despertó, llegó a ella... Comprender que ambos tuvimos que llenar esos nueve años dolió pues ninguno lo hubiera deseado nunca, no de esa manera.

En la mañana desperté con el alba. Su cuerpo desnudo estaba recargado sobre una de mis costillas con su cabeza descansando en mi pectoral. Dormir a su lado era y es vivificante. Acaricié su cabello sonriendo agradecido. Se casaría conmigo, la tenía ahí, junto a mí y ya todo estaba más que dicho. Kya ni siquiera se movía, estaba claro que no despertaría, no pronto por lo menos. Su salud ahora era lo vital, sabía bien que no se encontraba enferma, ni nada por el estilo, pero no reflejaba vitalidad; no la que ahora, aun a pesar de tener a Mia adentro y de no parar en casi todo el día, refleja. Besé su cabeza absorbiendo su delicado aroma, deseaba volver a hacerla mía, pero lo mejor era dejarla descansar el tiempo que necesitase, sabía que comiendo bien, con tranquilidad y con suficientes horas de sueño, mi Kya estaría mejor que antes.

Me duché y salí de ahí no sin observarla unos minutos. Es bella, demasiado si soy sincero, pero lo mejor fue comprender que ese tiempo que la extrañé tenía un motivo, una razón y que en ese momento todo cobraba sentido.

Me intenté poner al día con cosas importantes de la empresa mientras ingería algo. Robert me marcó en ese lapso, deseaba verla. Jamás le negaría nada a ese chico que me dio la oportunidad de volver a luchar por ella y que ahora le debía mi familia.

Llegó poco antes de las once. Nos contamos pormenores y se mostró realmente relajado cuando supo que Kya sería mi esposa, parecía haberse quitado una losa de encima que le aplastaba algún órgano del cuerpo. Más tarde, y no sin antes volver a fundirnos con ansiedad, ella bajó. Verlos interactuar, notar la felicidad pintada en cada uno de sus gestos me hizo sentir maravillado. Luego todo se ensombreció cuando recordó que tenía que marcarle a ese chico que pronto dejaría de ser lo que fue hasta unos días antes. No me daba gusto dañarlo, al contrario, pero los celos no los podía esquivar, aun así, me los tragué por completo y la alenté para que llevara las cosas como deseara, de mi parte jamás habría presiones y nunca permitiría que dejara de hacer algo por temor.

Más tarde la visita de mi padre. El dolor de sentir que por mucho que mi corazón quería perdonarlo por toda una vida como la que me dio, por ser lo que era, no pude. Me daba pavor tenerlo cerca, más en ese momento que lo único que deseaba era paz, sosiego, emprender una vida con esa mujer a la que mi madre le hizo tanto daño.

Ser consciente de todo lo que eran capaces abrió un abismo que no tenía modo de brincar por mucho que lo intentara. Eso dolió, tanto como en toda mi existencia su lejanía. Creí que era necesario ese punto final, por lo menos eso pensé en aquel .

19. RECONOCIENDO

—Sabes que no puedo dormir sola —sonrío al escuchar esa dulce voz. Giro el rostro lentamente y la veo. Trae aquel camisón con el que se recostó hacía varias horas, mientras abraza su cuerpo delgado como si tuviese frío. El aire sopla fresco, agradable, por lo mismo sé que no es debido a la temperatura ese gesto. Un adorable mohín está justo sobre esos labios que son deseo puro para mí, al tiempo que su cabello se mueve al ritmo del aire calmado dejando estelas delicadas que tapan débilmente su visibilidad. Una aparición, eso es lo que es, es lo que siempre ha sido.

—¿Sola? —pregunto deleitándome con su presencia a unos metros de mí. Hace una mueca con su boca entornando los ojos. Sabe a qué me refiero. Extiendo la mano para que se acerque. Ella lo hace sin dudar.

—Sin ti... —murmura al entrelazar sus dedos con los míos. Se siente tan suave y tibia. Cruzo mis piernas y la acomodo sobre ellas para que no quede sobre la arena ese cuerpo —que ahora llevaba por dentro a otro de mis motivos—. La ayudo con la maniobra, cosa no tan complicada todavía, pero en unas semanas esa barriga será enorme y entonces sí, moverse le será más complicado gracias a lo angosta que es. Huelo su cabello perdiéndome en su aroma mientras ella toma mis brazos y los pasa por su vientre hinchado acurrucándose sobre mi pecho como si fuese una niña pequeña.

—Eso está mejor... —admito deleitado con su presencia. Después de tanto recordar, de llenar nuevamente mi memoria de cada sensación que me produjo su ausencia y luego el conocimiento de la verdad; tenerla así, era como un elixir que absorbía mis poros sin remilgar.

—Estás aquí por lo que leíste, ¿cierto? —musita pegada a mi cuello. Sabe que eso eriza mi piel. Asiento, jamás le miento y mucho menos la engaño. Suelta un suspiro acariciando con su nariz mi barbilla—. Sabía que no era buena idea... no debí escribirlo... —aleja su rostro para mirarme al tiempo que se muerde el labio. Sacudo la cabeza pues sé que no lo hace para despertar el ser primitivo que en mí habita, sino porque está ansiosa, nerviosa, preocupada tal vez. De todas maneras paso una mano por su mejilla, sujetándola también por la nuca y aferro con dulzura el objeto de mi deseo. Me corresponde con ternura, como suele. Clavo mi mirada en sus pozos miel pegando su frente a la mía, me ve de esa forma en la que intenta adentrarse en mis pensamientos y debo decir que la mayoría de las veces lo logra. Es receptiva, observadora, evalúa cada una de mis acciones antes de emitir juicio.

—Tenías que hacerlo, Kya... No sé si yo debía leerlo... —admito torciendo la boca. Se intenta alejar, no lo permito—. De cualquier forma debes saber que solo lograste despertar recuerdos en mí... y profundizar aún más lo que siento por ti, Bonita —sonríe sin estar muy segura, posa su palma en mi mejilla, un tanto agobiada.

—Llevas horas aquí, Liam, no me gusta sentir que te lastimé o que... —beso de nuevo su boquita, negando. Acuno su barbilla y pongo un poco de distancia entre ambos para vernos con claridad.

—Solo en el ego, jamás escribiré de esa manera —sabe que es cierto, pero lo que de verdad intento es relajar el ambiente. Odio que se preocupe. Ladea la cabeza esperando honestidad—. Okey, no fue fácil conocer tu parte... Sí, me duele comprender con mayor claridad lo que viviste, sentirme responsable de... —ahora ella es la que me besa tomando mi rostro con ambas manos.

—No digas eso... Creí que esa idea había salido de tu cabeza hace años... Tú no eres responsable.

—Kya, te amo como un loco, lo sabes... y podría decirte que tienes razón para complacerte, pero no lo haré... Lo siento, Bonita, no puedo. Jamás pensaré de otra manera, si no me hubiese acercado a ti, si no me hubiera obsesionado y luego enamorado de esa manera...

—Ian, Noa y Mia no existirían y yo no sabría lo que es sentirse plena, feliz de verdad... Por favor, Liam.

—¿Y me dirás que pasar por todo lo que ahora sé no lo desearías borrar? —Como ya lo he dicho, no hablamos de ese tema, menos de esa forma. Pero todo se abrió, así se encontraba en mi pecho y sabía que en el suyo. Esto era necesario. Arruga la frente girándose hacia el mar. Agacha la cabeza y toma un montón de arena entre sus delgados dedos con sumo cuidado.

—La vida es una serie de situaciones que llevan a otras, sucede una por la misma razón que sucede otra... Si mi madre no hubiese aceptado ese ascenso, jamás me habría cruzado en tu camino... —su voz es firme, pero apagada. Pestañeo observando también su mano en la arena.

—Eso es cierto, pero en nada justifica lo que sucedió —gira alzando su delicada barbilla desafiante.

—No, pero puedo también culpar a mi madre, o a sus jefes, ¿qué tal a mi padre por no oponerse? Es más, a mí misma. Debí armar más escándalo, debí negarme rotundamente a venir aquí —sonríe comprendiéndola. La beso nuevamente con mayor deseo.

—¿Qué eres, Kyana?...

—Alguien que te ama con cada fibra, William, y si vivir aquello me garantiza el futuro a tu lado, así como hasta ahora ha sido, entonces... deseo que todo eso quede en el pasado, como un ladrillo más que se requirió para crear mi vida.

—¿Entonces no deseas hablar de nada? —Me aferra por la nuca enarcando una ceja con gesto juguetón pero perspicaz.

—Ni lo sueñes... Quiero detalles, Liam, lo prometiste.

—No quiero hacerte pasar un mal rato —confieso sintiendo su aliento sobre mi rostro. Dios, la deseo, ahora, lo peor, por la forma de mirarme, ella ya lo sabe.

—Cuando te responsabilizas de «eso» lo logras...

—Sabes que por ti soy capaz de todo, salvo de mentir —rueda los ojos poniendo nuevamente distancia, situación que deja mi cuerpo frío repentinamente. Algo tiene en la cabeza, algo ronda, la conozco.

—No deseo que mientas —habla con seriedad—. Deseo que perdones —siento como si mil agujas se encajaran sin previo aviso sobre mi pecho. Dejo de respirar, incluso de pestañear. Se hinca frente a mí con sus manos sobre su regazo observándome. Sabe que me ha dejado perplejo—. Morirá, y con ella no lo hará tu rencor, tu dolor. Creo que es hora de que lo dejes ir, que de verdad lo hagas como yo lo estoy haciendo, Liam. Lo necesitamos nosotros, nuestra familia —desvió la mirada apretando la quijada. Lo que me pide es como arrancarme la piel tira por tira.

—Debemos descansar, tú debes dormir bien —me levanto pretendiendo que se cambie el tema y le tiendo la mano para que lo haga con cuidado. Por supuesto no se mueve.

—Nada modificará lo ocurrido, pero si no logras eso, jamás lo olvidaremos, será como una sombra que oscurece lo bueno que tenemos —su voz se quiebra. Maldito tema, maldito pasado. Cierro los ojos metiéndome las manos en los bolsos de las bermudas contemplando lo que puedo ver del mar, observando reflexivo cómo las olas rugen y truenan al contacto con la arena.

—Kyana, no me lo pidas ahora después de lo que acabo de leer —ruego frustrado, no le niego nada, jamás... pero esto... esto siempre ha sido un tema difícil. Veo que pretende levantarse así que de inmediato me acerco, la tomo por la cintura y la pongo de pie sin dificultad, por mucho que esté embarazada para mí sigue siendo una pluma. Me agradece con la mirada algo turbada.

—Solo deseo que enterremos eso, que si... muere... no te deje con un peso más grande del que ahora cargas.

—¿En serio crees que es posible?... Me acerco y... ¿qué le digo? ¿Hola, «mamá»? —Se pega a mí con timidez, sabe que eso me desarma. Rodeo su cintura de inmediato sintiendo su piel por debajo de la delgada tela. Kya enreda sus manos en mi cuello por lo que bajo la cabeza.

—Solo quiero que hagas lo que te deje en paz a ti y a tu corazón, Liam, nada más —esconde su rostro en mi pecho al tiempo que yo la envuelvo por completo.

—¿Podemos hablarlo mañana, Bonita? —Asiente dejando su estela de aliento ahí, junto a mi pectoral. La levanto con cuidado y camino con ella a cuestas hacia nuestra casa. Sé que está agotada, pero que de verdad no descansa si no estoy a su lado. Mierda. Esas son secuelas de lo vivido. ¿Cómo pretender que ya no albergó rencor en mi interior?

Subimos en silencio víctimas en esa bruma que suele envolvernos. Kya pasea su nariz y sus labios por esas partes de mi cuerpo al cual tiene acceso mientras yo siento cómo esa onda cálida, que siempre despierta, lo permea todo.

La deposito en el suelo con delicadeza y antes de que logre enderezarme por completo ya siento sus labios sobre los míos. No tiene que hacer más, entiendo bien lo que pretende transmitirme, así que paso mis dedos por sus suaves hombros, dejo caer su camisón deslizándolo de forma juguetona a través de su piel y pego su hermoso cuerpo desnudo al mío. Eso, eso es la gloria. Aun con su pancita, Kya es la encarnación de mi lujuria personal. Me excita, me hace desear estar en su interior todo el tiempo, logra que mi cuerpo se encienda de cero a mil en segundos y genera que mi mente entre en estado inconsciente de inmediato. Sin embargo, cuando la temperatura sube de esa forma, cuestión común, ahora tengo más cuidado y procuro brindarle toda la comodidad posible, comprendiendo que su cuerpo no es tan ágil como suele y que su vientre hinchado dificulta ciertas posturas.

Los besos, los suspiros, las manos viajando por nuestros cuerpos, la piel enardecida, todo junto emprende ese viaje sin retorno, ese que a ambos nos fascina. La siento sobre mis piernas dispuesto a empezar la diversión. Ella sonrío con los ojos lánguidos y la boca hinchada ya por los besos compartidos. Con mi mano libre inspecciono cuidadosamente, pero de esa forma que la aniquila, cada centímetro de su ser. Encuentro sus puntos vulnerables sin problema y juego con ellos, torturándola, creando círculos y miles de figuras que solo generan que mi mujer se retuerza ansiosa en mis brazos ya con una fina capa de sudor perlando su delicada frente. Cuando la veo así juro que me siento invencible. Bajo mi rostro deseoso ahora de probar con mis labios lo que mi mano ha dejado en marcha. La recuesto sobre la mullida superficie, ella tiembla, ya no sabe lo que ocurre y yo adoro verla así, enferma de placer.

La amo con mi boca notando cómo se aferra a las sábanas para no gritar descontrolada, los niños pueden escuchar, pero mi nombre sale de sus labios repetidas veces a manera de súplica, se arquea, se contorsiona. Cuando la veo desbordada, incluso sollozando, me siento en la cama, me recargo en los cojines, la arrastro hasta mí y la dejo que ella lleve la situación ya que últimamente su cuerpo no se mueve con fluidez. Así que un poco laxa, un poco ansiosa no se detiene y se hunde en mí soltando un suspiro que sale desde su pecho. Respirar cuesta trabajo cuando la tengo así, mi sangre bulle, mi piel arde y mi corazón se enloquece reconociendo la sensación que adoro. Kya mueve su cadera a su ritmo, de ninguna forma intervengo en ello, ella por ahora sabe sus límites y para mí sentirla así, envolviéndome, ya es demasiado, lo mejor del maldito planeta.

20. OLVIDAR.

Una hora más tarde aún la luna domina el cielo. No logro dormir, a diferencia de ella que se encuentra escondida en mi pecho mientras mi abdomen detiene su abultada barriga para que le sea cómodo. Ya está soñando, lo sé por su respiración. Beso su cabellera que está justo sobre mis labios y nariz agradecido por tenerla ahí, junto a mí, aunque todavía ansioso por el remolino de sensaciones que habitan en el interior de mi ser.

La llegada de Santiago aquí esa noche, en su momento, fue una incógnita. Más tarde la resolvimos suponiendo que nos había seguido desde la casa de su madre, pues alguien de la empresa habló con Irina por instrucciones de él, horas atrás, solicitando la dirección con el pretexto de que era urgente mandar algo a Kyana a su casa. Nada, él ya sabía lo que ocurría, ahora lo sé, mi ángel se lo dio a entender en aquella conversación telefónica. Por supuesto no se quedaría cruzado de brazos —yo hubiera hecho lo mismo, debo admitir— y nos siguió, así deducimos que llegó.

Ver que le hablaba de aquella manera fue como si un ejército de avispas decididas a terminar con todas mis entrañas, me atacara al mismo tiempo.

En cuanto lo escuché y noté que Kya se tensaba pegada a mi cuerpo, supe que era él. Pero verlo ahí, a unos metros de mí, con la mirada llena de rabia, de odio, de incredulidad, logró ponerme en alerta inmediatamente.

La experiencia me había mostrado muchas cosas a lo largo del tiempo, esos nueve años ella permaneció congelada en mi mente y mi alma, pero mi vida continuó y no era ningún imbécil, ese hombre estaba fuera de sí y así, mi ahora esposa, me hubiese rogado que la dejara sola, jamás lo habría hecho.

Santiago imponente y casi igual de alto que yo, la veía con posesividad y no dudaba que pretendiera meterla al auto sin preguntarle. Después de todo estaba encontrando a su prometida en los brazos de otro. Si por un momento me pongo en sus zapatos, logro comprenderlo. El mundo seguro se le desmoronó en ese segundo, y la visión de todo lo vivido se le distorsionó.

No lo conozco, sin embargo, no era necesario, la manera en que la miraba era algo que identifiqué sin problemas pues es la misma forma en que yo lo hago. Santiago la amaba, lo sé. La cuidó, la protegió, la ayudó a salir de ese agujero en el que mi realidad la sumergió. Fue paciente, elocuente, y por mucho que me duela admitirlo, un buen hombre que supo valorar lo que ella es. Que pudo, traspasar sus barreras y hacerla vivir más normal. Arde como los mil demonios, pero debo admitir que se lo agradezco.

Kya vivió en la sombra demasiado tiempo, ahora lo sé, pero lo que él pretendía en ese momento por mucho que fuera empático con su dolor, de ninguna maldita forma lo permitiría. No soy ningún cavernícola, necesitaban hablar y les di su espacio, pero dejándole muy claro a ambos, sobre todo a él, que eso era lo máximo que conseguiría alejarme de la que ahora es mi mujer.

Más tarde, cuando al fin se marchó, sentí la garganta llena de arena, raspaba siquiera pasar saliva. Ella lloró como pocas veces en mi vida la he visto. Consolarla generó en mí una mezcla de emociones escalofriantes. Observarla sufrir es lo último que deseo, por lo mismo dentro de mi alma, recientemente reparada, solo pude comprender que si no estaba convencida del paso que daríamos, yo lo entendería. Erré gracias al cielo. Le dolía, por supuesto que sí. Se sentía triste, demasiado, pero no por dudar, sino por lo que ese hombre representaba en su vida, ahora sé cuánto.

Asistimos a la reunión que prepararon nuestros amigos. La sentía feliz, pero melancólica a la vez. Qué momentos tan desesperantes, tan llenos de felicidad y ansiedad.

Sentada sobre mis piernas conversó con ellos como solíamos. Reímos, narramos tonterías y le hicieron sentir que el tiempo no había transcurrido, que su lugar siempre estuvo ahí, intacto, esperándola, custodiando su espacio en nuestra vida. Kya fluía maravillosamente, incluso tenía luz cautivadora en la mirada, síntoma, supongo, de la felicidad que ambos sentíamos. Así que se incluyó, como es, sin problema, tomando lo que el momento mágico le brindaba. Cuando Kellan intentó disculparse por su actitud frente a todos, ella solo sonrió ladeando la cabeza observándolo con ternura. Lo abrazó y más tarde supe que le dio las gracias por estar a mi lado siempre. Mi amigo, como nunca pensé verlo, se dobló ante mi ángel y respondió al gesto con cariño. Kellan, aún ahora es incondicional con ella, digo, es mi mejor amigo, mi hermano en realidad, pero cuando se trata de Kya, la trata con sumo respeto, con admiración. Él es así, un energúmeno de repente, impulsivo y bravucón, pero cuando se trata de su familia, o sus amigos, es noble y leal hasta lo inimaginable, ambos tienen esa cualidad.

Robert y ella, hasta la fecha, comparten un vínculo hecho de acero sólido. Son como un par de hermanos, se cuentan todo y pueden pasar horas intercambiando sus ideas, discutiendo sobre colores, estilos, diseños —ambos estudiaron carreras creativas— o simplemente sentados frente al mar contemplando la marea. Lo que ambos compartieron en silencio todos esos años los compenetró a un nivel complejo, de una forma inexorable, por lo mismo Annie y yo no interferimos, sabemos que su amor es producto de lo vivido, que se quieren y que disfrutaban de esa bella amistad que se gestó cuando aún éramos adolescentes.

No llevábamos más de dos horas de haber puesto la cabeza en la almohada, pues la reunión se alargó, cuando me despertó el sentirla removerse levemente entre mis brazos. Su respiración ya no era pausada y algo en su postura me hizo saber que no dormía. Abrí los ojos con pereza, ese día partíamos rumbo a Monterrey, no brincaba en un pie al saber que lo vería repetidas veces, pues debía renunciar y entregarlo todo como solo ella sabía: perfectamente organizado y sin fallos. Lo cierto es que me entusiasmaba poder conocer a su hermana, y la esposa de su padre, comprender cómo vivió allá esos años, conocer un poco de su mundo ese tiempo de larga ausencia y, sobre todo, formalizar lo nuestro ante aquel hombre que solo vi una vez en el comedor de su casa.

Elevé el rostro un poco, tenía su delgada espalda pegada a mi pecho y su cabello estaba justo frente a mi nariz. Kya miraba atenta, sin percatarse de nada, a través de la oscuridad que proyectaba la ventana pues aún el sol no hacía su aparición. No siempre corremos las cortinas, ambos adoramos el mar, además no hay quien nos divise desde tan lejos, pero ese día la razón fue otra, ya saben... el frenesí nos ataca cuando lo desea, y si siempre hemos sido su presa, en aquellos momentos éramos su víctima completamente.

Besé su sien con dulzura. Ella sonrió al sentir mi gesto sobre su delicada piel.

—Debimos poner el vuelo para más tarde —murmuré en su oído con voz ronca, de inmediato su piel se erizó. Besé su hombro expuesto en respuesta. Despertar a su lado sigue siendo tan irreal que aún ahora, cuando abro los ojos, deseo cerciorarme de que no sueño. Se giró y sin más, escondió su rostro en el hueco de mi cuello. Su reacción me tomó por sorpresa. Arrugué el entrecejo rodeándola como deseaba. Parecía... triste. Con las yemas de mis dedos acaricié su espalda desnuda de arriba abajo con movimientos lentos, decadentes—. ¿Pasa algo, Bonita? —Deseé saber. Aunque intuía el porqué de su actitud. Él. La escuché suspirar y la sentí aferrarse un poco más. La dejé ocultarse ahí unos segundos más, cuando estuviera lista me lo diría. Se alejó con los ojos vidriosos. La miré con atención. Parecía ansiosa—. Dime lo que sea, lo entenderé, Kya —sus pulmones se llenaban de aire de forma irregular.

—Soy feliz, Liam, muy feliz... —bajó la mirada al tiempo que se mordía el labio. Sonreí depositando un beso casto y me separé esperando—. Me siento muy mal con él... —intenté que mi rostro se mostrara inescrutable. No deseaba que supiera lo que sentía con sus palabras, increíblemente logré desconectarme un poco de la situación para poder consolarla, aconsejarla. Ya tenía más que claro que no me dejaría, pero su reacción era lógica, aún podía recordar lo miserable que me sentí con Adele y sí, dolió mucho lastimarla. Kyana necesitaba palabras de apoyo, algo a que aferrarse después de ese huracán que estábamos atravesando juntos. Tomé su mano y la besé delicadamente torciendo la boca con una sonrisa conciliadora.

Si ella necesitaba orientación en esto, yo también me podía convertir en su consejero, por mi ángel incluso cargaría la Tierra con una mano si me lo pidiera.

—Te comprendo —solté con ternura. Pestañeó contrariada.

—Lo siento, tú... yo no debería decírtelo, hemos pasado por tanto y... —la acallé colocando un dedo sobre su boca para que me escuchara.

—Kya, sé bien lo que sientes, no quiero que me lo ocultes por temor a lastimarme, eso solo sucede cuando te tengo lejos y ahora te tengo aquí —apreté su cintura con una mano para que creyera en mis palabras—. Fuiste clara, sé que lo quieres, ese sentimiento no puede terminar de buenas a primeras porque de pronto todo entre tú y yo se solucionó, porque descubrimos que nos amamos a pesar del tiempo transcurrido.

—Me odio por lastimarlo, y más porque eso también te lastima a ti... Soy demasiado complicada —sollozó agachando el rostro. Sonreí negando.

—No... no lo eres, eres humana, una de las mejores que conozco y no te preocupes por mí, ya te dije que ese es mi problema, no aumentes carga a lo que ya de por sí, es pesado, ¿de acuerdo? —Acuné su barbilla en mi mano para que me viera a los ojos directamente—. Kyana, lo que sucedió no estuvo en tus manos, si... Santiago te conoce... sabrá comprender cuando le expliques lo que en realidad pasó... —sus pozos miel se abrieron desconcertados.

—¿No te molestaría? —Besé su boca nuevamente.

—¿Cómo hago para que comprendas lo mucho que te amo?, lo que siento va más allá de eso, Kya. Te conozco, sé que debes y necesitas hacerlo para quedarte tranquila y eso... Bonita, es lo único que deseo, que vivas verdaderamente en paz. Así que no, no tendría por qué, de hecho, creo que lo debes hacer —asintió atormentada aún.

—No me perdonará —musitó con tristeza. Estaba haciendo un esfuerzo titánico, pero de verdad sentí que en ese momento no dolía tanto, no por lo menos de la forma en que me dolía verla así, sintiéndose una persona baja, ruin.

—Eso no lo sé, Bonita. Pero si es un hombre inteligente, y supongo que debe ser así ya que lo aceptaste en su momento, lo entenderá —un par de lágrimas resbalaron por su mejilla. Ya no sabía qué esperar, esa es la realidad.

—Perdóname, Liam, sé que decirme todo esto no es fácil... verme así —admitió turbada. Pegué mi frente a la suya perforándola con los ojos.

—Jamás vuelvas a disculparte por ser lo que eres... y mucho menos por lo que viviste el tiempo que no estuvimos juntos, ¿okey? —Me besó colocando sus finas manos en mis mejillas para inmovilizarme.

—Eres mi sueño hecho realidad... mi otra mitad... Tú... tú eres la luz de mi vida, Liam —sonreí sobre su boca, ¿qué más podía pedir? Con esas palabras en serio podía ser magnánimo, empático.

—Y tú mi ángel, Kya. Nunca lo olvidas.

Al llegar a Monterrey comenzó a revolotear a mi alrededor como una mariposa ansiosa. Apreensiva, ya saben. Pasaba de media mañana e iría a hablar con su padre. Enarqué una ceja observándola con los brazos cruzados desde la barra de su pequeña cocina. Cuando al fin detuvo todas sus recomendaciones y explicaciones notó que no me movía.

—¿Tienes alguna duda? Prometo que no tardaré, bueno, no tanto, ¿sí? Seguro querrá verte y... —resopló echándose un mechón de cabello suelto hacia atrás después de todo su ajetreo.

—Haz lo que debas hacer... —murmuré acercándome como un depredador. Ella sonrió con coquetería, de esa forma que me mata, observándome con atención—. Estaré bien, no soy un niño, Kya... puede que incluso duerma un poco, estás terminando con tanta actividad física —me pegué a ella, provocador; sus ojos chispeaban, ambos nos deseábamos—. Así que respira y ve de una vez si no quieres que te lleve a esa habitación, te encierre todo el día y un descanso sea imposible... —un rubor perfecto subió hasta sus mejillas, era sensacional volver a presenciar todas esas reacciones que adoraba.

—Yo... —se humedeció la boca inocentemente. No, eso fue demasiado, una invitación ingenua que para mí se convirtió en un interruptor de inmediato. La tomé por la nuca y la besé con ardor. Sus delgados brazos rodearon mi cuello de inmediato aceptándome sin remilgos. De pronto comenzó a caminar hacia atrás hasta que topamos, en medio de tropezones, con aquel sofá extrañamente ubicado. Me sentó sobre él y se quitó la blusa con la mirada cargada de ansiedad, a la que yo respondí desnudándome también el torso y tocándola ávidamente—. Que el mundo colapse, quiero estar contigo ahora, aquí —admitió con un hilo de voz al sentir mis labios sobre su pecho ya desprovisto del sujetador.

—Ya sabes que hago lo que deseas, Kya —jadeos, gemidos y suspiros fue todo lo que se escuchó los siguientes minutos. Arrebato total, lujuria sin igual. La hice mía sin contemplaciones y ella me tomó desenfrenada.

Ahora sé por qué ahí, por qué ese sillón. Y tengo una sonrisa de bobo que no puedo ocultar. Deseaba, con detalles que hasta ahora comprendo, terminar su ciclo de dolor ahí, conmigo, igual que yo lo hice en esta casa días atrás.

Más tarde, cuando iba de salida, apresurada y con los labios aún hinchados, se acercó a la mesa de la sala, agarró la foto que descansaba ahí —esa que vi cuando la fui a buscar— y la guardó en una cajonera mirándome culpable. Sonreí guiñándole un ojo, gesto que la relajó de inmediato y permitió que saliera de una vez.

La mañana siguiente, mientras ella iba a enfrentar las cosas con Santiago y a presentar su renuncia, aproveché para comunicarme con René, ponerme al corriente en cuestiones de la empresa y trabajar un poco en el ordenador. Necesitaba tener la cabeza bien ocupada.

La comida del domingo con su padre salió mejor de lo que pensé. Kya ha sido una mujer rodeada de amor, de aceptación, de cuidados, de... seguridad. Supongo que ese fue uno de los tantos poderosos imanes que me atrajeron de inmediato a ella.

Regresó unas horas después, retraída, sin embargo, mucho más tranquila. Decidí que mimarla podría ayudar, distraerla. Comimos fuera y le permití que me mostrara parte de la ciudad que a ella tanto le gustaba. Por la noche, saciados nuevamente, me informó que debía entregar su puesto, por lo que tendría que estar yendo y viniendo por un par de días. Así fue, sin embargo, gracias a ello conocí mejor a mi cuñada: una castañuela en toda la extensión de la palabra, a veces demasiado. Contraria a Kya. Carla es demasiado alerta, demasiado inquieta, cosa que debo aceptar ayudó a la hora de empacar todo el apartamento. Se llevaban de maravilla. Aún ahora, su contraste es asombroso, pero muy divertido.

Dos semanas después, al fin, acabamos y partimos rumbo a Boston. Mi tío insistió en que usáramos el avión privado y nos recibió en el hangar personalmente. Kya sonreía en todo momento, mi ángel había regresado por completo y la felicidad robada, también. En cuanto estuvieron uno frente al otro, sin poder preverlo, se abrazaron dejándome pasmado.

—Mi muchacho no erró, tienes el espíritu fuerte —dijo al tomarla de las manos con admiración, observándola con satisfacción.

—No sé si eso es verdad... pero lo amo... ¿Eso vale? —susurró mi ahora esposa con una de esas sonrisas dulces que desarmaron a más de uno. René colocó una mano sobre su mejilla con ternura y respeto.

—Eso es todo, eso es lo único —separarlos fue prácticamente un triunfo, tampoco era que lo deseara, me hizo sentir pleno y satisfecho observarlos interactuar, conversar, intercambiar puntos de vista. De hecho, gracias a ello, pude ir una mañana a la empresa a solucionar algo importante. Al regresar reían como dos niños en uno de los jardines. Ella vio en él a mi padre, él vio en ella lo que todos: lealtad, nobleza, valentía y temple.

Al regresar a Myrtle Beach una inesperada «bienvenida» nos recibió. Nunca, nada en toda mi vida, fue tan perfecto, tan real, tan sublime. Mi sueño, ese de años atrás estaba ahí, materializándose a pesar de todo.

Un par de noches después de haber regresado, sentados sobre la arena reíamos por alguna tontería. Ese momento lo esperé una eternidad y sabía que lo recordaría toda la vida. Traíamos el bañador puesto ya que habíamos pasado un buen rato en la piscina.

—Ven... —le pedí tendiéndole la mano al ponerme de pie. Sonrió rodeando con sus dedos los míos sin chistar. Caminé de espaldas al mar. Pestañeó negando levemente.

—¿Qué haces?

—Quiero nadar —dije sabiendo que eso no la alertaría. Se detuvo frunciendo las cejas.

—¿Nadar?... ¿Ahorita?... Debe estar helado —soltó, sin pensarlo, las mismas palabras que yo utilicé miles de noches atrás, cuando aún desconocía la soledad que vendría por años. Sacudí la cabeza y di un paso más hacia atrás, me siguió riendo.

—Hace mucho calor —dije sin más, todo iba perfecto. Ladeó la cabeza intrigada. Se pegó a mí estudiándome fijamente.

—¿Qué traes entre manos, William Russell?, conozco esa mirada —avance lentamente sin detenerme al tiempo que atrapaba su labio inferior con sensualidad.

—Cambiar la historia, Kyana Prados... —la piel de su cuerpo se erizó al contacto con el agua, sin embargo, avanzó sin dudarle, entre besos y caricias decadentes que nos envolvían en una estela de lánguido deseo. Cuando el agua cubrió su cintura la observé fijamente, acaricié su rostro con delicadeza haciendo a un lado el cabello que el aire de la noche desacomodaba. La luna no se encontraba alta y blanca como aquella vez, pero derramaba sobre nosotros una luminosidad justa, etérea, incitadora—. Pareces... irreal —murmuré las mismas palabras de aquella vez. Sus ojos se nublaron de inmediato, pero no permitió que la lágrima saliera de su guarida, estaba recordando.

—Te amo... —respondió como hacía nueve años. La marea nos movía sin que pudiéramos evitarlo logrando que nuestros cuerpos se separaran o juntaran a cada segundo debido al vaivén. El agua oscura ayudaba al entorno y su asombrada mirada lo permeaba todo.

—Eres mi vida, Kyana. Mi corazón y adoro que así sea —un sollozo ahogado escapó de su garganta junto con un par de lágrimas que no logró mantener más enjauladas.

—Liam... —su voz apenas si se escuchó. Acuné su mejilla, extasiado. Sabía bien lo que vendría.

—Cásate conmigo —al ver que del agua sacaba una sortija plateada como la luna con una piedra incrustada justo en medio. Se tapó la boca llorando abiertamente, mirándola asombrada, incrédula—. Hace años te lo dije, y sé, de alguna manera que hubiera funcionado. No sucedió, pero hoy estamos de nuevo aquí, juntos, en este mismo lugar, con el mar y la luna de testigos, ellos saben lo que te añoré cada segundo, todo lo que hice por sentirte cerca. Aquella vez éramos muy jóvenes, sin embargo, te puedo jurar que estaba tan seguro como ahora lo estoy. «Sé que te amaré pase lo que pase, aún después de que deje de existir, que por mucho que creyeron que lo nuestro era resultado de la adolescencia, siempre fue asombrosamente real, ahora sé que hay personas que viven una eternidad y jamás encuentran lo que tú y yo encontramos en aquella edad». No quiero esperar más... Cásate conmigo, Kyana Prados —se limpiaba las lágrimas sin tener éxito pues su rostro cargado de emocionalidad se humedecía sin parar. Asintió mordiéndose el labio en medio de ese precioso llanto. La besé y pegué su frente a la mía—. Te haré feliz.

—Me haces feliz —me corrigió sonriendo al tiempo que hipeaba. Tomé su mano y coloqué al fin aquella piedra que sellaba mis sueños, mis anhelos. De inmediato se colgó de mi cuello juntando sus labios con los míos—. Ahora compruebo que te amaré hasta la eternidad, que lo nuestro siempre fue real, resistente, muy profundo a pesar del camino que tuvimos que transitar.

—Fuiste, eres y serás mi vida, Kyana.

—Fuiste, eres y serás mi vida, William.

21. DECISIÓN.

—Ilan, no estoy jugando, ven acá —sonríó al escuchar la discusión.

Casi al amanecer el sueño me venció, la mala noticia fue que un par de horas más tarde el mayor de nuestros pequeños ya estaba trepándose a la cama solicitando atención. Así que era momento de empezar el día. Dejé que Kya durmiera un poco más en lo que yo bajaba con él a cuestras y le servía en su vasito jugo de uva, siempre ha adorado ese sabor. Noa se queja unos minutos después, por lo que subo de inmediato, y lo tomo en brazos saludándolo. Cambio su pañal y bajo también con él, su biberón está listo para que lo ingiera, así que lo siento en su sillita y se lo tiendo. Unos minutos después baja mi ángel. Fanny ya llegó, la chica que ayuda con las labores domésticas también, por lo que la vida empieza en la casa.

Veo correr a Ilan hacia mí y esconderse tras mis piernas. Su abuela y Ralph no tardan en llegar, ya todo está listo para que los chicos pasen la noche allá y vayan al zoológico. Lo sujeto de un brazo sacudiendo la cabeza y lo elevo para ver qué sucede. Tiene el mismo color de cabello que ella, su misma piel, pero el color de mis ojos y también mi carácter.

—Te está hablando tu mamá —le digo observándolo fijamente. Su mirada es pícara, traviesa. Casi río al verlo. No obstante, debía obedecer. Kya aparece con el cepillo de dientes en la mano. Eleva una de sus cejas cruzándose de brazos, él aún no la nota pues le da la espalda y está plantado en su postura rebelde.

—No quero —suelta haciendo un puchero molesto. Los dos tienen la boca de su madre. Aunque ella dice que él se parece más a mí. Lo bajo y me pongo a su altura.

—Tienes que obedecer... más si es mamá quien te lo pide.

—Pelo no quero... —sí, es terco como yo. Asiento torciendo la boca. No habla aún muy bien, pues el manejo de los dos idiomas genera que vaya más lento, sin embargo, entiende los dos sin problema; a diferencia de Noa, que por su edad se confunde con regularidad.

—¿Sabes qué sucede si no nos lavamos los dientes, Ilan? —Niega atento—. Bien, te lo diré: se ponen amarillos como el huevo. ¿Tú deseas tener los dientes amarillos como el huevo? ¿A que no? —Sus ojitos se abren al tiempo que arruga su pequeña nariz. Odia el huevo, por lo que mi argumento surte el efecto deseado.

—No quero lientes de guevo —asevera asqueado.

—Entonces vamos a que te los laves... —Kya me observa sonriendo con Noa enredado en su pierna; trae su mantita junto con su dedo en la boca también mirándonos mientras ella acaricia su cabecita. ¿Puede existir un cuadro más perfecto? Sé que no. Me enderezo, tomo la mano del diablillo, paso al lado de mi ángel guiñándole un ojo al tiempo que me tiende el cepillo y carga a Noa para que se acurruque en su hombro.

Una hora después los niños ya se fueron. Kyana habla con Fanny sobre la escuela de Noa, que en realidad es guardería. Al verla demasiado agotada con el nuevo embarazo, decidimos que era lo mejor; además Noa es tan inquieto como Ian, era imposible tenerlo ahí todo el tiempo... Terminó la llamada que sostenía con mi hermano y me acerco rodeándola por detrás mientras la que fue mi nana toda la vida sonrío.

El olor del mar, su oleaje, aquella tibia brisa que tocaba nuestros rostros era inevitablemente hermosa, esa noche fue maravillosa a su lado, tomábamos nuestras manos y nos dimos un cálido beso, aquella promesa se convirtió solo en recuerdos...

—Este hombrecito ya te reclama. Descansa, nosotras nos hacemos cargo... ¿De acuerdo? —Se refería a la casa. En unas horas acabaría su jornada, los sábados iban medio día, aunque a veces Fanny más tiempo.

—¿Caminamos? —Le propongo besando su frente cuando se gira. Asiente absorbiendo mi aroma. Dios, me enloquece. Sujeto su mano, le doy un beso en la mejilla a mi casi madre y salimos juntos. Nos gusta hacer eso cuando podemos, ya sea con los niños, o solos.

—Apenas si dormiste, Liam —afirma mirándome de reojo.

—¿Cómo sabes? Te quedaste profunda enseguida —le refuto atrayéndola para rodear su cintura. Sonríe como cuando tenía dieciocho.

—Simplemente lo sé —beso su cabello soltando un suspiro.

—Son demasiadas cosas.

—Y tenemos una conversación pendiente, ¿recuerdas?

—Nada referente a ti se me olvida, ya lo sabes, Bonita —se detiene y eleva el rostro. La beso con delicadeza pues sé que eso es lo que desea. Acaricio su mejilla deteniéndome en sus finos rasgos.

—Estás triste —ocultarme de ella es imposible, jamás lo he logrado, pero ahora nunca lo pretendo. Creo en la honestidad, en la confianza, en mostrarme tal cual soy cuando se trata de ella; por otro lado, puedo asegurar que nadie, ni siquiera René, me conoce como Kya.

—Supongo —admito sin darle mucha importancia.

—¿Por lo que leíste? —pregunta angustiada, y de inmediato muerde su labio. Atrapo su dulce boquita negando sobre ella.

—En realidad es por lo que se despertó al hacerlo —admito viéndola.

—Lo que te dije ayer ... —empieza, pero la silencio con un dedo.

—Lo he pensado... creo que tienes razón. Jamás olvidaré, pero... podría intentar perdonar... Solo que antes... Me gustaría saber algo: ¿tú ya lo hiciste?

—Penetra mi mirada con dulce inocencia, acaricia mi mejilla y asiente.

—Sí, mientras escribí todo aquello creo que herida por herida se fue sanando, se fue limpiando. Ahora veo en retrospectiva y aunque nunca la entenderé, sé que de alguna forma hizo que probáramos, de una manera cruel, la fortaleza de lo que sentíamos.

—Perdimos años, Kya.

—No los perdimos, somos quienes somos, te amé y te amo ahora más que en aquel tiempo, crecimos y nos demostramos que ni con todo en contra este sentimiento tiene posibilidades de extinguirse, Liam. Lloré mucho, sabes ahora mejor que nunca que sufrí demasiado, pero... me fortaleció, me hizo lo que ahora soy... Ganamos una vida, una familia, ganamos solidez y nos tenemos ahora...

—¿Cómo lo haces? —deseo saber pasando una yema por su mejilla. Descansa su rostro sobre mi gesto al tiempo que aferra mi mano con ternura.

—Te amo, eso me llena, puedo perdonar teniéndote a mi lado.

—¿Y olvidar? —Niega alzando su mano hasta mi cabello para tocarlo ahora que es más corto.

—No, eso vivirá en mí siempre, es nuestro pasado, no deseo borrarlo. Es lo que nos trajo hasta este momento, pero ya no duele, no como antes... Y sé que con el tiempo, esa sensación desaparecerá —dejo salir un suspiro cargado de agotamiento.

—Dice Richard que ya no hay mucho qué hacer —me refiero a mi madre. Jamás hablamos de ella. Es como si ellos no existieran. Salvo unos meses atrás que mi hermano, frente a los dos, me soltó esa información, no volvimos a tocar el tema por mucho que ella lo intentó.

—¿Qué sientes? —pregunta afligida por mí. Me llevo las manos a la nuca torciendo la boca y mirando el cielo.

—No sé... duele en cierta parte... pero... no tanto como debería.

—¿Deseas verla? —Bajo los ojos hasta ella. La observo curioso. Es tan hermosa, trae un vestido con grecas estampadas en colores intensos algo suelto, sus rodillas quedan expuestas al igual que sus hombros. Su cabello cae por su espalda y también por su pecho, un tanto desordenado gracias al viento, y su rostro prácticamente desprovisto de maquillaje. El conjunto la hace ver exageradamente dulce, sigue manteniendo la esencia que me atrapó en la adolescencia, pero ahora convertida en toda una mujer, eso que me atrajo, me envuelve por completo. Es preciosa.

—No —confieso con sinceridad. Ella aguarda—. Pero, creo que es el momento de hacerlo... si alguna vez llega la necesidad, será muy tarde.

—Te entiendo —toma mi cuello y deposita un beso tierno sobre mis labios—. Te acompañaré a Washington —La estudio desconcertado, sorprendido también—. Y llevaremos a los niños.

—Kya... —replico con un hilo de voz y los ojos bien abiertos. No me ha soltado, por lo que leo su determinación sin problemas. Esa mujer jamás dejará de asombrarme.

—Somos una familia, estamos juntos y siempre será así... Nos necesitarás, lo sé —siento un nudo grande en medio de la garganta. Mierda. ¿Qué hice para merecer alguien así junto a mí?

—Tú estás cansada... puedo hacerlo solo.

—Lo sé, Liam, eres fuerte... inteligente, y un hombre maravilloso, pero no quiero que lo hagas, estaré a tu lado, no me convencerás de lo contrario —pega su frente a la mía cerrando los ojos al tiempo que aferro su cintura y absorbo su delicioso olor.

—Eres única.

—Soy tu esposa y te amo... haría esto y mucho más por ti —sonríe besándola con ardor.

—Lo sé, y sabes que yo también.

—Ahora, señor Russell —se aleja enarcando una ceja desafiante—. ¿Cómo se llamaba? —Frunzo el ceño sin comprender. Coloca los puños en su cadera esperando. En segundos su candidez y docilidad se transforma en inquietud y franca curiosidad. Sus pozos miel brillan con determinación, con urgencia.

—¿Quién? —pregunto cruzándome de brazos divertido. Con su barriga redonda y su postura decidida, dan ganas de comérsela.

—La chica con la que viviste aquel tiempo... ¿Cómo la conociste?... Quiero saberlo... ¿Fue la única? —¡Mierda! Esa conversación es aún más escabrosa que la anterior y eso... era mucho decir. Sin embargo, se lo debía.

Le narro todo lo que pide. Me escucha tranquila, atenta. Ahondo en esos nueve años casi igual que en mis recuerdos la noche anterior. Algunas veces una lágrima silenciosa humedece sus mejillas y otras, ríe como una chiquilla. Evocarle todo a su lado ciertamente barre con sentimientos que había albergado desde hacía mucho y me hace sentir... extrañamente más ligero.

Una semana después volamos los cuatro, junto con Fanny, rumbo a aquel lugar donde residían mis padres desde hacía años. El vuelo es muy corto, y los niños están un tanto habituados, ya que hemos ido en repetidas ocasiones a Boston y Monterrey.

Llegamos a mediodía. Por la mañana la vería después de más de cuatro años. Richard le avisó a mi padre por lo que me esperaban. Lo cierto es que no tengo ni idea de si ella desea verme. Rompimos contacto desde que sucedió todo aquello. En cuanto a mi padre; él sí lo intentó en repetidas ocasiones, pero no logró mover mi determinación.

Los niños chapotean en la alberca de la suite mientras Fanny los custodia. Kya tomándome de la mano me acompaña hasta la puerta. Me detengo y acaricio su rostro. Por la noche no dormí muy bien, lo sabe, de hecho, pasó parte de la misma besándome, susurrándome, mostrándome con suma ternura que comprendía lo que en mi interior burbujeaba. Desperdigó besos por mi piel más de una vez sosegándome. Para ella también estaba siendo complicado lo que ocurriría.

—Aquí estaremos esperándote —me recuerda por debajo de esas pestañas.

—Creo que no habría otra forma de que hiciera... esto —sonríe alzando el rostro.

—Jamás será de otra manera.

—No tardaré, Bonita.

—Te amo, Liam —beso su nariz y luego atrapo uno de sus carnosos labios.

—Eres mi vida, Kya.

—Lo sé. Todo irá bien —afirma sin mucha convicción.

—Mientras estés cerca, sé que así será. Tranquila, no quiero que estés preocupada, ¿de acuerdo? Recuerda que Mia lo siente —acaricio su barriga con ternura mientras ella observa el gesto.

—Entonces seguro te adoraré, como el otro par de diablillos —sonríó sacudiendo la cabeza.

—Creí que lo hacían porque soy su padre, porque me lo he ganado —me aferra de la camisa, coqueta. Amo que haga eso, meneas tu cadera levemente y abanicas tus espesas pestañas con franca provocación.

—En parte, pero si les transmití mi sentir durante el embarazo, créeme, tienes garantizado tu amor eterno —la devoro de inmediato probando tu esencia, invadiéndola con la lengua para sentirla aún más mía.

—Señal de que lo he hecho bien —logro decir respirando tu aliento.

—Perfectamente —admite lánguida y con las mejillas sonrosadas.

Salgo unos minutos después.

Al llegar a la dirección me detengo observando aquella casa que pisé varias veces cuando me obligaban a viajar para asistir a algún evento con ellos de los que el partido organizaba. Estaciono el auto en la calle sin tener la menor intención de entrar con él. Resoplo aferrado al volante.

Ahí iba.

En cuanto me anuncio, se abre la puerta. Unos hombres altos y grandes, sus escoltas comprendo, pues a lo largo de mi vida los vi miles de veces, me saludan con ademán que respondo serio. Ando por el jardín hasta que veo a mi padre, eso me detiene. Luce mayor, su cabello, siempre immaculado, ahora cuenta con más canas y en su mirada leo tristeza, o eso creo. Lo enfrento sin mostrar una sola emoción y es que en realidad siento como si el invierno llegara a mi interior. Esa vieja sensación de vacío, de «sin sentido» aparece. Mi infancia, mi adolescencia. Ahora que vivo rodeado de color, de armonía, de dulzura, comprendo con mayor nitidez lo que me faltó, lo que no tuve, lo que jamás encontré en ellos.

—Buenos días —saludo con cortesía. Su sonrisa apesadumbrada denota que siente mi hielo.

—Hola, William —me detengo frente a él sin saber qué hacer. Me observa negando apenas si perceptiblemente. Lo cierto es que no lo conozco tan bien como para saber lo que en su cabeza ronda. Pero todo indica que... desea más de mí.

22. DOLOR.

Entro a la casa y los recuerdos me sofocan. Odiaba ir ahí cuando era niño o adolescente. Todo demasiado sobrio, demasiado elegante, demasiado... frío. De inmediato añoro mi hogar, ese que he formado al lado de mi ángel. No es el más ordenado, no obstante, está lleno de colores, de risas, de momentos mágicos y de sus sonrisas que están valuadas para mí como el más costoso de los tesoros.

Mi padre camina a mi lado.

—¿Cómo estuvo el viaje? —pregunta educadamente. Siempre con ese maldito tono formal que ahora nunca escucho.

—Bien, gracias —contesto automáticamente más seco que glacial.

—¿Viniste con... —no termina porque lo miro entornando los ojos.

—¿Está en su habitación? —lo interrumpo con seriedad. No resisto que la nombre. Asiente cerrando los párpados un segundo.

—Después de que... conversen. ¿Sería posible...? —Voy rumbo a la planta alta. Me detengo apretando los puños. Dios, qué difícil es cuando quien más te ha lastimado es alguien a quien debes amar, a quien, a pesar de todo, le guardas un sitio importante en tu ser.

—No creo que sea el momento —suelto sin verlo. Sé que lleva las manos dentro de las bolsas del pantalón de vestir, su mirada está taladrando el piso, así ha sido las últimas veces que lo he visto. Porque sí, me ha buscado y no, no he logrado dejarlo entrar, simplemente no puedo admitirlo en mi vida, en la de ella, en la de... mis hijos, no con lo que sé, no con lo que ocurrió, no con lo mucho que me marcaron.

—Nunca lo será, ¿cierto? —Kya aparece ante mí tan nítidamente que creo que la estoy viendo. Mierda... ella logra, como desde el primer día, adentrar una mano en mi pecho y calentarlo de una forma tal que ya, en esos momentos, rodeado de esa baja temperatura que se podía percibir ahí y en la cual crecí, me siento cálido. Ella deseaba que yo pusiera punto final a esto, que acabara de sanar lo que dentro de mí no ha cicatrizado correctamente. Mis hijos, mi vida, mi amor, todo se entrelaza y sin pensarlo mucho niego.

—Solo no hoy —escucho como suelta el aire. No me atrevo a girar.

—Será cuando tú estés dispuesto, William —asiento mirándolo de reojo y sigo sin decir más. Todo es tan extraño, me siento ajeno a ese sitio que visité millones de veces, lo reconoce mi mente, pero mi alma no.

El pasillo está iluminado pues las cortinas blancas de gaza dejan pasar toda la luz del exterior, aun así, para mí es un túnel oscuro, lleno de penumbras. Nada ha cambiado y eso... me eriza la piel. La soledad y tristeza en ese sitio es aplastante, tanto que oprime el pecho, los pulmones y me hace sentir muy incómodo, deseoso de dar media vuelta y regresar a donde el sol sí calienta mi vida. Respiro profundo apretando los puños, veo la manija de la puerta donde sé está el ser que me dio la vida y que por años, me la arrebató también. Mis palmas cosquillean, mi saliva se hace espesa. Lleno de aire mis pulmones un tanto trastornados por las sensaciones que me regala ese lugar y permito que el oxígeno entre. Acercó la mano con decisión y abro.

No me muevo, no avanzo.

Ella está ahí, sentada frente a la ventana de su habitación en un cómodo sillón con una frazada oscura sobre sus piernas. Su cuerpo imposiblemente encorvado, con un paliacate azul marino que envuelve su cabeza, ahora desprovista de cabello, sus manos, sobre su regazo, descansan huesudas. Su piel que solía estar lozana e impecable ahora se asemeja a un papiro; seca, deshidratada. Su mirada está perdida en algún punto y... no la reconozco. La fuerza, la soberbia, el poder y el orgullo no existen en esa imagen que tengo a unos metros de mí.

Siento como si un pequeño objeto me rasgara la piel, pero muy por encima, aun así, molesto, doloroso. Ver a cualquiera en una situación semejante es duro, pero... ver a... bueno, verla a ella, duele, por mucho que me niegue a la sensación, esa es la verdad; duele bastante. Esos sentimientos no generan en mi interior la necesidad de acercarme, pero lo hago.

De pronto se da cuenta de que no está sola, se endereza suavemente, mueve sus párpados desprovistos de pestañas y noto cómo se tensa. No me detengo, avanzo hasta estar a unos metros frente a ella. Es ahí, en ese momento, que nuestros ojos se encuentran. Las partículas de polvo puedo incluso verlas, estáticas, suspendidas. El ambiente se torna de inmediato denso, cargado de una especie de ansiedad y perplejidad. No nos movemos, no hablamos, solo nos observamos.

Es la sombra de lo que fue, los estragos de la enfermedad son evidentes en todo su cuerpo. Tiene ojeras purpúreas, la boca seca y... la belleza marchita, inexistente en realidad. El cáncer la carcomió desde el centro, su alma se ve incluso afectada. La mujer que tengo frente a mí no puedo reconocerla, no en el físico, no en lo que su interior intenta transmitir.

Sus ojos se empañan mientras los minutos pasan y ninguno de los dos decimos nada. Su quijada tiembla al igual que sus manos. No puedo moverme, es demasiado fuerte, demasiado intenso, la adrenalina y el adormecimiento se conjugan de forma dramática en mi cuerpo permeando mi torrente sanguíneo y provocando que mi corazón permanezca lento, casi imperceptible. Un huracán de sentimientos encontrados azota mi mente en ese momento y arremete contra mi alma sin contemplación. Soy humano, ella... mi madre.

—William... —habla con voz pastosa, dolorosamente ronca. La mujer frívola, superflua, perfecta, ya no está, no por lo menos ahí, en el interior de sus ojos. No me fio, jamás lo volveré a hacer, sin embargo, esto solo me arriesga a mí, puedo jugármela un poco mientras mi familia esté indemne y completamente segura. Así de complicado es acercarme a ella... así de enrevesado. Mi ser se encuentra atestado de contradicciones que no puedo acomodar. Odio, dolor, tristeza... necesidad... perdón. Al fin comprendo a qué se refería Kya. Cierro los ojos un segundo para intentar llegar a su calor y que su candidez me dé las fuerzas para concluir esa entrevista que guarda en gran parte la paz de mi futuro.

—Buenos días —saludo en tono neutral sin moverme de mi lugar. Se da cuenta de que no pienso avanzar.

—Creí que... jamás volvería a verte —admite turbada y con la voz quebrada.

—De nuevo te equivocas —baja la mirada asintiendo, sus manos entrelazadas se mueven de manera anormal. Observo todo imperturbable, aunque un tanto descompuesto en mi interior. Jamás, nunca pensé que se podría ver de esta manera, que la vida... de alguna forma, la lastimaría así. No sé si lo merece, pero... lo cierto es que no me agrada presenciarlo. No soy juez, mucho menos verdugo, y la infelicidad de alguien importante en mi vida, no me hace sonreír, sin embargo, tampoco llorar.

—Lo sé, lo he hecho tantas veces que ya perdí la cuenta —apenas si la alcanzo a escuchar. Alza sus ojos grises y me evalúa desde el cabello hasta los pies con detenimiento, como cuando era pequeño y se cercioraba de que mi indumentaria fuese la adecuada para algún evento de los que nos obligaban a asistir—. Te ves... feliz —expresa con una media sonrisa elevando las comisuras de sus labios que ahora son una fina y delgada línea sin color.

—Soy feliz —confirmo serio. Ella asiente.

—Solo lejos de aquí lo lograste —murmura sin dejar de verme.

—Solo comprendiendo que yo no era parte de esto.

—Nunca lo fuiste —meto las manos en las bolsas de mi pantalón entornando los ojos. ¿Qué quiere decir?—. Siempre fuiste valiente, indomable a decir verdad, más fuerte que la generalidad.

—Lo dudo —aún recuerdo lo que fui, en lo que me convertí poco antes de que Kya apareciera en mi vida. Un monstruo, uno tan parecido a ellos que me da escalofríos.

—No veo por qué. Date cuenta de lo que eres ahora, de dónde estás.

—Eso es lo de menos. Lo importante es con quién lo comparto, por quiénes lo hago —una lágrima rueda silenciosa por su mejilla. Jamás la había visto débil, mucho menos llorar.

—¿A qué viniste? —Sus ojos chispean con curiosidad tomándome por sorpresa. Aprieto la quijada dejando volar la vista por la habitación. Tan sobria, tan inmaculada, tan... helada.

—Deseo saber cómo te sientes —admito sin remedio. Su mirada sigue clavada en mí, es como si me estuviera inspeccionando. Me siento incómodo.

—Como me lo merezco —no doy crédito a sus palabras.

—¿Qué dicen los médicos?

—Metástasis —pronuncia sin doblarse, con entereza. Abro los ojos sintiendo algo molesto alojarse justo en medio de mi garganta. No había esperanzas.

—¿No hay reversibilidad?

—Está en los pulmones, en la matriz y... en el sistema linfático —sabía que todo había comenzado con lo primero, también sabía que había avanzado, pero no de qué forma—. Ya nada puede hacerse, ayer encontraron posibles tumores en el cerebro, es cuestión de tiempo.

—Lo siento —y es verdad, es obvio que no la está pasando bien. Y a pesar de todo el daño que me hizo, viéndola así, frente a mí, comprendo que no puedo odiarla, que aunque jamás la desearía de vuelta en mi vida, verla sufrir me aflige.

—No lo hagas. No es necesario. Tú y yo sabemos que de alguna forma lo merezco.

—Eso solo tú lo sabes. Pero jamás te he deseado el mal, mucho menos algo así.

—Lo sé, siempre demasiado noble —no logro comprender el sentido de sus palabras, su forma de verme.

—¿Te molesta? —la desafío sin poder evitarlo. Entorna los ojos, lo que provoca que su gesto se arrugue aún más.

—Me asombra.

—Me criaste para ser lo contrario.

—Te crie para ganar —suelta con soberbia y altivez, solo así logro ver a la mujer de toda mi vida. No me agrada.

—Felicidades, lo lograste, yo gané... incluso más de lo que merecía.

—Lo justo, William, solo lo justo.

—No te comprendo —oó descansando mi peso en uno de mis pies con los brazos cruzados sobre mi pecho.

—No es necesario que lo hagas. Ahora dime, ¿a qué viniste en realidad? Richard debió informarte mi parte médico, viene muy de vez en cuando —o ubicando mi atención en una fotografía de lo que alguna vez fue mi familia y que descansa en una mesa a su lado. Estábamos demasiado pequeños, tres y cinco años respectivamente, mi hermano y yo, mis padres lucían jóvenes. No la recordaba, fue una salida a Sea World. Parecemos relajados, alegres incluso—. San Diego —la escucho decir. Asiento sin verla—. Richard nos obedecía sin chistar, pero tú, tú te perdiste en aquella ocasión —abro los ojos turbado y la miro con incredulidad, ¿en serio? Pierde la mirada de forma perceptible en algún sitio de su memoria—. Desobediente, rebelde, como desde que llegaste a este mundo. Le soltaste la mano a tu hermano y corriste, corriste tanto que entre la multitud te perdiste de inmediato. Tu padre salió tras de ti enseguida. Al regresar lo hizo solo. Fuimos a seguridad, pedimos ayuda. Cerraron el parque, alertaron al personal y te comenzaron a buscar por todos lados. Cuatro horas, William, cuatro terribles y agonizantes horas en las que imaginé los peores escenarios mientras tu hermano se aferraba a mi pecho asustado —No recordaba ese evento, no así. Imágenes sobre aquel viaje acudieron a mí, flashes en realidad; yo, ellos, los animales, algunos juegos, nada diferente—. Cuando al fin te encontraron te hallabas en la planta baja del acuario. Reías feliz, una entrenadora de la orca te encontró escondido observando al animal sin hacer caso a nada —no logro sonreír, pero sí evocar ese momento. Me hipnotizó, deseaba verla de cerca—. Cuando te trajeron de regreso tú solo dijiste: «yo seré así de grande, así de fuerte y así de inteligente» Tu padre y yo nos miramos. Debimos reprenderte, gritarte, no hicimos nada. Agradecemos a los de seguridad y nos fuimos como si eso jamás hubiese ocurrido. ¿Sabes por qué actuamos así?

—No —puedo sentir el terror escalofriante recorrer mis vertebras de solo pensar que uno de mis hijos haga algo siquiera similar.

—Porque siempre te gustó hacer lo prohibido, retarnos, desafiarnos, si hacíamos aspavientos un día lo volverías a hacer y... probablemente jamás te encontraríamos. Supimos, en ese instante, sin necesidad de hablar, cómo debíamos proceder contigo —no comprendí muy bien su actuar; era un niño, hice algo grave, merecía una buena reprimenda por algo así—. Entre más te intentábamos sujetar más te retorcías entre nuestras manos, por eso manteníamos la distancia.

—Por eso manipularon mi vida y por eso crecí solo —la corrijo con dureza. Ese recuerdo no representa nada para mí.

—Aquella noche no debí oponerme, no debí mostrarte lo que creía —se refería a cuando le dije que iría a estudiar lejos, que mi novia, también. Jamás olvidaría lo que después de ese día se desató, mi vida se trastornó sin yo preverlo.

—No era tu asunto, ni yo un niño —rujo con fuerza, pero sin elevar la voz.

—Era tu madre, todo lo concerniente a ustedes es mi asunto.

—No te agradeceré por preocuparte, ojalá jamás lo hubieras hecho —suelto con sarcasmo.

—No busco que lo hagas, siempre hice lo que creí mejor.

—Destrozarme la vida, ¿crees que era lo mejor?

—No me dejaste opción, ella no te convenía.

—¡Un carajo! —grito acercándome peligrosamente a su desgastado cuerpo. La puerta se abre de inmediato. Mi padre, me importa una mierda. Ella me sostiene la mirada imperturbable, es evidente que esperaba esa reacción.

—William, Samantha —no volteo, sigo firme. Batalla entre dos mundos opuestos, que solo pueden reflejar una marea de nostalgia y dolor, de fragmentos rotos irrecuperables.

—¿Por qué jamás me quisiste?, ¿por qué te empeñaste en hacerme daño? — Sus labios tiemblan y su templanza disminuye vertiginosamente al escucharme decir aquello.

—Siempre te he amado —niego con rabia. No lo creo, no puedo. Sé qué es amar y no empata para nada con lo que me obligaron a vivir.

—Uno no lastima e ignora cuando ama.

—Fui soberbia.

—Fuiste aberrante. Me heriste como a nadie, de todas las formas posibles. Crecí solo, aparecías nada más para exigir, presionar, juzgar y luego te ibas sin mirar atrás. Pero cuando al fin me sentí parte de algo lo destrozaste entre tus manos, lo dañaste irreparablemente.

—Jamás me perdonarás, ¿cierto? —La veo y no logro hablar—. Yo no lo haría —suelta dejándome peor—. No fui buena madre, no merezco siquiera que estés aquí... que... me hagas saber tu dolor —me alejo serio. Mi padre aún continúa en el marco de la puerta, pero no lo veo, solo puedo tener mi atención sobre ella.

—De nuevo te equivocas —admito firmemente. Abre sus ojos sin poder esconder su perplejidad— Si estoy aquí es para decirte que... te perdono —admito al fin. Un sollozo ahogado sale de su débil pecho y las lágrimas nunca vistas al fin brotan como un torrente sin freno. Escucho un gemido proveniente del hombre que me dio la vida, todo se torna irreal.

—No lo hagas —ruega ella postrada con las manos cubriéndose el rostro—. No tú.

—No deseo vivir con esto en mi interior. Lo hago por mi familia, por la mujer que amo, porque no puedo arrastrar esto eternamente, porque hoy decido que debo dejar ir eso que me lastima... Por eso... te perdono.

—Jamás quise herirte, te lo juro —solloza limpiándose con desespero el llanto.

—Eso no importa, lo hiciste y nada lo cambiará.

—Podemos comenzar de nuevo —dice mi padre con voz esperanzada a lo lejos. Mi madre gira completamente descompuesta, incrédula también.

—No —lo saco de su error—. Perdono lo que provocaron en mi vida porque Kyana ya lo hizo, pero jamás podré olvidarlo.

—Entonces no es perdón, William. Sé que cometimos equivocaciones —dice él.

—Sí es perdón, porque cuando la mire a los ojos no me sentiré más culpable, más responsable. Porque cuando le hable a mis hijos de sus... abuelos, lo haré sin rencor, porque cuando los recuerde de alguna manera, ya no dolerá. Sin embargo, lo que hicieron ahí está, me definió, marcó mi vida, eso es imborrable y... no puedo tener cerca de lo blanco, lo negro, oscurecerá una parte de lo que ahora para mí es pura luz. Este será mi pasado, no me quejaré más de él, no lo evitaré y tampoco lo ignoraré, pero lo dejaré ahí... en lo que fue.

—Junto con nosotros —comprende ella con los ojos cerrados y un pañuelo entre sus dedos. Mi padre se ubica tras su silla colocando una mano confortadora sobre su delgado hombro. Jamás imaginé verlos así; humildes, dolidos, llorosos, las figuras fuertes e imponente con las que crecí no logro encontrarlas en ese lugar, no en lo que tengo frente a mí.

—Son mis padres —hablo decidido.

—Y los abuelos de tus hijos —mi madre se dobla nuevamente sollozante. Algo en esas palabras la termina de romper. Él alza la vista hasta mí, suplicante.

—Sí, lo son —mi padre se acerca ya que la ve mejor y se ubica frente a mí. Sus ojos están cristalinos, suplicantes. Es que en serio esto es irreal.

—Por lo menos permítenos conocerlos, por favor —ruega dejándome la piel erizada. Mi... madre levanta la vista turbada. Su imagen lastima mi mente, mi alma. Cierro los ojos y me giro llevándome las manos a la cabeza.

—No sé, no puedo pedirle algo así a ella, no después de lo ocurrido.

—Yo... yo podría —la veo negando.

—No te acercará a Kyana, ni ahora, ni jamás —sentencio con decisión. Eso no lo permitiría, mucho menos ahora que está Mia en su interior, mi ángel necesita sosiego, paz, no algo que la altere gratuitamente. Esta batalla es mía, no suya, no deseo verla nerviosa, mucho menos angustiada y sé que si mi madre se acerca, eso sucederá por mucho que lo haya superado.

—¿Pero los niños? —Los miro intrigado, confundido. ¿A qué viene ese amor y curiosidad? No me fio, no puedo, no debo.

—Mis hijos, mis hijos están bien, haré todo para que sea así siempre. Son felices, ríen todo el tiempo, y jamás, jamás se sentirán solos. Así que...

—No los conoceremos —comprende mi padre cabizbajo. Algo dentro de mí se retuerce. Ella está por morir, sé que no queda mucho tiempo y también sé que es probable nunca regrese yo ahí, que esa... sea la última vez que la vea.

—No puedo comprender por qué desean hacerlo si son hijos de la mujer por la que fueron capaces de algo así.

—No era nada en su contra, William. Creí que hacía lo mejor —aprieto los puños incrédulo.

—¿Es en serio?

—No medí mis acciones, no medí las consecuencias, solo tenía en mente algo mejor para ti, un futuro brillante.

—¿Y la felicidad? ¿Y el amor? ¿Conocen siquiera su significado? No, yo lo conocí hasta que la vi, hasta que ella me lo mostró, hasta que me hizo ver que era posible, que podía importarle a alguien así, como soy. Ella era y es lo mejor para mí y lo que hiciste solo sirvió para hacerlo inquebrantable —el silencio se apodera del lugar mientras los tres nos miramos. Los ruidos del exterior son lo único presente en aquella habitación de la que ya deseaba salir.

—¿Regresarás? —pregunta ella al ver que ya no hay más que decir. Lleno de aire mis pulmones observando la lámpara de cristales que cuelga del techo.

—No. Solo vine a decirte que... te perdono y... que puedes estar en paz respecto a eso.

—Pero necesito verte nuevamente, te lo suplico, eres mi... hijo —intenta pararse, pero mi padre la detiene. Siento los ojos vidriosos y mi vista se empaña.

—No puedo. Entiéndeme por favor.

—Nunca más dirás «¿mamá?», hijo —pregunta aferrándose al brazo de su marido mientras este se limpia con la otra mano una lágrima. Mi boca se seca y agujas raspan mi garganta.

—Debo irme y... lo siento, lo siento mucho de verdad... mamá —esas palabras pronunciadas logran que el agua proveniente de mis ojos humedezca mis mejillas. Me acerco, la siento nuevamente con delicadeza sintiendo bajo mi tacto los huesos débiles y beso su frente tomándola por sorpresa—. Cuídate, estaré al pendiente —digo casi sobre su rostro. Es imperioso que me aleje, esto me está consumiendo lentamente como si un veneno poderoso hubiese entrado de pronto en mi torrente y estuviera aniquilándome, órgano por órgano, sin detenerse.

Camino sin mirar atrás hasta la puerta mientras escucho cómo el llanto la absorbe hasta el punto de gritar quedamente.

No sé si hice bien en venir, pero algo dentro de mí sabe que debía hacerlo, que era el momento y que no me perdonaría nunca no haberlo hecho. Salgo casi corriendo de ahí, el aire es denso, me sofoca y sigue comprimiendo mis pulmones.

Logro llegar al auto y una vez solo cierro los ojos recargando la nuca en el respaldo. Varias lágrimas salen de mis ojos por varios minutos y las dejo fluir, libres. Era necesario, debía hacerlo, ella debía saberlo, me repito una y otra vez intentando borrar las sensaciones molestas que me genera su cercanía y el dolor de saberla extinta. Un golpe en el vidrio me saca del doloroso letargo.

Mi padre.

Abro humedeciéndome los labios al tiempo que limpio mi rostro.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada, sé que no merezco perturbar tu vida, mucho menos hacerte pasar por esto. Pero, William, hijo, te lo suplico... Necesito verlos, son mis nietos. Le pediré perdón de rodillas si es preciso a tu esposa, haré y seré lo que me pidas, pero no me niegues la oportunidad de conocerlos —llora, llora sin importale nada, ni la gente que lo conoce, ni sus escoltas, mucho menos que esté afuera, en plena acera. Cierro los ojos elevando la cabeza para que el sol caliente mi frente aunque sea un poco. ¿Qué hago? Nuevamente me siento perdido. No los quiero cerca de ellos, no lo soporto, no obstante, ella está muriendo, él... él es su abuelo y... aunque jamás fomentaré esa relación, podría hacer una excepción.

—Comprende —musito cargado de ansiedad. Con temor coloca una mano sobre mi hombro. Veo el gesto aturdido, descompuesto.

—Fui un hombre egoísta, pensé solo en mí, en llegar al objetivo. No estuve ahí, junto a ustedes nunca, jamás me acerqué y les enseñé lo que vale de la vida. William, no me juzgues tan duramente, así fui criado yo también.

—Eso no te exime y lo sabes.

—No, pero esa es la razón de mi comportamiento. Creí que hacía lo mejor para ambos, que eso los forjaría como hombre fuertes, inteligente, valientes y de alguna forma, con todo en contra, solos, como bien dices, lo son y no puedo sentirme orgulloso de ello pues no me considero el responsable. Sin embargo, te diré algo, pese a los errores cometidos, al dolor que les infligió mi actuar, pese a la indiferencia en que crecieron, tú estás aquí, hoy, así: realizado.

—Pero no gracias a ti —le recuerdo molesto, profundamente turbado y quitándome de su tacto.

—No, y tampoco pretendo un reconocimiento inmerecido. Sé que René hizo lo que yo debí, sé que él estuvo a tu lado todo este tiempo, que es para ti... ese padre que te negué. No quiero modificar tu vida, mucho menos alterar tu paz. Sé que te ha costado mucho, que... vives feliz y que... tu esposa sabe amarte tanto como tú a ella. Solo te pido, te suplico, William, que me permitas verlos, que pueda saludarlos.

Si no deseas que sepan quién soy... no objetaré, no me he ganado ningún papel en tu vida, y la soledad en que vivimos es nuestro castigo, pero permítenos conocerlos —sintiendo que me aviento al vacío asiento con resquemor.

—Pero si ella se opone no podré hacer nada y tampoco insistiré, espero lo entiendas —le informo con severidad mientras una luz desconocida brilla en sus ojos aún húmedos.

—De acuerdo, pregúntale, se hará como digan, de la manera que deseen.

—Está bien. Te avisaré —subo al auto rentado sin decir una palabra más y arrancho de inmediato.

Jamás me imaginé algo como lo ocurrido, nunca pensé que las cosas se dieran así. Sin embargo, aunque demasiado triste, voy sintiendo, casi físicamente, cómo la herida se va cerrando, cómo... mi mente se va despejando y esa bruma que siempre me ha acompañado se diluye lenta y silenciosamente. No sé lo que ocurrirá después, no sé si ella le permitirá acercarse cuando mi madre no esté, lo que sí sé, por la ligereza que percibo en mi espalda, es que me siento liberado por lo que hice, termino con un pasado lleno de tormentos y ataduras, que me da esperanzas, que me abre aún más el alma.

Qué razón tenía mi ángel, no tenía idea de lo que llevaba a cuestas hasta que lo dejé ahí, sobre quien debía. Ahora lo único que quiero es ver a los seres que iluminan cada uno de mis días, rodearlos con un fuerte abrazo, porque justo en este momento puedo comprender que la vida me quitó, me negó por años, para después colmarme de ilusión, de paz, de plenitud y amor. Mi familia, mi mujer y el futuro a su lado. Nunca necesitaré nada más.

FIN

23. PLENITUD

El tiempo pasó.

Ella... murió hace más de un año. Poco tiempo después de que hiciera esa dolorosa visita y pudiera ver, de lejos, a los niños en un parque cercano al que mi padre la llevó. Fanny fue conmigo. No deseó que la conocieran así, como estaba y es que en realidad sí hubiese sido impactante para ellos, no obstante, los pudo conocer.

Mi padre sí se acercó, les llevó un par de chocolates y conversó con los enanos sin decirles mucho sobre quién era, aunque quedó claro que era su abuelo, mi padre.

No me separé de su lado. Fue lo único que me pidió Kya después de que aquella tarde llegara, me recibiera entre sus brazos, derramara algunas lágrimas y le narrara lo sucedido. Por supuesto me apoyó, sabía bien que así sería, para ella verme en paz es lo primero, lo más importante, lo sé porque para mí su tranquilidad también lo es. No se mostró perturbada, tampoco asombrada, al parecer era algo que esperaba.

Nunca deja de impresionarme. Es como si estuviera conectada a mis neuronas, a mis células a cada parte de mi cuerpo, de mi mente, de mi alma. Es algo a veces fantástico, difícil de asimilar, mucho más de aceptar, pero Kya y yo de verdad somos uno y sé que jamás será de otra forma.

Mi padre los visita, siempre bajo mi supervisión, de vez en cuando. Los chicos, si he de aceptar, lo quieren y para mi asombro, él no para de jugar y bromear con ellos como jamás lo hizo conmigo, mostrándome una faceta completamente desconocida. Mia aún es muy pequeña, cumplirá once meses en un par de días, sin embargo, permanece inquieta en sus brazos mientras el otro par juega sin cesar a su alrededor.

Kya se muestra tranquila respecto a esto, sé que no miente porque su sueño no se altera por las noches en lo más mínimo y porque sus ojos sonrían cuando me ve salir con ellos.

El rencor se ha ido. La neblina que reinó mi alma por tantos años también. La felicidad ahora es todavía más honda, más fuerte y solo sé que así será mi vida siempre. Los lazos indestructibles que hemos logrado forjar nos dan la seguridad de un futuro lleno de esperanza, de luminosidad.

-Y parece que la vida les regala solo paz, ¿no es cierto, hijo? -René viene con mucha frecuencia y permanece temporadas largas aquí. Se lleva muy bien con Irina y Ralph, tanto que suelen verse independientemente de nosotros. Los niños lo adoran, en cuanto atraviesa las puertas de la casa salen a su encuentro y se trepan sobre él. Mi tío ríe a carcajadas y les da batalla. Kyana y yo al principio intentábamos frenar la efusividad, pero con el tiempo notamos que era recíproca, así que los dejamos saludarse a «su manera».

Estamos sentados en la terraza de la casa. Mi suegro vino junto con su esposa y Carla que ya es toda una mujer y pronto se casará con un chico de su ciudad. Irina y Ralph también están aquí, al igual que mi ángel y los niños. Una comida familiar que solemos hacer cuando todo se conjuga, como hoy, a veces cuando no, también.

-¿Lo dices en serio? -Sonríó tomando de mi cerveza viendo cómo Noa, ahora con casi cinco años, es imparable y con Ian detrás, peor. Mia gatea y solo grita para captar su atención todo el tiempo, cosa que logra pues la consienten en cuanto la notan por ahí, para unos segundos después salir destapados nuevamente a hacer una travesura. ¿Paz? No, nada más lejos. ¿Felicidad? Sí, total y absoluta.

Kya se acerca riendo por algo que su hermana le acaba de decir con un trozo de queso en la mano. No puedo evitar verla y deleitarme como siempre. Trae su melena suelta, un jean que dibuja su esbelta figura regalándome una visión perfecta de ese cuerpo que conozco de memoria, que me enloquece con ardor cuando está cerca y también cuando no. Un suéter ajustado deja ver su vientre plano. Con tanto ajetreo no le fue complicado regresar a su peso. Sin embargo, para mí, sea como sea, ella es la mariposa más sensual, perfecta y hermosa que mis ojos jamás hayan visto. Nota mi mirada de inmediato, se muerde el labio con coquetería y se acerca al tiempo que la recibo sentándola en mis piernas para poder besarla. Me importa un bledo que nos vean, nunca lo he resistido y jamás pienso hacerlo.

-Mh-mh -carraspea mi tío divertido-. Muchachos, ¿es que planean más hijos? -dice cuando lo miramos acalorados. Mi mujer se ríe negando al tiempo que recarga su cabeza en mi pecho como suele hacer.

-Podría ser -admito besando su coronilla-. ¿Tú qué dices, Bonita? -Su madre se acerca al escuchar la conversación, mientras Leonardo persigue a los niños sin percatarse de nada y Miriam conversa con Fanny en la cocina. Carla se sienta enarcando una ceja divertida y Ralph no se ha movido de su sitio, ahí al lado de mi tío.

-Digo que... cuatro es buen número -abro los ojos asombrado. Llevo más de un mes insistiéndole, rogando en realidad. Deseo uno más, sé que es pesado, muy cansado, pero muero por una familia grande, ruidosa, llena de risas y desorden. Eleva sus ojos de esa forma que me mata, mirándome bajo sus espesas pestañas sin elevar el rostro. No sé qué pensar, su actitud me deja un tanto descolocado.

-¿Cuatro? -repite su hermana silbando-. Vaya, ustedes desean un equipo de fútbol -se burla cruzándose de brazos.

-¿No es lo que quieres? -me pregunta Kyana con voz serena pero cargada de ternura.

-Sabes que sí -admito acercando mi rostro al suyo. Ian pasa corriendo y gritando, se pone entre nuestras piernas para mostrarme algo que su abuelo le dio. Los gritos nos interrumpen y el momento se va. Los niños son así: huracanes sin control, ansiosos por atención y no dejan casi momentos de paz, cosa que ambos disfrutamos cada día.

Un par de horas después veo que Kyana sube. Cautelosamente voy tras ella, no sin antes verificar que todo esté bien con los demás. La sigo hasta la habitación de Mia con sigilo, una vez dentro cierro la puerta y la pego a mí. Ríe dando un respingo.

-¡Me asustaste! -chilla al tiempo que la giro y beso con ansiedad. Ella responde de inmediato aferrándose a mi camisa y enredando una mano en mi cuello. La devoro con deseo arrancándole gemidos de placer-. Liam... -murmura separándose acalorada, acaricio sus labios con mi dedo pulgar mientras el resto de mi mano descansa en su barbilla.

-¿No te gustan mis besos? -reniego concentrado en mi quehacer. Roza nuevamente mi boca negando. Sus mejillas están levemente sonrosadas y su boca húmeda y colorada.

-Alguien puede subir -me recuerda coquetamente. Por la noche no le daría tregua.

-¿Por qué no me dijiste sobre tu cambio de opinión? -pregunto enarcando una ceja. Se muerde el labio sonriendo. Mierda, la tomaré ahí mismo, lo juro. Una vez que logro soltarla insisto nuevamente.

-Porque disfruto el que trates de convencerme -admite moviendo su cadera sensualmente. Aferro su trasero y la pego más a mí con lujuria.

-Recuerda que tu familia esta abajo, pequeña incitadora.

-No fui yo quien comenzó esto -se defiende tomando mi rostro entre sus manos y acercándose aún más a ella, creo que me besaría, pero no lo hace-. Me parece extraño que no te hayas fijado ya en las fechas, eres más atento que yo -arrugo la frente, desconcertado. Primero me enciende como si de un horno se tratase y ahora me dice eso. Se aleja mirándome de forma extraña.

-Es sábado -suelto molesto por su lejanía. Voy a acercarme, pero extiende su mano deteniéndome.

-¿Qué día? -No comprendo, me rasco la nuca, confuso. Mierda, repaso mentalmente.

-Dieciocho -ladeo la cabeza elevando ambas cejas. Primero la observo perdido, pero de inmediato algo me alerta. Pestañeo atónito. No, no puede ser. Sonrío intrigado.

-Llevas cuatro días de retraso -suelto al fin. Kya deja salir un suspiro contrariado. Es asombrosamente regular, así que...

-Estoy embarazada, Liam, otra vez -ríe nerviosa. Me quedo ahí, pasmado, asombrado, deleitado. Mis ojos viajan hasta su vientre y de nuevo hasta su rostro.

-Dios -suelto perplejo.

-¿Te vas a quedar ahí, así? -musita haciendo un pequeño mohín. Sé que está desconcertada, sé que quería esperar un poco, pero también sé que lo deseaba tanto como yo. No hace mucho tuvimos un accidente, sabíamos que podía tener consecuencias, sin embargo, la realidad era que aún nos cuidábamos. Lo haríamos hasta que ella se sintiera nuevamente preparada. Al final Mia tenía once meses y la casa era una locura, por mucha ayuda que todos proporcionáramos.

-Me tomaste por sorpresa, mi amor. Eso es todo... -me acerco y la abrazo feliz. Beso su cabeza y luego elevo su rostro con mi mano bajo su barbilla.

-¿Tú cómo estás? -necesito saber, con las emociones mezcladas.

-Feliz, preocupada. Es muy pronto -me dice un tanto culpable, otro tanto dichosa. La conozco como a mí mismo, sé que eso es lo que le ocurre.

-Lo sé, Kya. Pero te prometo que haremos lo que sea necesario para que todo marche bien, sabíamos que podía ocurrir -le aseguro susurrando contra sus labios. Ella sonrío serenamente.

-Estoy alegre, solo un tanto agobiada -admite con sinceridad. Beso su nariz para luego rozarla delicadamente con la mía y aspirar su aroma.

-Te entiendo, contrataremos a alguien más, yo traeré más trabajo aquí, ¿de acuerdo? No deseo que te sientas ofuscada, tampoco sola. Sabes que esto es de los dos y no quiero que nada te haga sentir ni un poco alterada.

-Has sido el mejor padre, Liam. No te presiones, estoy bien, estaremos bien, lo sé, ni siquiera lo dudo. Alguien más seguramente nos ayudará a Fanny y a mí, y todo lo que haces con ellos es perfecto.

-No quería que fuera así -le confieso culpable. Yo soy el responsable de nuestro cuidado pues las pastillas últimamente no le caían nada bien, así que no podía evitar sentirme mal. Aunque era muy improbable que sucediera algo como esto dadas las fechas. Es evidente que nos equivocamos.

-¡Ey! La verdad es que yo también deseaba una familia grande, fui hija única, a veces eso no es tan divertido, ¿sabes? -Sus ojos chispean. Aun así, me siento responsable, los desgastes los sufre ella, su cuerpo es el que cambia y para mí solo queda la impotencia de no poder tomar su lugar.

-Te amo, Bonita... te amo como un loco y haremos algo...

-¿Qué? -quiere saber intrigada. Su aliento acaricia mi piel dejando un cosquilleo delicioso. ¿Por qué no estamos solos?

-Será el último, yo me encargaré de que así sea, ¿te parece? -Sonríe al tiempo que me besa con ardor.

-Es un buen intercambio, señor Russell.

-Me alegro de que esté de acuerdo, señora Russell.

-Jamás creí que sería tan feliz -suelta de pronto traspasándome como cuando tenía dieciocho con esos preciosos ojos miel.

-Yo hace años ya me hacía una idea -ríe recordando esas palabras dichas; una frazada, nuestra playa, aquella adolescencia que definió mi mundo, el suyo, nuestras vidas.

Y así fue como en las profundidades gélidas de mi mundo el solo toque de algo celestial pudo cambiar el rumbo de mi andar. Aquel cálido ser le produjo un viraje total al mío cuando se fundió, sin comprenderlo, con mi fría personalidad. La ventana de mi alma se abrió permitiéndole el paso sin desconfiar, porque en el momento que su esencia tropezó con la mía, todo se derritió y eso era lo único que creí, nunca llegaría a pasar. Mi ángel cubrió mi vida con su manto de paz y su dulce personalidad, logrando.